Un siglo de expolio y abandono en PALESTINA

Bichara Khader

CATARATA

Un siglo de expolio y abandono en PALESTINA

Bichara Khader

CATARATA

Un siglo de expolio y abandono en PALESTINA

Bichara Khader

CATARATA

Índice

PRÓLOGO, por Haizam Amirah Fernández

INTRODUCCIÓN

GÉNESIS DEL PROYECTO SIONISTA Y EL BORRADO DE PALESTINA

El sionismo y la cuestión de Palestina

La Declaración Balfour de 1917 y el Mandato británico (1922-1948)

La partición de Palestina en 1947, la creación de Israel y la primera Nakba palestina (1947-1949)

La creación de Israel y las primeras reacciones europeas

El lento despertar de Europa ante la cuestión palestina

Resistencia palestina y reconfiguraciones regionales (1970-1982)

Egipto tomó otro camino: la guerra de octubre de 1973

La invasión israelí de Líbano en 1982 y sus consecuencias

La primera intifada y el resurgimiento político de la OLP

De Kuwait a Madrid: repercusiones para la causa palestina

Las negociaciones secretas de Oslo

Oslo II y la fragmentación de los territorios palestinos

El colapso del proceso de paz: una muerte anunciada

LA UE EN EL PROCESO DE PAZ: PAGADOR, NO ACTOR

La UE y el descarrilamiento del proceso de paz (2000-2002)

El cuarteto y el papel marginal de la UE (2002-2005)

La UE y la presidencia de Obama (2009)

Los europeos votan divididos en Naciones Unidas

Jerusalén Este: informes europeos silenciados

La UE y la cuestión palestina (2013-2015): el etiquetado de los productos de los asentamientos

Europa y la cuestión palestina en la tormenta regional (2016-2018)

LOS DETONANTES DEL 7 DE OCTUBRE Y SUS CAUSAS INMEDIATAS

Gaza bajo asedio: castigo colectivo

Operaciones militares en Gaza 2008-2022

La Gran Marcha del Retorno: una resistencia civil aplastada (2018-2019)

El Acuerdo del siglo (28 de enero de 2020): la nueva Declaración Balfour de Washington para Israel

Los Acuerdos de Abraham: ¿un cambio de paradigma regional?

Las elecciones israelíes de noviembre de 2022: el ascenso de un Gobierno abiertamente racista

EL 7 DE OCTUBRE Y EL TRASTORNO GEOPOLÍTICO

El Diluvio de Al-Aqsa: estupefacción y venganza bíblica

La respuesta del mundo occidental: ¿silencio, omertá y complicidad?

‘Israel ha ido demasiado lejos’

Varios países europeos reconocen al Estado de Palestina

Alto el fuego en Gaza (del 31 de mayo de 2024 al 15 de enero de 2025)

EL DÍA DESPUÉS: ESCENARIOS, CALLEJONES SIN SALIDA Y REALINEAMIENTOS

La visión israelí

La visión de Trump de una Riviera de Oriente Medio

Respuestas árabes al plan inmobiliario para Gaza de Trump

¿QUÉ HORIZONTE POLÍTICO ESPERA A PALESTINA?

Una solución de un solo Estado, dos Estados, un Estado de apartheid o ningún Estado en absoluto

EUROPA FRENTE A LA TRAGEDIA PALESTINA

Palestina, un espejo para Europa

La evolución de la posición de la UE sobre la cuestión palestina (1972-2025)

El efecto dominó de una tragedia permanente

A modo de conclusión: no dejemos que los muertos tomen como rehén el futuro

NOTAS

Hitos

Cover

Página de título

Página de copyright

Dedicatoria

Prólogo

Notas al pie

Índice de contenido

Bichara Khader

Profesor emérito de la Universidad Católica de Lovaina y fundador del Centro de Estudios e Investigación sobre el Mundo Árabe Contemporáneo (CERMAC) de la misma universidad. Es autor y editor de 30 libros sobre Palestina, el mundo árabe y las relaciones euroárabes y euromediterráneas, 11 de ellos en lengua española. Es miembro del Consejo Académico del Centro de Estudios Árabes Contemporáneos (CEARC).

Bichara Khader

Un siglo de expolio y abandono en Palestina

Prólogo de Haizam Amirah Fernández

CATARATA

Colección Dirasat - Estudios Árabes

Diseño de cubierta: PABLO NANCLARES

© Bichara Khader, 2025

© Los libros de la Catarata, 2025

ZURBANO, 76

28010 MADRID

Tel. 91 532 20 77

www.catarata.org

Un siglo de expolio y abandono en Palestina

isbne: 978-84-1067-479-0

ISBN: 978-84-1067-466-0

DEPÓSITO LEGAL: M-23.425-2025

thema: 1FBP/1FBP-PS-G/JWXK

este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, que sean adquiridos originales para permitir la edición de otros nuevos y que, de reproducir partes, se haga constar el título y la autoría.

A mi esposa Claire, que desde hace 42 años comparte conmigo el amor por mi Palestina natal.

A mis hijos Michaël y Yasmine, y a mis nietos Emilie, Justin, Romain y Louis, a quienes intento transmitir los valores de generosidad, curiosidad, solidaridad y empatía.

A los niños y a las mujeres de Gaza, asesinados, mutilados, sepultados bajo los escombros, desplazados o hambrientos, con la esperanza de que su muerte o su sufrimiento sean el preludio de una nueva esperanza.

A mi familia en Palestina, que vive, desde 1967, bajo la ocupación israelí.

A todos aquellos que, en el mundo entero, luchan por una Palestina libre y por todas las causas de la justicia.

“La máxima tragedia no es la opresión y crueldad de las malas personas, sino el silencio de la buena gente al respecto”.

Martin Luther King

“Padecemos una enfermedad incurable: la esperanza”.

Mahmoud Darwich

(poeta palestino)

“Todos somos palestinos. Algunos de nosotros todavía no lo saben”.

Roger Waters

(Pink Floyd,

defensor de la causa palestina)

Prólogo

Durante más de un siglo, la tierra de la Palestina histórica ha sido el escenario de un proceso sistemático de despojo, segregación y opresión llevado a cabo contra uno de los dos pueblos que la habitan: el pueblo palestino. La creación del Estado de Israel en 1948 convirtió esa tierra en un espacio dividido, donde los derechos humanos y la justicia han sido sistemáticamente negados a los palestinos. La colonización y el sometimiento de los territorios ocupados por Israel han derivado en un régimen de apartheid que ha marcado profundamente las sociedades y las vidas tanto de los ocupados como de los ocupantes.

Esa realidad la conoce muy bien el autor de este libro. Palestino de nacimiento, Bichara Khader acumula una larga experiencia como intelectual y estudioso del conflicto que asola su tierra natal. Ha dedicado su vida académica, desarrollada principalmente en universidades europeas, a analizar las relaciones entre Europa y el mundo árabe desde el conocimiento profundo de sus orígenes y de los elementos que marcan la actualidad. Desde su labor como docente y conferenciante, ha contribuido a la formación de miles de jóvenes estudiantes en distintas regiones del mundo, aportando su conocimiento, su mirada crítica y su ejemplo de intelectual comprometido.

Este libro aporta luz sobre la historia de Palestina, un pueblo marcado por la violencia de la ocupación y una tierra convertida en un agujero negro para el derecho internacional y los derechos humanos. Esa violencia no solo se manifiesta en el desmantelamiento de aldeas, en las ocupaciones militares o en los desplazamientos forzados, sino también en un régimen jurídico, político y social que discrimina, subyuga y deshumaniza a los palestinos. Esta segregación se ha consolidado con el tiempo en un sistema de apartheid, cuyos mecanismos siguen vigentes hoy día bajo la ocupación israelí, con el apoyo activo o tácito de los países occidentales y ante la mirada impotente o cómplice de los países

vecinos, incluidos los árabes y musulmanes.

Al igual que lo ocurrido durante el régimen de segregación racial en Sudáfrica, los sucesivos gobiernos israelíes han instaurado una estructura en la que la población palestina está relegada a vivir en condiciones de inferioridad y de privación de derechos. Esto se manifiesta de diversas formas: la construcción de un muro que divide a familias, aldeas y ciudades; la creación de un sistema de carreteras separadas para israelíes y palestinos; la negación del acceso a recursos naturales y a tierras agrícolas; la proliferación de zonas militares cerradas y puestos de control que fragmentan el territorio palestino; y la aplicación de políticas favorables a los asentamientos ilegales que continúan expandiéndose a pesar de las resoluciones de las Naciones Unidas.

El proceso de colonización comenzó en el Mandato británico, pero fue durante la Nakba (catástrofe) de 1948 cuando el proyecto sionista manifestó sus verdaderas intenciones. Aquel año, cerca de 750.000 palestinos fueron desplazados de sus hogares en lo que hoy es Israel, y cientos de aldeas palestinas fueron destruidas u ocupadas, como parte de un plan para crear un Estado nación para los judíos. Lo ocurrido entonces no solo fue una estrategia para negar el derecho al retorno de los refugiados palestinos, sino también un proceso de usurpación que privaba al pueblo palestino de su tierra y un intento de borrar su identidad colectiva.

Casi ocho décadas después, la identidad colectiva palestina está forjada en la pérdida y en la resistencia. El autor de este libro es un claro exponente de esa identidad marcada por el éxodo forzado y la memoria viva de la Nakba. Aunque esta se suele presentar como un evento específico ocurrido en 1948, la realidad es que se trata de un proceso que perdura hasta nuestros días. Como bien explica el profesor Bichara Khader en las siguientes páginas, la actual Nakba que sufre Gaza desde octubre de 2023 es, a diferencia de las anteriores fases, la más mortífera y está siendo televisada a todo el mundo en tiempo real.

Este libro ofrece el contexto para entender la profunda frustración que desembocó en el ataque del 7 de octubre de 2023. Explica por qué la violencia no emerge “en el vacío”, tal como recordó el secretario general de la ONU, António Guterres, al poco de ocurrir

el ataque. Asimismo, argumenta que la respuesta que ha dado Israel, con crueldad y destrucción extremas contra toda la población de Gaza y su infraestructura física, está provocando destrozos más allá de esa pequeña franja de tierra: la destrucción del derecho internacional, la paralización de las instituciones multilaterales, el descrédito de la UE como un proyecto basado en valores y normas y la ignominia de muchos dirigentes, gobiernos y medios de comunicación que han optado por dar apoyo o ser cómplices en la comisión de un genocidio.

Un siglo de expolio y abandono en Palestina no es solo un estudio sobre el proyecto de colonización israelí, sino también una llamada a la reflexión sobre la justicia, la igualdad y los derechos humanos como valores universales. La historia de Palestina, marcada por la injusticia, la privación de derechos y la negación de la verdad, es también una historia de resistencia y de afirmación de la dignidad humana frente a la barbarie. Este libro, al exponer los mecanismos de un régimen de apartheid, nos recuerda que la lucha por la justicia palestina es una lucha por los derechos de todos los pueblos, por la libertad y la igualdad, más allá de las fronteras impuestas por los poderes coloniales y de ocupación.

A pesar de este largo siglo de opresión, el pueblo palestino ha mantenido viva su identidad, su resistencia y su lucha por la libertad. La resistencia no solo se expresa en actos de violencia armada, sino también en la vida cotidiana, en la educación, en la preservación de la cultura y la memoria, y en la construcción de una sociedad que, aunque fragmentada y oprimida, sigue reclamando su derecho a vivir con dignidad en su tierra. Un acto de resistencia es también el trabajo del intelectual que estudia, explica y llama a las cosas por su nombre. Lo es escribir este libro y publicarlo.

En última instancia, la historia de Palestina es una historia de esperanza: la esperanza de un futuro en el que el pueblo palestino pueda vivir libremente, sin las cadenas de un régimen de apartheid, y en el que la humanidad, en su conjunto, pueda hacer frente a los retos de la injusticia y la opresión, buscando la dignidad y los derechos fundamentales para todos, más allá de fronteras, ideologías e intereses políticos.

Por último, deseo expresar mi profunda satisfacción, como director ejecutivo del recién creado Centro de Estudios Árabes Contemporáneos (CEARC), por que este sea el libro que inaugura la nueva “Colección Dirasat – Estudios Árabes” que publicamos desde el CEARC y la editorial Los Libros de la Catarata.

Haizam Amirah Fernández

Madrid, octubre de 2025

Introducción

En la región mediterránea, la cuestión palestina es la más antigua y la más difícil de resolver. Encierra en sí misma una dinámica colonial de asentamiento que se desarrolla en Palestina desde 1897 hasta nuestros días. Afecta a la estabilidad y la seguridad de todo Oriente Medio y del espacio euromediterráneo por su efecto rebote o efecto dominó. También constituye un ejemplo perfecto de la asimetría estructural entre el poderoso Estado de Israel y una población que fue expulsada de su tierra natal (1947-1949) y que hoy, en 2025, es bombardeada a diario (en Gaza) o acosada y reprimida (en Cisjordania). En cierto sentido, el conflicto israelo-palestino es la madre de la mayoría de los conflictos de la región. Como afirma Stephen Calleya: "La estabilidad en Oriente Medio y en toda la región euromediterránea depende de la resolución del conflicto israelo-palestino"[1].

Si todas las conferencias de paz, las rondas diplomáticas y los esfuerzos de mediación han fracasado estrepitosamente a la hora de forjar una solución justa y duradera, es principalmente por una comprensión errónea de las causas profundas del conflicto, de su centralidad en la región e incluso de su importancia mundial, magníficamente analizada por John Collins en su obra Global Palestine[2]. El ataque letal de Hamás del 7 de octubre de 2023 y la devastación de Gaza son ejemplos manifiestos de ello.

La cuestión palestina es el tema más analizado del mundo. El historiador francés Henry Laurens ha escrito cinco volúmenes sobre ella[3]. Los analistas palestinos también han contribuido ampliamente, entre ellos figuras destacadas como Edward Said, Rashid Khalidi, Elias Sanbar y Nur Masalha, además de otros muchos.

Yo mismo he escrito tres volúmenes sobre la historia de Palestina[4] en francés, en 1977, y otro volumen titulado Europa y Palestina: desde las cruzadas hasta el siglo XXI[5], en 1999. No pretendo, por

tanto, reescribir una historia más sobre la cuestión palestina. Este ensayo propone, más bien, una forma diferente de observarla, ofreciendo nuevas perspectivas que han sido escasamente exploradas o simplemente descartadas. Estas perspectivas son útiles porque permiten entender por qué el conflicto:

Se inició: con el proyecto sionista de un Estado judío en Palestina (1897).

Se intensificó: con la Declaración Balfour (1917), el Mandato británico (1922-1948), la primera Nakba palestina (1947-1948) y la creación de Israel (1948).

Derivó en varias guerras árabe-israelíes: la primera guerra árabe-israelí (1948-1949), la guerra de Suez (1956), la guerra de los Seis Días (1967), la guerra de Yom Kipur (octubre de 1973).

Repercutió en otros escenarios de conflicto: la ocupación del sur de Líbano por Israel (1982), guerra entre Irán e Irak (1980-1989), la invasión de Kuwait (1990), la guerra entre Israel y Hezbolá (2006 y, nuevamente, en 2024).

Desestabilizó toda la región: la guerra civil libanesa (1975-1989), el bombardeo israelí del reactor nuclear iraquí Osirak (1981), la ocupación iraquí de Kuwait (1990), la invasión estadounidense de Irak (2003), la destrucción de un reactor nuclear en Siria (2007), la Primavera Árabe (desde 2011), el plan del siglo del presidente Trump (2019), los Acuerdos de Abraham (2020), etc.

Finalmente adquirió, tras el 7 de octubre de 2023, una nueva relevancia geopolítica, trastocando las dinámicas que definían la política regional y convirtiéndose en una cuestión central a nivel mundial.

El ataque del 7 de octubre fue horrible y acabó con numerosos israelíes muertos, heridos o secuestrados. Personalmente, no suscribo ningún ataque dirigido contra civiles. Pero el 7 de octubre

no es el inicio de la historia: es el resultado de una larga historia de negación, desposesión y humillación del pueblo palestino. Se trata de una historia de 76 años de total inmunidad e impunidad para Israel. Jean-Louis Bourlanges, expresidente de la Comisión de Asuntos Exteriores de la Asamblea Nacional francesa, lo resumió de forma contundente: “El ataque de Hamás es imperdonable, pero no carece de causas”.

Por ello, contextualizar el 7 de octubre es de vital importancia: no se trata de antisemitismo ni de justificar la violencia, como pretenden Israel y sus aliados internacionales. Se trata, más bien, de una revelación, pues la violencia no emerge “en el vacío”, como recordó acertadamente António Guterres, secretario general de la ONU.

El 7 de octubre ha hecho añicos muchas ilusiones, como que la cuestión palestina ya no es un tema central o que Israel puede continuar con su despiadada ocupación y su desenfrenada expansión, disfrutando al mismo tiempo de seguridad y paz.

El 7 de octubre es el resultado de la relegación de la causa palestina a una cuestión secundaria en la agenda de los Estados árabes, bien porque dieron prioridad a sus necesidades nacionales inmediatas o bien por su aversión hacia los movimientos islamistas, como Hamás o la Yihad Islámica, considerados próximos a los Hermanos Musulmanes.

El 7 de octubre es también consecuencia de la fragmentación del escenario político palestino con dos entidades gobernantes: la Autoridad Palestina en Ramala y Hamás en Gaza.

El 7 de octubre es el resultado del ocultamiento del conflicto israelo-palestino por parte de los actores más influyentes, principalmente Estados Unidos y Europa, así como de la incoherencia de la diplomacia occidental, que ha repetido durante décadas el mantra del proceso de paz y de la solución de dos Estados mientras protegía a Israel y perpetuaba su ocupación.

El 7 de octubre es consecuencia del fracaso de todas las negociaciones de paz y del recurso sistemático de Israel a la fuerza para reprimir cualquier intento de resistencia a su ocupación.

El 7 de octubre es también producto de la deriva de los partidos religiosos y nacionalistas de extrema derecha en Israel, que abogan abiertamente por la desaparición de Palestina y la expulsión de su población.

El 7 de octubre es asimismo fruto de la radicalización de los movimientos islamistas, como Hamás o la Yihad en Gaza, que han llegado a la conclusión de que es inútil buscar la paz con un Israel cada vez más radicalizado, arrogante y que se percibe a sí mismo como un faro de civilización rodeado de bárbaros.

Ojalá que el trauma causado en Israel por el 7 de octubre y la devastación generalizada y el sufrimiento extremo en Gaza sirvan para despertar las conciencias adormecidas. La hoja de ruta para la paz presentada por Josep Borrell, alto representante de la UE hasta diciembre de 2024, durante la reunión de ministros de Asuntos Exteriores del 22 de enero de 2024, va en la buena dirección, pues propone "organizar una conferencia preparatoria" y lanzar no otro proceso de paz, sino un proceso de solución de dos Estados que "debería conducir a un Estado palestino independiente que conviva junto a Israel".

Temo, sin embargo, la repetición de marcos agotados —conferencias, grupos de trabajo, dilaciones interminables y negociaciones sin fin—. La comunidad internacional no debe repetir la farsa del proceso de Oslo, ya que la aterradora devastación de Gaza y la opresión cotidiana de los palestinos en Cisjordania exigen un remedio urgente y una solución duradera. El Comisionado de la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo (UNRWA), Philippe Lazzarini, ha lanzado una advertencia: "El sufrimiento en Gaza y la tragedia de sus niños muertos, mutilados, huérfanos, traumatizados y privados de educación empañan nuestra humanidad compartida"[6].

Si Occidente, en general, y la Unión Europea en particular hablan en serio sobre la construcción de la paz y la creación de un Estado palestino, entonces ha llegado la hora de que el Consejo de Seguridad apruebe una resolución que consagre un acuerdo de paz basado en la solución de dos Estados, y que Estados Unidos y todos los países miembros de la UE se sumen a los más de 155 países que ya han reconocido al Estado de Palestina.

Mi objetivo aquí no es entrar en un debate polémico dentro de una lógica binaria de suma cero. Mi propósito es quíntuple:

Inscribir la tragedia palestina en el contexto histórico de los últimos 128 años, desde el nacimiento del proyecto sionista (1897) hasta la expulsión de dos tercios de la población palestina (1947-1949). Este éxodo forzado ha sido calificado como la primera Nakba palestina, lo que significa 'catástrofe'. Fue seguido por otro éxodo tras la guerra de 1967. Desde hace varias décadas, hay una tercera Nakba en curso en los territorios palestinos ocupados por la violencia y el acoso de los colonos y el robo de tierras y recursos, así como por los desplazamientos forzados. Desde el 8 de octubre de 2023, el mundo entero asiste, sin inmutarse, a una cuarta Nakba televisada en la Franja de Gaza.

Aclarar la especificidad del conflicto israelo-palestino, cuyos efectos negativos se dejan sentir en todo el espacio árabe y más allá, en lo que se llama el efecto dominó o efecto mariposa.

Desacreditar la afirmación de que Israel es excepcional (debido al Holocausto), que es intrínsecamente diferente de las demás naciones, que constituye una villa civilizada en una jungla de barbarie y que, en consecuencia, no puede ser objeto de un análisis crítico ni considerado moralmente responsable.

Poner de relieve la responsabilidad histórica de la comunidad internacional, principalmente de Estados Unidos, que protege a Israel en el Consejo de Seguridad, y le proporciona ayuda financiera, bombas y municiones. Pero también de Europa[7], de la que puede decirse que fue el origen del sionismo (antisemitismo europeo, Declaración Balfour, Mandato británico y, sobre todo, el Holocausto) y que hasta hoy muestra una gran indulgencia hacia Israel, aunque critique con frecuencia su política de ocupación, colonización y anexión.

Llamar a otra vía de acción, por parte de Occidente en general y de Europa en particular, haciendo cumplir rigurosamente el derecho internacional y poniendo fin a la tragedia permanente palestina: se trata de un deber moral hacia israelíes y palestinos, y de un deber

político de comprometerse por una paz duradera en Palestina e Israel, en beneficio de toda la región árabe y mediterránea, y en interés de la seguridad europea e internacional.

En resumen, se trata para mí de proponer un análisis sobrio, documentado y desapasionado que rompa con las disputas ideológicas que con tanta frecuencia contaminan los debates televisivos. Pero no me ando con rodeos y llamo a las cosas por su nombre: lo que ocurre en Palestina no es un conflicto simétrico ni equilibrado entre dos beligerantes y dos ejércitos. Es una guerra colonial que comenzó en 1897 y que continúa hasta el día de hoy.

GÉNESIS DEL PROYECTO SIONISTA

Y EL BORRADO DE PALESTINA

El sionismo Y LA CUESTIÓN DE PALESTINA

Ningún analista ha captado mejor la quintaesencia de la cuestión palestina con tanta claridad como Edward Said[8]. Para él, esta es una contienda entre una afirmación y una negación. La afirmación fue consagrada por la declaración del Primer Congreso Sionista, celebrado en Basilea, Suiza, del 29 al 31 de agosto de 1897, que fijó los objetivos del movimiento sionista: "El sionismo aspira a establecer para el pueblo judío un hogar público y jurídicamente garantizado en Palestina". La reunión fue presidida por Theodor Herzl (1860-1904), considerado el fundador del sionismo político desde la publicación de su memorándum, titulado Der Judenstaat (El Estado de los judíos) en 1896.

Dos puntos importantes merecen recordarse aquí. En primer lugar, numerosas organizaciones judías, tanto en Estados Unidos como en Europa, se oponían al sionismo, ya fuera por motivos religiosos o de conveniencia, o porque el proyecto amenazaba su integración. En efecto, si el Primer Congreso Sionista se celebró en Basilea y no en Mónaco de Baviera, como estaba previsto inicialmente, fue porque la gran mayoría de los rabinos alemanes se opusieron ferozmente, calificando el sionismo como un proyecto antijudío. En segundo lugar, algunos dirigentes sionistas habían considerado la posibilidad de establecer un Estado judío en otro lugar que no fuera Palestina, especialmente en Uganda. Esta alternativa fue abandonada definitivamente porque la opción palestina resultaba más movilizadora y, además, contaba con el apoyo de los evangelistas anglosajones que, durante todo el siglo XIX, veían en el establecimiento de un Estado judío en Palestina una suerte de cumplimiento de las profecías. Resulta irónico observar que hoy, en 2025, los apoyos más convencidos e influyentes del Estado de Israel, especialmente en Estados Unidos, son precisamente evangelistas cristianos.

El sionismo fue teorizado como una respuesta al antisemitismo europeo, considerado por Herzl como "una enfermedad incurable", pero también como un "retorno a la Tierra Prometida" tras 19 siglos

de exilio, con el objetivo de crear un Estado exclusivamente judío. Ciertamente, hubo judíos liberales que contemplaron una solución binacional, pero fueron los partidarios de un Estado solo para judíos quienes finalmente se impusieron.

Esta afirmación estuvo acompañada de una negación: el relato sionista sostenía que Palestina no era un Estado independiente, sino una provincia del Imperio otomano que estaba habitada por una pequeña población de tribus sin raíces, atrasadas y nómadas, sin ninguna conexión con la tierra. Peor aún, se trataba de un desierto vacío. Esta actitud colonial se resume en el eslogan "Una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra". Este eslogan fue inicialmente formulado por un sionista cristiano, lord Shaftesbury, quien, a mediados del siglo XIX, fue uno de los primeros en apoyar el movimiento para establecer un hogar para los judíos en Palestina, no por compasión hacia ellos, sino para servir de cabeza de puente para defender los intereses del Imperio británico. Más tarde, hacia finales del siglo XIX, Israel Zangwill reutilizó el mismo lema.

Así, desde el nacimiento mismo de la idea sionista, los palestinos fueron condenados a la invisibilidad, y su realidad transformada en irrealidad. Obnubilados por la urgencia de realizar su sueño de un Estado judío, los sionistas simplemente evacuaron al palestino de su campo de visión. Los palestinos se convirtieron en la cuestión invisible (the invisible question). El dirigente sionista Chaim Weizmann (1874-1952), futuro presidente de Israel, lo reconocía con candor: "Si estudian las publicaciones sionistas anteriores a la guerra, encontrarán en ellas casi ninguna mención a los árabes"[9].

Ciertamente, Palestina existía, pero para los primeros sionistas era una naturaleza salvaje y virgen, arena y pantanos: imagen absoluta de la nada histórica, de la no-identidad. En este sentido, resulta reveladora la frase de Bernard Rosenblatt: "Cuando hay un territorio virtualmente vacío, el mundo llama a su redención. La Palestina despoblada era precisamente un Texas en miniatura. La lógica de la historia exige que los espacios vacíos sean llenados, porque la naturaleza aborrece el vacío (nature abhors vacuum)"[10]. En el siglo XIX, Metternich no decía otra cosa: "Todo territorio situado en la periferia de Europa es un territorio vacío. No necesariamente vacío de habitantes, pero sí culturalmente vacío y,

por tanto, colonizable". Se podrían multiplicar las citas, pero lo importante es recordar el vínculo inmediato entre esta visión de Palestina como territorio despoblado y vacío y como naturaleza salvaje, y la no visión de sus habitantes como colectivo social. Más que una población viva, el espacio palestino, en la ideología sionista, era ante todo una función: debía permitir el paso del judío errante al israelí sedentario.

Como todos los colonizadores europeos que buscaban suplantar a los pueblos indígenas (en Estados Unidos, Australia, Nueva Zelanda o Canadá), el sionismo describió a los palestinos autóctonos en términos peyorativos. Edward Said replica: "Por muy atrasados, incivilizados y silenciosos que fueran, los árabes palestinos estaban sobre esa tierra"[11]. Como los palestinos constituían la mayoría de los habitantes (95% en 1900), el peso demográfico les era favorable.

La capacidad del movimiento sionista y de sus apoyos coloniales, principalmente Reino Unido, fue transformar la demografía del territorio codiciado. Theodor Herzl anota en sus Diarios: "El proceso de expropiación y desplazamiento de los pobres debe llevarse a cabo discretamente y con precaución"[12], para dar cabida a los judíos. Así, el proyecto de desplazamiento, expulsión y limpieza étnica de los palestinos está en el corazón del sueño sionista.

La expulsión de los palestinos de sus tierras y la progresiva transformación del suelo palestino en un Estado judío comenzaron ya durante el Mandato británico en Palestina (1922-1948). En esos 26 años de presencia británica, oleadas masivas de inmigrantes judíos modificaron la demografía del país. Si en los primeros años del siglo XX la población judía no superaba el 5% del total, alcanzaba el 7% en 1917, el 18% en 1932, el 31% en 1939 y casi el 33% en 1948. La limpieza étnica de 1947-1949, conocida como la Nakba palestina, no fue sino la primera fase de una purga étnica deliberada y planificada, magistralmente analizada por el historiador israelí Ilan Pappé en su obra La limpieza étnica de Palestina[13].

El primer presidente israelí, Chaim Weizmann, calificó la expulsión de los palestinos como "una limpieza milagrosa de la tierra"[14]. Moshe Sharett, futuro primer ministro de Israel, escribía ya en

1914: “[…] No vinimos a una tierra vacía para heredarla. Hemos venido a conquistar el país de un pueblo que lo habita…”[15]. Arthur Ruppin, otro dirigente sionista y director de la Oficina Palestina de la Organización Sionista Mundial, fue aún más explícito: “No creo en el traslado de un individuo… Creo en el traslado de pueblos enteros”[16]. Ben Gurión (1886-1973), quien creó en 1937 un Comité para el Traslado de Población en el seno de la Agencia Judía, reconoció sin rodeos: “Hay pocos lugares que hayamos podido colonizar sin vernos obligados a trasladar a sus habitantes”. A. Lulu, otro líder sionista, reforzó esta lógica: “Alguien dijo aquí que el traslado (de los palestinos) era una provocación política. Eso no es cierto. Es un programa lógico y justo, moral y humano en todos los sentidos”[17]. Más tarde, en 1969, Moshe Dayan confesó: “Vinimos aquí, a este país poblado por árabes, y estamos construyendo un Estado judío”[18].

Esta es la esencia misma del colonialismo de asentamiento, como subraya Patrick Wolfe, quien lo define por el deseo de crear una sociedad totalmente nueva en lugar de —o sobre las ruinas de— una sociedad existente: el colonialismo de asentamiento “destruye para reemplazar”[19]. Theodor Herzl escribía en 1896: “Si deseo sustituir un edificio viejo por uno nuevo, debo demoler antes de construir”[20].

Eso exige racializar a los indígenas —clasificarlos como otros, inferiores, atrasados— para justificar la ocupación de sus tierras y su desplazamiento. La idea de trasladar a los palestinos fuera de sus tierras no nació en las cabezas de Smotrich y Ben-Gvir, los ministros supremacistas del actual Gobierno de Netanyahu. Forma parte integrante de la ideología fundadora misma del sionismo, que ha sido brillantemente analizada por el israelí Jeff Halper en su libro Decolonizing Israel, Liberating Palestine[21].

A pesar de las pruebas flagrantes del colonialismo de asentamiento y de la desposesión, ningún sionista describiría el movimiento como colonial. Para los sionistas convencidos, el sionismo es una “liberación nacional”[22], un retorno a una patria prometida por Dios. Su instalación en la tierra es moral y la limpieza étnica de los palestinos es una necesidad para hacer espacio a los repatriados judíos, que regresan tras un exilio de 19 siglos, para reclamar su

tierra natal. Para los sionistas, los judíos son los autóctonos con derechos eternos, y los palestinos son los intrusos sin vínculo alguno con la tierra, lo que lleva a Jacques Pous[23] a formular esta observación incisiva: “Todos los colonos de la historia —y han sido muchos— sabían que iban a casa del Otro. El colono sionista, en cambio, proclama que vuelve a casa”, tras una ausencia de 19 siglos.

Esta visión mítica conduce a una distorsión de la historia, ya que no considera de la historia de Palestina más que los fragmentos que corresponden a su ocupación parcial por los hebreos (época bíblica) o a su transformación por el sionismo. 19 siglos son, por tanto, borrados: equivalen al vacío histórico, a una no-historia. Esta mitología israelí popular ha sido desmentida y desmitificada por historiadores israelíes como Shlomo Sand, en sus libros La invención del pueblo judío[24] y La invención de la tierra de Israel[25].

De todo lo anterior se desprende que el sionismo de asentamiento es peor que el apartheid sudafricano: este último se basaba en la segregación y explotación. El sionismo se basa en la desposesión: no se trataba de adquirir tierras ni de explotar a la población local, sino de adquirir un territorio nacional, vaciado de sus habitantes autóctonos. En esto, la dinámica colonial en Palestina aparece como una reproducción en miniatura de la dinámica colonial en Canadá, Australia y, sobre todo, Estados Unidos. Esta es una de las razones que explican la actual colusión entre Israel y Estados Unidos. Como los colonos americanos que masacraban a los indios y los acusaban de ser violentos y bárbaros, los colonos israelíes utilizan los mismos calificativos degradantes contra los palestinos: terroristas, agresores, violentos, bárbaros, bandidos, que solo entienden el lenguaje de la fuerza. En cambio, los israelíes se presentan como demócratas y civilizados, en suma, una villa en la jungla. Herzl escribía: “un bastión de civilización contra la barbarie”. Netanyahu y sus ministros no dicen otra cosa hoy, presentando a Israel como un país pacífico rodeado de enemigos movidos por un odio feroz y por un antisemitismo incurable, que desean arrojar a los judíos al mar o exterminarlos y que, por tanto, Israel no tiene otra opción que verse condenado —a su pesar— a luchar por su supervivencia, hasta la victoria total.

Todos los amigos y aliados de Israel deberían releer esta reflexión de Ben Gurión, el mismo que promovió el traslado de los palestinos:

Si yo fuera un líder árabe, jamás firmaría con Israel. Es normal: les hemos quitado su país. Cierto que Dios nos lo prometió, pero ¿en qué les concierne eso a ellos? Nuestro Dios no es el suyo. Es verdad que venimos de Israel, pero hace dos mil años: ¿qué les importa eso? Hubo antisemitismo, los nazis, Hitler, Auschwitz, pero ¿fue culpa suya? Ellos solo ven una cosa: hemos venido y les hemos robado su país. ¿Por qué lo aceptarían? Quizá lo olviden en una o dos generaciones, pero por ahora, no hay ninguna posibilidad. Entonces, está claro: debemos seguir siendo fuertes, con un ejército poderoso. Toda la política se resume en eso. De lo contrario, los árabes nos destruirán[26].

Fue Nahum Goldmann (1895-1982), antiguo presidente del Congreso Judío Mundial, quien relató estas palabras, pronunciadas en una conversación con Ben Gurión. Resulta sorprendente que sea precisamente la persona que proclamó la independencia de Israel quien, como escribe Jacques Pous, “ofrece a los palestinos el mejor alegato contra el proyecto sionista”.

La Declaración Balfour de 1917

y el Mandato británico (1922-1948)

Al alba del siglo XX, el proyecto sionista despegó: contaba con la figura emblemática de Theodor Herzl, con una organización como el Congreso Sionista Mundial y con el objetivo claro de lograr un Estado judío en Palestina. Lo que necesitaba era el respaldo de una gran potencia. Antes de morir en 1904, Herzl se reunió con el emperador alemán Guillermo II en Constantinopla; el 18 de octubre de 1898 con Joseph Chamberlain, ministro británico de Colonias; el 22 de octubre de 1902 con Víctor Manuel III, rey de Italia (23 de enero de 1904), e incluso con el papa Pío X el 26 de enero de 1904, solicitando su ayuda y apoyo, aunque sin éxito[27].

La Primera Guerra Mundial ofreció una oportunidad de oro al movimiento sionista. Ya en enero de 1917, el dirigente sionista Chaim Weizmann había presentado a Mark Sykes un memorando titulado "Pautas de un programa para el retorno de los judíos a Palestina conforme a las aspiraciones del movimiento sionista". En otro memorando, fechado el 18 de julio de 1917, que lord Rothschild remitió al Gobierno británico, se sugería que "Palestina debería restablecerse como el hogar nacional del pueblo judío".

En respuesta a estas demandas, el 2 de noviembre de 1917 el Gobierno británico emitió su célebre Declaración Balfour en forma de carta del secretario de Estado de Asuntos Exteriores, Arthur Balfour, y dirigida a lord Lionel Walter Rothschild. El segundo párrafo de la carta es revelador: "El Gobierno de Su Majestad ve con buenos ojos el establecimiento en Palestina de un hogar nacional para el pueblo judío y se esforzará por facilitar la consecución de este objetivo, siempre que se entienda claramente que nada se hará que pueda perjudicar los derechos civiles y religiosos de las comunidades no judías en Palestina…".

La redacción de esta carta resulta chocante: una potencia europea (Reino Unido) promete transformar un territorio no europeo (Palestina) en un "hogar nacional" para el pueblo judío. Los palestinos, que representaban el 93% de los habitantes, son descritos como comunidades no judías sin derechos políticos, tan solo con derechos civiles y religiosos. Mientras tanto, los judíos en Palestina (que no superaban el 7% de la población en 1917) y las diásporas judías dispersas por el mundo son reconocidos como un pueblo necesitado de un hogar nacional.

Irónicamente, el mismo lord Balfour había redactado en 1905 la Ley de Extranjeros (Aliens Act), destinada a impedir la entrada en Gran Bretaña de judíos empobrecidos que huían de los pogromos zaristas. Aunque es un punto debatido por los historiadores, lo cierto es que muchos responsables británicos consideraban que la emigración judía a Palestina podía fortalecer la posición y los intereses británicos en Oriente Medio tras la guerra.

Los palestinos reaccionaron con furia ante la Declaración Balfour, y por razones comprensibles, ya que la percibían como un regalo a los sionistas a expensas suyas. También enfureció a los árabes, especialmente al jerife Hussein de La Meca, quien la consideró una traición a la promesa británica (1915) de un reino árabe hachemita en todo el Oriente Medio. Esto provocó en el mundo árabe una profunda desconfianza y sospecha hacia Reino Unido y hacia Occidente en general.

El 24 de julio de 1922, el Consejo de la Sociedad de Naciones publicó el texto del mandato sobre Palestina y lo confió al Reino Unido. El pueblo palestino no fue consultado sobre la atribución del mandato a Gran Bretaña. Ahora bien, si la población palestina (el 93% del total) hubiera sido consultada, escribe Monique Chemillier-Gendreau, "habría rechazado el nombramiento de Reino Unido como potencia mandataria, ya que era consciente del apoyo de esta gran potencia a las ambiciones sionistas sobre su país".

El mandato incorporó la Declaración Balfour y amplió incluso sus compromisos. En el tercer párrafo del preámbulo, se afirma que el pueblo judío —y solo el pueblo judío— tiene una "conexión histórica con Palestina". Los palestinos, que constituían el 93% de la población, no son reconocidos como un pueblo con derechos

nacionales o políticos, sino como comunidades no judías. 7 de los 28 artículos del mandato están dedicados a los privilegios y facilidades otorgados al movimiento sionista, como el reconocimiento de la Agencia Judía como un organismo público con amplios poderes, o la obligación de la potencia mandataria de facilitar la inmigración judía. La Knéset, fundada en 1918, fue oficialmente reconocida por la potencia mandataria en 1927.

El objetivo declarado de los británicos, antes y después del mandato, era claramente sentar las bases del Yishuv (el Estado de Israel en gestación), facilitando el establecimiento de instituciones sionistas como el Technion (1918), la Federación de Trabajadores Histadrut (1920), la organización de autodefensa Haganá (1920), la Universidad Hebrea (1929), la Agencia Judía (1929), etc., y fomentando la inmigración judía. Entre 1922 y 1948, la población judía en Palestina pasó del 7% al 33% del total. Sin embargo, la base territorial seguía siendo pequeña y fragmentada, ya que los judíos poseían solo el 6,59% del territorio palestino. Esta asimetría territorial debía invertirse, como ocurriría entre 1948 y 1949.

Aunque el Mandato británico contribuyó significativamente a la realización del sueño sionista, ya que aportó un flujo de colonos extranjeros cuya misión era tomar el control del país, también reprimió sistemáticamente la realidad árabe, criminalizó y aplastó la resistencia palestina al proyecto colonial sionista[28].

Para ello, los británicos recurrieron a cuatro métodos: represión severa, libros blancos, cooptación y deportación. La represión fue la política más común: Rashid Khalidi estima que casi el 10% de la población palestina masculina adulta fue asesinada, herida, encarcelada o exiliada. Para apaciguar su ira, los británicos recurrieron a una segunda táctica: el envío de comisiones y la redacción de libros blancos: la Comisión Hayward (1920), la Comisión Shaw (1921), el Libro Blanco de Churchill (1922), el Informe Hope Simpson (1931), la Comisión Peel (1937), la Comisión Woodhead (1938). En 1939, en vísperas de la Segunda Guerra Mundial, los británicos organizaron una conferencia en St. James, Londres, con representantes del movimiento sionista, palestinos y de estados árabes. La conferencia fracasó, lo que llevó a Neville Chamberlain a emitir otro libro blanco para apaciguar a los

palestinos indignados. La tercera táctica —muy británica— consistía en cooptar figuras tradicionales palestinas y sembrar divisiones en el movimiento nacional palestino, enfrentando a unos líderes contra otros y fomentando las fricciones internas. La cuarta táctica fue la deportación: aquellos que protestaban contra las acciones británicas eran deportados. Rashid Khalidi relata la deportación de su tío: "Las autoridades del Mandato deportaron prácticamente a toda la dirección nacionalista palestina, incluido el alcalde de Jerusalén, el Dr. Husayn al-Khalidi, mi tío"[29].

En suma, de 1917 a 1948, Reino Unido desempeñó un papel fundamental en el desarrollo del proyecto sionista. A este respecto, puede considerársele responsable de la negación a la existencia. En su notable libro sobre el Mandato británico, Tom Segev escribe: "Los británicos encontraron un país subdesarrollado a su llegada y dejaron muchos progresos tras de sí, sobre todo entre los judíos. Pero también dejaron mucho retraso, especialmente entre los árabes"[30].

Mientras la mayoría de los países occidentales adoptaban políticas migratorias discriminatorias y restrictivas —sobre todo tras el ascenso del nazismo—, los británicos facilitaron la inmigración de judíos alemanes a Palestina. Los judíos alemanes eran acomodados, cualificados y educados. "Se les permitió traer activos por un valor total de 100 millones de dólares, gracias a un 'acuerdo de transferencia' suscrito entre el Gobierno nazi y el movimiento sionista"[31]. Mientras tanto, la economía palestina estaba moribunda, pero la agricultura, la industria y la banca del Yishuv prosperaban.

A medida que el Yishuv se consolidaba, los grupos sionistas se mostraban cada vez más hostiles hacia los británicos. El Irgún, el Stern, el Lehi y el Palmach —organizaciones paramilitares judías radicales— intensificaron sus actividades anti-británicas. En 1944, el Lehi asesinó a lord Moyne, ministro británico residente en Egipto. La ola de atentados continuó de 1944 a 1947, con ataques a líneas ferroviarias el 1 de noviembre de 1945 hasta culminar con el atentado de 1946 contra el Cuartel General británico en el hotel King David, que causó 91 muertos, entre ellos 28 británicos. Los sionistas consideraban que había llegado el momento de deshacerse de sus "protectores" británicos.

Ya en 1942, David Ben Gurión, figura destacada del movimiento sionista, percibió el cambio en el equilibrio mundial, trasladó la sede del movimiento a Estados Unidos y organizó una gran conferencia en el Hotel Baltimore de Nueva York (1942), que adoptó el Programa de Baltimore, el cual abogaba por “transformar toda Palestina en un Estado judío”.

Dos años más tarde, en octubre de 1944, cinco estados árabes independientes (Egipto, Siria, Líbano, Transjordania e Irak) firmaron el Protocolo de Alejandría, creando así la Liga de Estados Árabes. El Protocolo subrayaba la importancia de la “causa de los árabes en Palestina”, al tiempo que “lamentaba las desgracias infligidas a los judíos en Europa”.

La partición de Palestina en 1947,

la creación de Israel y la primera

Nakba palestina (1947-1949)

Dos años después del fin de la Segunda Guerra Mundial, una resolución de la Asamblea General de las Naciones Unidas (29 de noviembre de 1947) dividió Palestina en tres partes: un 56% para un Estado judío, un 43% para un Estado palestino y un 1% bajo estatus internacional. El plan de partición fue apoyado por los países occidentales y sus aliados y fue aprobado por los estados europeos con excepción de Grecia, que votó en contra, y de Reino Unido y Yugoslavia, que se abstuvieron.

Los sionistas se alegraron: se les otorgaba lo que no poseían. Pero en el territorio propuesto para constituir el Estado judío vivían alrededor de 498.000 judíos y 467.000 palestinos. Esta simetría demográfica debía invertirse, pues los sionistas querían un Estado exclusivamente judío y no un Estado binacional.

Antes de la creación de Israel, el 14 de mayo de 1948, las organizaciones paramilitares sionistas (Stern e Irgún), que los británicos consideraban organizaciones terroristas, lanzaron una oleada de terror. El 9 de abril de 1948 (un mes antes de la proclamación del Estado de Israel), un comando del Irgún masacró a toda la población de Deir Yassin, un pueblo situado a apenas cinco kilómetros de Jerusalén. El líder del ataque, Menachem Begin, reconoció que no se habría conseguido el Estado de Israel sin la "victoria de Deir Yassin"[32]. Esta masacre fue seguida por otras muchas, destinadas a aterrorizar a la población y a expulsar a los palestinos de sus tierras ancestrales.

Dos meses antes de la creación del Estado de Israel, el 10 de marzo de 1948, el alto mando de la Haganá adoptó el Plan Dalet, que

preconizaba la destrucción de aldeas y operaciones de limpieza y control. Contrariamente a la propaganda israelí, que sostiene que los palestinos huyeron de los combates durante la primera guerra árabe-israelí, se estima que entre 350.000 y 400.000 de ellos fueron expulsados de sus ciudades y pueblos y forzados al exilio incluso antes de la proclamación del Estado de Israel del 14 de mayo de 1948. Más tarde, el 21 de octubre de 1948, Ben Gurión declaró que "los árabes de Eretz Israel solo tienen una misión por cumplir: huir"[33]. Este es el mismo discurso del Gobierno de Netanyahu en 2025.

Antes de la creación de Israel, había en Palestina cerca de 807 ciudades y pueblos. De ellos, 479 fueron ocupados por los sionistas entre 1947 y 1949, y unos 417 fueron destruidos o transformados en campos de matorrales, parques naturales o kibbutzim. Cerca de dos tercios de la población palestina (750.000 personas) fueron arrojados a los caminos del exilio, dispersos en distintos países.

Sin embargo, la vida de un palestino se desarrollaba en general en el pueblo, que constituía su principal unidad social y económica. En el exilio, la pertenencia al pueblo natal seguía siendo tan fuerte que, incluso en los campos de refugiados, la gente se agrupaba por clan o por pueblo. La memoria palestina, transmitida de padres a hijos, es ante todo la memoria del pueblo natal, del que se conocen los más mínimos detalles: el número de higueras, la ubicación de la iglesia o la mezquita, del pozo, etc. Por ello, el campo preservaba los valores y tradiciones del pueblo: la memoria de la tierra natal, una especie de memoria colectiva que la limpieza étnica intentó borrar desesperadamente.

Esta política bien planificada de limpieza étnica se llevó a cabo con gran rapidez y ha sido ampliamente documentada por historiadores israelíes, principalmente Ilan Pappé y Benny Morris. Pero, mientras Ilan Pappé se opone a la limpieza étnica por razones morales, Benny Morris utiliza la retórica de la necesidad para justificar las masacres y expulsiones de palestinos, "sin las cuales Israel no habría podido ser creado como un Estado mayoritariamente judío"[34].

Para los palestinos, la primera Nakba ('catástrofe') fue una ruptura colectiva, una derrota política, un seísmo geopolítico y una tragedia humana. "La Nakba", escribe Rashid Khalidi, "rompió familias y

comunidades, dividiendo y dispersando a los palestinos entre varios países y soberanías distintas”[35].

Se desencadenó una dinámica conflictiva. Tras haber expulsado a los palestinos de la geografía, Israel impuso su propio relato, expulsando a los palestinos de la historia. “Hasta hoy”, comenta Edward Said, “resulta chocante constatar que mencionar a los palestinos o a Palestina en Israel, o ante un sionista convencido, es nombrar lo innombrable”[36].

La creación de Israel no se convirtió solo en una cuestión palestina, sino también en una cuestión árabe. Los ejércitos de cuatro estados árabes lanzaron una ofensiva contra el joven Estado judío, pero gran parte de los combates se desarrollaron en el territorio asignado al Estado árabe. En conjunto, los efectivos militares árabes eran inferiores en número a los 35.000 combatientes judíos del recién formado Ejército israelí. No había cabida para dudas sobre la victoria de los israelíes, dado que su ejército estaba bien entrenado y equipado. Se ocuparon y anexionaron nuevos territorios: en 1949, Israel amplió su base territorial y ocupó el 78% de la Palestina histórica. Indudablemente, la lógica del desplazamiento y la desposesión opera de forma conjunta con una lógica de expansión territorial, estructurando así el colonialismo de asentamiento. “Más que un lugar fijo”, escribe John Collins, “la frontera del colonialismo de asentamiento debe entenderse mejor como una estructura en movimiento”[37]. A día de hoy, en 2025, Israel es el único país del mundo con fronteras en perpetua evolución.

Mientras Israel tomaba el control del 78% de la Palestina histórica, el 22% restante quedó bajo la autoridad del Reino de Jordania. Lo que quedaba de Palestina pasó a llamarse Cisjordania. En cuanto a la Franja de Gaza, fue colocada bajo administración egipcia.

La creación de Israel

y las primeras reacciones europeas

Palestina ha sido una cuestión europea porque la responsabilidad de Europa en la tragedia palestina es abrumadora. Europa externalizó la cuestión judía a costa del pueblo palestino, desposeído y exiliado. En efecto, fue el antisemitismo europeo, la Declaración Balfour, el Mandato británico y, sobre todo, el horrible genocidio de los judíos en Europa lo que dio origen a Israel. No es de extrañar, como veíamos antes, que el Holocausto —calificado por Viviane Forrester como un "crimen occidental"[38]— haya producido en Europa un inmenso sentimiento de culpa. La opinión pública y oficial europea en general sentía una deuda moral hacia Israel y los judíos. En cambio, los acontecimientos en el mundo árabe, en un contexto de descolonización, eran entendidos como mayoritariamente hostiles por Occidente.

En este contexto, la relevancia estratégica de Israel se vio reforzada: muchos europeos percibían a Israel no solo como un refugio seguro para los judíos, sino también como un escudo frente a un entorno turbulento y antioccidental y como un baluarte que protegía los intereses europeos[39]. De 1948 a 1967, Israel era considerado una parte integrante de Occidente, un aliado, un bastión de la democracia occidental, un modelo de coraje y un símbolo de modernidad. Estados Unidos reconoció al Estado de Israel 11 minutos después de su proclamación, y la Unión Soviética fue uno de los primeros países en reconocer a Israel de iure. Alemania proporcionó a Israel un enorme apoyo financiero a través de las reparaciones alemanas, estimadas en 800 millones de dólares[40], y Francia ayudó a Israel a desarrollar su tecnología nuclear[41]. En todos los países europeos, la simpatía oficial y popular hacia Israel era indiscutible. En miles de libros, documentales y películas, se celebraba y admiraba el "milagro" israelí.

La historia recordará de este trágico periodo de profundo desprecio por parte de las potencias occidentales (incluida la Unión Soviética) hacia Palestina por la dignidad de los pueblos árabes y, sobre todo, esa voluntad deliberada de hacer pagar a este pueblo por la tragedia judía, el Holocausto, del que no era en absoluto responsable. En lo que respecta a la tragedia palestina, poco le importa a Occidente. En cinco oleadas sucesivas, entre 1947 y 1949, cerca de 750.000 palestinos fueron desplazados y arrojados al exilio.

Mientras que el pueblo palestino vivía concentrado en un territorio homogéneo y delimitado en el periodo anterior a la creación de Israel, después de 1948 se produjo una auténtica fragmentación del cuerpo social palestino, una atomización de la sociedad palestina en fragmentos de sociedad y la aparición del problema de los refugiados. No es de extrañar, entonces, que la cuestión palestina haya sido relegada a un segundo plano y considerada como una simple cuestión humanitaria.

Para atender a los 750.000 palestinos que habían sido expulsados de sus ciudades y pueblos y que se habían convertido en refugiados, las Naciones Unidas pusieron en marcha un programa de ayuda para los refugiados palestinos llamado Oficina de Naciones Unidas para el Socorro a los Refugiados de Palestina, que fue transformado en 1949, gracias a la presión de la diplomacia estadounidense, en la UNRWA (United Nations Relief and Works Agency), haciendo desaparecer la palabra Palestina del acrónimo. La Agencia comenzó sus operaciones el 1 de mayo de 1950. Sus servicios incluyen educación, atención médica, asistencia y servicios sociales, infraestructuras de los campamentos, microfinanzas y ayuda de emergencia.

Mientras Israel ignoraba totalmente la resolución 179 de la ONU, que llamaba al retorno de los refugiados a sus hogares, la Asamblea General renovó en múltiples ocasiones el mandato de la UNRWA hasta 2026. Hoy, alrededor de 5,9 millones de refugiados palestinos son elegibles para los servicios de la UNRWA. Israel siempre ha criticado a la UNRWA con el pretexto de que permite la transferencia del estatus de refugiado de una generación de palestinos a otra. Eliminar la Agencia permitiría así suprimir las reivindicaciones palestinas sobre el derecho al retorno a su tierra.

En 2025, bajo presión israelí, el presidente Trump decidió dejar de financiar la agencia.

El lento despertar de Europa

ante la cuestión palestina

La creación del Estado de Israel fue celebrada por los países occidentales, que la vieron como una forma de expiación del horror del Holocausto. Se descargaba un sentimiento de culpa a expensas del pueblo palestino. Como ya he señalado, Israel era percibido como un refugio para los judíos supervivientes, pero también como un baluarte frente a un entorno árabe turbulento. Así pues, fue a Israel a quien franceses y británicos confiaron la tarea de lanzar una guerra contra Nasser tras la nacionalización de la Compañía del Canal de Suez en 1956, lo que a su vez dio pretexto a este bloque occidental para intervenir. Como es sabido, la victoria militar de israelíes, británicos y franceses se saldó con una derrota política, ya que una doble presión estadounidense y soviética los obligó a retirarse de Egipto, pero Israel siguió perfeccionando sus armas.

En junio de 1967, Israel lanzó una guerra sorpresa contra Egipto, Jordania y Siria. En seis días, la guerra se saldó con la ocupación del Sinaí egipcio, los Altos del Golán sirios, Cisjordania (bajo administración jordana) y la Franja de Gaza (administrada por Egipto).

La guerra provocó una segunda Nakba, ya que 430.000 palestinos fueron expulsados de sus tierras o incitados a hacerlo. Ya el 29 de septiembre de 1967, Yosef Weitz, exdirector del Fondo Nacional Judío, escribió un artículo en Davar llamando al traslado de la población árabe: “Entre nosotros, debe quedar claro que no hay lugar para dos pueblos en el país… con el traslado de los árabes, el país estará completamente abierto para nosotros… No se debe dejar ni un solo pueblo, ni una sola tribu”[42].

La ocupación modificó la geografía del conflicto y alarmó a la comunidad internacional. La resolución 242 del Consejo de

Seguridad de la ONU, adoptada el 22 de noviembre de 1967, llamó a la "retirada de las fuerzas armadas israelíes de los territorios ocupados durante el reciente conflicto".

La guerra de 1967 constituyó un electrochoque para Europa respecto al conflicto árabe-israelí y un punto de inflexión en el enfoque europeo hacia el conjunto del mundo árabe. Desde entonces, este conflicto se convirtió en un factor decisivo en el establecimiento de la Cooperación Política Europea (CPE). De hecho, durante la primera reunión de los seis ministros europeos de Asuntos Exteriores en Múnich, en noviembre de 1970, el conflicto árabe-israelí fue clasificado como una de las principales prioridades. Un año después, en 1971, la Declaración Schuman pidió la "retirada israelí de los territorios ocupados" y el "reconocimiento por parte de los Estados árabes de Israel". La primera declaración oficial de la Comunidad Económica Europea (CEE) pidió "una paz justa en Oriente Próximo". No hubo ninguna mención a los derechos del pueblo palestino.

La guerra de octubre de 1973 y el primer choque petrolero también sirvieron de señal de alarma. Mientras los países árabes productores de petróleo imponían un embargo sobre los Países Bajos, considerados como un principal apoyo de Israel, los países europeos descubrieron la magnitud de su dependencia energética y, por consiguiente, su vulnerabilidad ante los acontecimientos de Oriente Medio. Esto provocó una toma de conciencia renovada sobre la urgencia de poner fin a la ocupación israelí, de abordar la cuestión palestina y de calmar las opiniones árabes, furiosas por la complacencia, e incluso la complicidad, de Occidente con Israel.

Un mes después de la guerra de octubre, los nueve Estados miembro de la CEE se reunieron, el 6 de noviembre de 1973, y publicaron una declaración en la que sus nueve ministros de Asuntos Exteriores consideraban que un acuerdo de paz debía basarse en "la inadmisibilidad de la adquisición de territorios por la fuerza" y en "el respeto de la independencia territorial soberana de cada Estado de la región". Por primera vez, se utilizó explícitamente el término palestinos y se reconocieron sus derechos legítimos.

Esta declaración marcó un giro importante en la política de la CEE hacia Oriente Próximo, señalando una posición europea más

equilibrada. Como era de esperar, los dirigentes árabes aplaudieron la declaración, mientras que la reacción israelí fue severa y tajante, la calificó de no productiva, resultado del chantaje petrolero árabe, y llamó a la CEE a no interferir en los asuntos de Oriente Medio.

De 1974 a 1980 fueron los años del diálogo euro-árabe[43]. La iniciativa de lanzar un diálogo euro-árabe (DEA) vino del lado árabe. Los árabes, lejos de querer perjudicar a la economía europea, de la que dependían en gran medida, querían mostrar la urgencia de resolver el interminable conflicto árabe-israelí que desviaba su atención de necesidades más apremiantes, agotaba sus recursos financieros y obstaculizaba su desarrollo. Estas motivaciones están implícitas en la Declaración a Europa Occidental, emitida durante la Cumbre Árabe de Argel del 28 de noviembre de 1973 y destinada a ser un gesto de buena voluntad.

La cumbre de Argel mandató a cuatro ministros árabes para hacer la oferta de diálogo en la cumbre europea celebrada en Copenhague del 10 al 14 de diciembre de 1973. El objetivo árabe era garantizar el apoyo europeo a una solución justa del conflicto árabe-israelí, condición sine qua non para una estabilidad duradera en la región y una mayor seguridad para Europa misma.

La CEE acogió favorablemente la oferta árabe. Muchos intereses europeos estaban en juego: la seguridad del abastecimiento energético, el acceso a grandes mercados de consumo, el reciclaje de los petrodólares en las economías europeas… Todo ello requería un enfoque más cooperativo[44]. La resolución del conflicto árabe-israelí se imponía como una prioridad absoluta. Por tanto, es totalmente erróneo creer que los árabes utilizaron la palanca del petróleo para transformar el diálogo en un foro para debatir la cuestión palestina. Los europeos ya habían reconocido los derechos legítimos de los palestinos en noviembre de 1973, antes del diálogo euro-árabe, aunque es cierto que dicho diálogo contribuyó a forjar una posición europea más coherente.

De 1974 a 1980, el lenguaje europeo se volvió más explícito y preciso, y la CEE en sí misma más firme y autónoma, llegando incluso a correr el riesgo de irritar a Estados Unidos. Su secretario de Estado, Henry Kissinger, reaccionó con gran dureza a lo que consideraba una ruptura del frente occidental contra los

exportadores árabes de petróleo y ejerció fuertes presiones sobre los aliados más cercanos de EE UU (Reino Unido, Alemania, Países Bajos e Italia) para que abandonaran su intento de tratar directamente con el mundo árabe. Pero la Comunidad Europea (CE), como tal, no dio marcha atrás.

En febrero de 1977, en el comunicado final de la segunda reunión de la Comisión General del diálogo euro-árabe, la CEE declaró su "oposición a la política de asentamientos y a cualquier intento de modificación unilateral del estatus de Jerusalén". En junio de 1977, durante el Consejo Europeo de Londres, los nueve miembros de la CEE pidieron una patria para el pueblo palestino, que debería participar en las negociaciones de forma apropiada.

Pero el año 1977 fue crucial por otra razón. En Israel, el partido Likud ganó las elecciones legislativas y Menahem Begin se convirtió en primer ministro. En los años cuarenta, Begin había sido el líder del Irgún, calificado por los británicos como el principal terrorista de la región. Tras su elección, Begin adoptó una línea más dura de apoyo a la colonización judía de los territorios ocupados, denominados Eretz Israel.

Durante la Asamblea General de las Naciones Unidas (diciembre de 1978), la CEE reafirmó que el problema palestino era crucial y que estaba cada vez más vinculado a la solución global del conflicto en Oriente Medio.

Sin embargo, hasta 1979, la CEE evitó cuidadosamente mencionar a la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) como único representante del pueblo palestino. De hecho, el representante de la OLP en Bruselas, el doctor Naim Khader, solo estaba autorizado a participar en el diálogo euro-árabe como miembro de la delegación árabe (fórmula de Dublín). Este tabú se levantó en la Declaración de Venecia del 13 de junio de 1980, probablemente el cambio más importante en la política de la CEE respecto a la cuestión palestina. Esta declaración, tan fundamental, se apoyaba en las anteriores. El párrafo sexto de la Declaración de Venecia afirmaba que "debe encontrarse por fin una solución justa al problema palestino, que no es simplemente una cuestión de refugiados. El pueblo palestino, consciente de su existencia como tal, debe ser colocado, mediante un proceso adecuado definido en el marco de un arreglo de paz

global, en condiciones de ejercer plenamente su derecho a la autodeterminación". La declaración insistía, por primera vez, en la participación directa de la OLP en las futuras negociaciones.

Una vez más, la declaración de la CEE exasperó al Estado de Israel. El 15 de junio de 1980, la reunión ordinaria del gabinete israelí publicó este sorprendente comunicado: "La decisión llama a que nosotros y otras naciones participemos en el proceso de paz, para hacer entrar a las SS árabes llamadas Organización para la Liberación de Palestina…". En otra declaración vehemente ante la Knéset, el 19 de junio de 1980, Shamir, ministro de Asuntos Exteriores de Israel, condenó lo que llamó el "sesgo" de la CEE, oponiéndose a la mención de la OLP, que calificó de "organización de asesinos" y estimando que no era necesario crear un Estado palestino puesto que "ya existe un Estado palestino… en Jordania". Difícil ser más explícito.

Un año después de la Declaración de Venecia, mi hermano, Naim Khader, primer representante de la OLP en Bruselas y artífice del diálogo euro-árabe, fue asesinado frente a su domicilio en Bruselas.

Resistencia palestina y reconfiguraciones regionales (1970-1982)

La guerra de 1967 fue una derrota para los ejércitos árabes y un renacimiento para los palestinos. El movimiento de resistencia palestina adquirió gran importancia y visibilidad, y se fortaleció especialmente tras la batalla de Karameh en 1968. Los guerrilleros palestinos instalaron sus campos de entrenamiento en Jordania y utilizaron ese país como base para lanzar operaciones contra el ocupante israelí. El Reino Hachemí de Jordania temía por su supervivencia. El rey Hussein, que sobrevivió a un atentado, ordenó a su ejército desmantelar los campos de guerrilleros palestinos y expulsar a los militantes palestinos, causando la muerte de miles de ellos durante los acontecimientos que más tarde serían conocidos como Septiembre Negro, en 1970, y expulsando a todas las organizaciones palestinas de Jordania.

Tras esto, Yasser Arafat y la OLP se trasladaron a Líbano, donde establecieron su cuartel general. La OLP funcionaba como un cuasiestado (con centros de investigación, hospitales, escuelas, servicios sociales, etc.) dentro de un Estado árabe anfitrión. Los debates internos entre los grupos palestinos giraban en torno a dos proyectos: uno revolucionario (un Estado palestino-judío laico y único) defendido por el Frente Popular de George Habash, y otro, más pragmático, apoyado por Al-Fatah y Arafat, basado en la idea de una autoridad nacional palestina a establecerse en cualquier parte de Palestina evacuada por Israel. El plan de diez puntos adoptado en 1974 por el Consejo Nacional Palestino sentó las bases de una solución de dos Estados, lo que constituía un reconocimiento implícito de Israel como vecino.

Este cambio de política fue acogido con satisfacción por numerosos países. En 1974, más de cien naciones en la ONU reconocieron a la OLP como representante del pueblo palestino, y ese mismo año Arafat fue invitado a dirigirse a la Asamblea General de las

Naciones Unidas. Era evidente que, aunque la OLP careciera de territorio propio, demostraba que los palestinos estaban en el centro del problema de Oriente Medio.

Lamentablemente, el cuasiestado que establecieron en Líbano entró en colisión con el Estado libanés. Como en Jordania, los palestinos pagaron caro su exilio. El asesinato de 30 palestinos que viajaban a Beirut (el 13 de abril de 1975) a manos de falangistas cristianos desencadenó la guerra civil libanesa (1975-1989). En respuesta a la llamada masacre del autobús, estallaron enfrentamientos en la ciudad de Beirut. Grupos libaneses de izquierda y panarabistas formaron una alianza con los palestinos. A lo largo de los combates, las potencias regionales, principalmente Siria (desde 1976) e Israel (en 1982), fueron arrastradas al conflicto. Más tarde, en los años ochenta, Arabia Saudí e Irán intervinieron en apoyo de sus respectivos aliados. El efecto dominó de la guerra civil libanesa fue devastador.

Egipto tomó otro camino:

la guerra de octubre de 1973

Mientras Líbano se encontraba sumido en conflictos civiles, Egipto tomó otra vía. Un año antes de la guerra de octubre de 1973, el presidente Sadat expulsó de Egipto a 5.000 asesores militares soviéticos y a los 15.000 miembros de su aviación en territorio egipcio. Se afirmó que, tras la cumbre entre EE UU y la URSS, celebrada en Moscú en 1972 —que de hecho había congelado el conflicto árabe-israelí—, los soviéticos se oponían a una nueva guerra contra Israel que los enfrentara directamente con Estados Unidos. Sadat decidió seguir adelante con su plan de reorientación de alianzas. La decisión no fue una sorpresa, como reconocería posteriormente Henry Kissinger, dado que la Administración Nixon trabajaba activamente desde 1971 para eliminar la presencia soviética en Egipto.

Tras esta retirada, Sadat decidió lanzar la guerra el 6 de octubre de 1973 para obtener beneficios políticos, siguiendo el precepto de Carl von Clausewitz: "La guerra es la continuación de la política por otros medios". En sus memorias, In Search of Identity (En busca de una identidad), Sadat escribió que Egipto no hacía la guerra por la guerra misma, sino para lograr "un lugar respetable en la mesa de negociaciones".

En efecto, el 20 de noviembre de 1977, Sadat hizo un viaje histórico a Israel. Al dirigirse a la Knéset, declaró: "Hoy vengo a vosotros sobre un terreno sólido para iniciar una nueva vida y establecer la paz". Su discurso fue una descarga eléctrica destinada a sacudir las aguas estancadas de la diplomacia. Menos de dos años después, las negociaciones auspiciadas por Estados Unidos entre Egipto e Israel desembocaron en el tratado de paz egipcio-israelí del 26 de marzo de 1979, conocido como los Acuerdos de Camp David.

Aunque la iniciativa de Sadat rompía todos los tabúes existentes y fue aclamada por los medios de comunicación occidentales como un punto de inflexión, la Comunidad Económica Europea se vio desprevenida y desconcertada. Era evidente que no desaprobaba el gesto de Sadat, pero tampoco quería ser percibida como una instancia que bendecía una iniciativa casi unánimemente condenada en el mundo árabe. La formulación de la reacción de la CEE ante la visita de Sadat, durante la cumbre del 21 al 23 de noviembre de 1977, reflejaba esa incomodidad: por un lado, saludaba la valiente iniciativa del presidente Sadat pero, por otro lado, apelaba a una solución global que tomara en cuenta los derechos y preocupaciones de todas las partes.

Los países árabes vieron a Sadat como un traidor a la causa palestina y como un títere de Estados Unidos. La membresía de Egipto en la Liga Árabe fue suspendida. La sede de la Liga se trasladó a Túnez y se nombró un secretario general tunecino.

El presidente Carter desempeñó un papel clave en la firma de los Acuerdos de Camp David entre Sadat y Begin. En su libro Palestine: Peace Not Apartheid [45], el presidente Carter resumió los compromisos de ambos países para cumplir con las resoluciones 242 y 338 de la ONU, que prohíben la adquisición de territorios por la fuerza y exigen la retirada de Israel de los territorios ocupados. "Los acuerdos", escribió, "prescriben una autonomía total para los habitantes de los territorios ocupados, la retirada de las fuerzas militares y civiles israelíes de Cisjordania y Gaza, y el reconocimiento del pueblo palestino como una 'entidad separada' con derecho a decidir su propio destino, un paso importante hacia un Estado palestino"[46]. Como las disposiciones del acuerdo no fueron respetadas, el presidente Carter no ocultó su decepción con Israel. "Los israelíes", reconoció, "nunca otorgaron una autonomía significativa a los palestinos; y en lugar de retirar sus fuerzas militares y políticas, los dirigentes israelíes reforzaron su control sobre los territorios ocupados"[47]. En el verano de 1980, la Knéset adoptó una ley fundamental que proclamaba a Jerusalén como la capital unificada e indivisible del Estado de Israel. "Fue una verdadera bofetada para Jimmy Carter", escribió Pascal Boniface.

Sadat quedó convencido de que Begin lo había traicionado. Es

cierto que el Ejército israelí se retiró del desierto del Sinaí, pero la autonomía palestina —un elemento central de los Acuerdos de Camp David— nunca se concretó. El 6 de octubre de 1981, Sadat fue asesinado durante el desfile anual de la victoria por Khaled al-Islambouli. En resumen, Egipto recuperó la soberanía sobre el Sinaí, pero Israel logró neutralizar a un actor árabe clave, sumiendo aún más a la región de Oriente Medio en una situación peligrosa. Con la pérdida de Egipto como actor estratégico, Arabia Saudí ganó en importancia y se convirtió en el actor dominante. El centro de gravedad del sistema regional árabe se desplazó hacia Arabia Saudí y los países del Golfo. A esta evolución la he llamado la petrodolarización del sistema regional árabe, cuyas consecuencias devastadoras se sienten aún hoy en día.

La invasión israelí de Líbano en 1982

y sus consecuencias

Mientras Irak estaba ocupado librando una guerra contra la República Islámica de Irán (1980-1989), Arabia Saudí se enfrentaba a sus propios islamistas radicales (en la toma de la Gran Mezquita por extremistas el 20 de noviembre de 1979) y Egipto había quedado al margen del conflicto tras su tratado de paz, por lo que Israel tenía las manos libres para invadir Líbano el 6 de junio de 1982. El 13 de junio, Beirut estaba sitiada militarmente por el Ejército israelí. Los combatientes de la OLP comenzaron su evacuación el 21 de agosto. El 1 de septiembre, la evacuación había concluido y Arafat trasladó su cuartel general a Túnez.

Pocos días después de la salida de los combatientes de la OLP, los campos palestinos de Sabra y Shatila fueron escenario de una horrible masacre perpetrada por milicias cristianas de extrema derecha en colaboración con las fuerzas de Ariel Sharon durante el sitio (16-18 de septiembre de 1982). Más de 2.000 refugiados palestinos, en su mayoría mujeres y niños, fueron ejecutados a sangre fría. Un periodista israelí, Ze'ev Schiff, escribió en Haaretz: "La masacre tuvo lugar mientras el Ejército israelí controlaba Beirut, con nuestros soldados y tanques Merkava rodeando los campos de refugiados"[48]. La masacre provocó una indignación mundial y fue condenada por varias resoluciones del Consejo de Seguridad (resoluciones 508, 509, 510, 511) y por la Comunidad Europea.

Tras su expulsión de Líbano, los guerrilleros palestinos se dispersaron por varios países. Pese a que las masacres de Sabra y Shatila empañaron la imagen de Israel, es innegable que, en la década de 1980, los vientos del cambio, tanto a nivel regional como internacional, soplaban a favor de Israel.

Cogida por sorpresa ante la invasión israelí de Líbano (1982), la CEE pidió a Israel que respetara las Convenciones de Ginebra, pero no se impusieron sanciones ni se emprendió ninguna iniciativa diplomática. Con Margaret Thatcher como primera ministra de Reino Unido (1979) y Ronald Reagan como presidente de Estados Unidos (1981), la autonomía exterior de la CEE quedó gravemente reducida. El presidente Reagan, escribe Ziva Flamhaft, "estaba decidido a cambiar el enfoque político de Carter, que daba prioridad a los derechos humanos por encima de las consideraciones de seguridad […] La obsesión de Reagan por las cuestiones de seguridad dio lugar a una cooperación estratégica con Israel, lo que excluía cualquier aspiración de autodeterminación palestina"[49].

Además, durante los años ochenta, la atención internacional se centraba en la guerra entre Irán e Irak (1980-1989), la invasión soviética de Afganistán (1980-1989) y la Iniciativa de Defensa Estratégica de Reagan, apodada como el programa Star Wars (1983). La CEE estaba ocupada con su transformación interna (mercado único) y con la preparación de la tercera ampliación, que incluiría a España y Portugal (1986). Con la atención mundial desviada, Israel aprovechó para reforzar su control sobre los territorios palestinos ocupados. Las colonias proliferaron por todas partes: en los Altos del Golán, Cisjordania, Jerusalén Este y la Franja de Gaza.

Mientras Estados Unidos monopolizaba la iniciativa diplomática (el Plan Reagan para la paz en Oriente Medio de septiembre de 1982), la CEE adoptó en 1986 un reglamento (3363/86) relativo al régimen arancelario aplicable a los territorios ocupados, una iniciativa económica con un mensaje político claro: la CEE consideraba los territorios ocupados como una unidad territorial distinta de Israel.

La primera intifada y el resurgimiento político de la OLP

Un año más tarde, ante el deterioro de la situación en los territorios ocupados, estalló en 1987 la primera intifada palestina, como un acto de desafío y de resistencia pacífica. Fue, en palabras de Edward Said, "sin duda una de las mayores insurrecciones anticoloniales del periodo moderno"[50]. Con un coste humano enorme, la intifada desafió la superioridad militar de Israel y dañó su imagen y su prestigio. Ese mismo año, el jeque Yassin fundó Hamás, acrónimo árabe del Movimiento de Resistencia Islámica. Israel lo vio como una oportunidad, ya que Hamás acentuaba la división entre los palestinos.

A raíz de estos acontecimientos en los territorios ocupados, Yasser Arafat fue invitado a hablar ante el Parlamento Europeo en Estrasburgo el 13 de septiembre de 1988. Por primera vez, declaró públicamente que la OLP aceptaría el derecho a la seguridad de todos los estados, incluido Israel, a cambio del reconocimiento total de un Estado palestino independiente. Dos meses después, del 12 al 15 de noviembre de 1988, Arafat proclamó en Argel la independencia de Palestina. Los días 6 y 7 de diciembre, se reunió en Estocolmo con una delegación judía estadounidense y reiteró su reconocimiento del Estado judío junto al Estado palestino.

La CEE reaccionó, el 21 de noviembre de 1988, ante la declaración de independencia de Palestina: "La decisión de los palestinos refleja la voluntad del pueblo palestino de afirmar su identidad nacional". La OLP en el exilio fue rehabilitada, para gran disgusto de Israel, y Arafat, hasta entonces marginado, fue invitado a Madrid (27 de enero de 1989) y a París (del 2 al 4 de mayo de 1989), donde multiplicó los gestos de buena voluntad, reconociendo la realidad del Estado de Israel. En respuesta, la CE afirmó en la Declaración de Madrid (junio de 1989) que "la OLP no solo debe ser asociada al proceso de paz, sino participar plenamente en él".

Indudablemente, los palestinos se presentaban como un movimiento

nacional decidido a crear su propio estado. La opinión pública en Estados Unidos y Europa empezó a evolucionar. La brutalidad con la que el Ejército israelí reprimía las manifestaciones palestinas fue reveladora. La imagen del pionero israelí se desvanecía. Aunque el equilibrio militar favorecía a Israel, el equilibrio jurídico y moral se inclinaba progresivamente a favor de los palestinos.

De Kuwait a Madrid: repercusiones

para la causa palestina

Lamentablemente, la invasión iraquí de Kuwait (2 de agosto de 1990) tuvo un efecto colateral: la OLP fue marginada por no haber condenado explícita e inequívocamente la invasión iraquí. Todos los regímenes del Golfo rompieron relaciones con la OLP y más de 200.000 palestinos que trabajaban en Kuwait fueron expulsados.

Los pueblos árabes celebraron la liberación de Kuwait, pero quedaron consternados por el hecho de que la ocupación israelí de los territorios palestinos y árabes siguiera impune. Las acusaciones de doble rasero se multiplicaron. En un discurso ante el Congreso el 11 de marzo de 1991, el presidente Bush declaró que "ya era hora de resolver la cuestión palestina" y se movilizó activamente para convocar la Conferencia de Paz de Madrid (30 de octubre de 1991). Como el primer ministro israelí, Isaac Shamir, no estaba inicialmente entusiasmado con la idea, el presidente George Bush amenazó a Israel con suspender avales por valor de 10.000 millones de dólares. Shamir aceptó participar a regañadientes, pero impuso sus condiciones: no habría delegación palestina separada, ni presencia de miembros de la OLP, ni representantes de Jerusalén Este.

Sorprendentemente, en las cartas de invitación enviadas a Naciones Unidas y a la Comunidad Europea el 1 de junio de 1991, el presidente Bush les pidió explícitamente que asistieran a la conferencia en calidad de "observadores silenciosos".

Como estaba previsto, la Conferencia de Madrid se inauguró el 30 de octubre de 1991, marcando el inicio de las negociaciones bilaterales. Pero tras diez rondas de negociaciones, la distancia entre Israel y los palestinos seguía siendo insalvable. "El Likud", explica Ziva Flamhaft, "nunca estuvo dispuesto a debatir nada que

permitiera más que una autonomía personal para los palestinos”[51]. El Proceso de Paz en Oriente Medio (MEPP), concebido en la Conferencia de Madrid, se estancó rápidamente. La delegación israelí actuó con obstruccionismo y dilación. La delegación palestina, aunque bien preparada intelectualmente, carecía de la autoridad necesaria para negociar de forma autónoma. El punto muerto era total.

Las negociaciones secretas de Oslo

Ante el estancamiento, el presidente de la OLP, Yasser Arafat, y el nuevo primer ministro israelí, Isaac Rabin, se vieron obligados a elevar las negociaciones al nivel ministerial. Se comprometieron en discusiones secretas en Noruega, país no miembro de la CE conocido por su reputación de imparcialidad. Acogidas por el ministro de Asuntos Exteriores, Holst, las delegaciones trabajaron incansablemente durante casi un año. Aunque Estados Unidos no participó en esas conversaciones secretas, el presidente Clinton exigió que el anuncio del Acuerdo Provisional de Oslo se hiciera en la Casa Blanca el 13 de septiembre de 1993, durante una ceremonia a la que asistieron Isaac Rabin y Shimon Peres por parte israelí, y Yasser Arafat y Mahmud Abbas por parte palestina.

El presidente Carter estuvo presente, en primera fila, entre los observadores. Más tarde escribió en su libro ya citado su asombro y vergüenza al ver a los noruegos, Holst y el profesor Larsen —los organizadores de las conversaciones—, "perdidos entre la multitud", y al constatar que "su papel clave en los esfuerzos de paz no fue mencionado"[52] durante la ceremonia.

El Acuerdo de Oslo era un plan en dos fases. La primera preveía un periodo provisional de cinco años de autogobierno palestino ejercido por una Autoridad Palestina, y la segunda contemplaba la implementación de acuerdos permanentes.

Sin embargo, en el intercambio de cartas de 1993 entre Rabin y Arafat, la OLP reconocía "el derecho del Estado de Israel a existir en paz y seguridad" y aceptaba la resolución 242 de la ONU. Israel reconocía a la OLP "únicamente como el representante legítimo del pueblo palestino". El intercambio no era ni simétrico ni recíproco: Israel no cedía nada sustancial —no reconocía el derecho de los palestinos a un Estado— pero obtenía un reconocimiento explícito. No es de extrañar que el reconocimiento palestino del derecho de Israel a existir fuera considerado por el escritor israelí Amos Oz

como “la segunda victoria en la historia del sionismo”[53].

Muchos supremacistas israelíes, lobbies sionistas y sus aliados estadounidenses querían que los palestinos fueran aún más lejos y reconocieran a “Israel como Estado judío”[54]. Para los palestinos, esta exigencia era excesiva: no solo resultaba política y éticamente inaceptable —pues cerca del 22% de la actual población israelí es palestina— y equivalía a renunciar al derecho de retorno de los refugiados palestinos, sino que también era percibida como una nueva estratagema para abortar el proceso de paz e imponer hechos consumados sobre el terreno.

Sabemos a posteriori que el Acuerdo de Oslo fue una farsa. Los palestinos fueron engañados: se les concedió un autogobierno limitado en una pequeña porción de su territorio, sin control efectivo sobre el territorio, los recursos hídricos ni las fronteras. Además, todo el proceso de negociación fue profundamente defectuoso, ya que Israel lo transformó en un “proceso interminable de regateo”[55]. Todas las demandas palestinas —retirada total, soberanía plena, retorno de los refugiados y Jerusalén Este como capital— fueron descartadas desde el inicio. En resumen, Oslo fue el instrumento de la rendición palestina, un “Versalles palestino”, escribió Edward Said. El robo constante de tierras y recursos palestinos no se correspondía en absoluto con el espíritu del Acuerdo de Oslo. Sobre el terreno, el proceso se convirtió en “un doloroso ejercicio de estrangulamiento lento”[56], comentó Tony Judt, con la expansión de las colonias israelíes y la multiplicación de carreteras de circunvalación en Cisjordania (bypass roads), con Jerusalén Este anexionada ilegalmente y Gaza convertida en una auténtica prisión a cielo abierto.

Oslo II y la fragmentación

de los territorios palestinos

El Acuerdo Oslo II, firmado el 28 de diciembre de 1995, dividió Cisjordania en tres zonas (A, B, C): la zona C (60%) bajo control total israelí, la zona B (22%) bajo control militar israelí y administración civil palestina, y la zona A (18%), que incluye los centros urbanos (excepto la ciudad vieja de Hebrón), bajo control de la Autoridad Palestina.

Negociado entre partes desiguales —Israel y la Autoridad Palestina —, Oslo II abría el camino a la normalización de la ocupación e impedía la construcción y el desarrollo de un Estado palestino. Cisjordania fue fraccionada en cantones separados y no contiguos, atravesados y vigilados por colonias judías, a menudo construidas en colinas estratégicas, de modo que, como decía Sharon, "los palestinos deben ver luces judías cada noche a 500 metros"[57].

Hasta el día de hoy, Israel no ha reconocido el derecho de los palestinos a la autodeterminación como comunidad nacional y no se ha retirado de ninguna parcela de territorio. El desmantelamiento de las colonias judías en Gaza en 2005 no fue un gesto de buena voluntad: fue un acto de conveniencia, ya que la protección de los colonos requería la movilización de miles de soldados. Indemnizados, los colonos fueron reubicados en asentamientos de Cisjordania.

Hasta la fecha, Israel sigue siendo el único país del mundo que nunca ha declarado sus fronteras ni ha reconocido el Golán, Cisjordania, Gaza y Jerusalén Este como territorios ocupados. Al contrario, los reclama como tierras liberadas, prometidas por Dios al pueblo elegido de Israel.

Esta distorsión del lenguaje revela la esencia misma del colonialismo de asentamiento que, como explica Patrick Wolfe, está

“impulsado no solo por una voluntad de control territorial, sino también por una lógica de eliminación” destinada a negar la identidad de los colonizados (Palestina no existe), sus reivindicaciones sobre la tierra (era un desierto) y la legitimidad de su resistencia (son terroristas)[58].

Esa lógica de eliminación funciona en tándem con la lógica de expansión. Esto explica por qué Israel, al que la resolución de la Asamblea General de la ONU de 1947 atribuía el 56% de Palestina, extendió su territorio al 78% en 1949 y ahora reclama el 22% restante, al que denomina Judea y Samaria. En resumen, como observa John Collins: “La frontera del colonialismo de asentamiento debe concebirse mejor como una ‘estructura en movimiento’“[59]. Este marco ideológico fue también el fundamento del apartheid sudafricano (gran trek) y del expansionismo norteamericano (destino manifiesto). No es sorprendente, por tanto, que Israel haya sido llamado la pequeña América y que los estadounidenses se consideraran a sí mismos como el pueblo elegido, el Israel de nuestra época[60]. Más allá del lobby pro-Israel en Estados Unidos, es esta afinidad cultural e ideológica entre ambos países la que explica el apoyo incondicional de Washington a Tel Aviv.

Dada la propia naturaleza de Israel como proyecto de asentamiento, el proceso de paz fue una farsa anunciada, ya que se transformó en “un mecanismo de perpetuación de la ocupación militar israelí”[61].

Por eso, las negociaciones de Camp David (julio de 2000), como las anteriores, estaban condenadas al fracaso desde el principio. Un eminente escritor palestino, Fayez Sayegh, resumió la oferta Barak-Clinton a Yasser Arafat: “A una fracción del pueblo palestino… se le promete una fracción de sus derechos… en una fracción de su patria… y esa promesa debe cumplirse a lo largo de varios años, a través de un proceso paso a paso en el que Israel ejercerá poder de veto sobre cualquier acuerdo”[62].

Tras el fracaso de las negociaciones de Camp David, la visita provocadora y brutal de Ariel Sharon a Haram al-Sharif, el 29 de septiembre de 2000, pretendía afirmar su derecho como israelí a visitar la Explanada de las Mezquitas, lugar sagrado del islam en Jerusalén Este y territorio ocupado según el derecho internacional, pero anexionado ilegalmente por Israel en 1981. La visita desató

una explosión de cólera palestina y la segunda intifada estalló en los territorios ocupados. Duró cuatro años, durante los cuales miles de palestinos fueron asesinados por el Ejército israelí y decenas de israelíes murieron o resultaron heridos en atentados suicidas. Al final, las ciudades y pueblos palestinos fueron reocupados. El Ejército israelí impuso un asedio al cuartel general de la Autoridad Palestina, convirtiendo a Arafat en prisionero virtual hasta su muerte, en 2004, en un hospital parisino y en circunstancias misteriosas. Desde principios del año 2000, Israel ha demostrado un poder militar abrumadoramente superior. Los palestinos fueron acusados de terrorismo y las prácticas ilegales israelíes en los territorios ocupados fueron silenciadas.

El colapso del proceso de paz:

una muerte anunciada

El artículo 31 (cláusula 7) de la Declaración de Oslo estipulaba explícitamente: “Ninguna de las dos partes deberá iniciar ni emprender acciones que modifiquen el estatus de Cisjordania y de la Franja de Gaza mientras no se haya resuelto la cuestión del estatus permanente”. Sin embargo, con el paso de los años, los asentamientos israelíes se multiplicaron, los palestinos fueron despojados, expulsados, expropiados ilegalmente y confinados en enclaves desconectados. Y mientras Israel construía colonias, las excavadoras israelíes arrasaban bloques de apartamentos y casas palestinas. Todas estas medidas, entre muchas otras, subvirtieron abiertamente el Acuerdo de Oslo.

Si Israel pudo violar tan fácilmente el Acuerdo de Oslo fue porque “las negociaciones de Oslo fueron dirigidas por el más parcial de los mediadores: Estados Unidos”[63]. La UE quedó reducida a un mero figurante, ya que la alta diplomacia estaba monopolizada por Washington. Es cierto que la UE participó en el cuarteto para Oriente Próximo —que reunía a la ONU, EE UU, la UE y Rusia—, pero incluso el propio cuarteto fue marginado. Claramente, en el proceso de Oslo, “lo que resulta atractivo es la chequera de Europa, no su energía ni sus ideas”[64], pero los euros no hacen la Europa geopolítica.

Mientras Israel perpetuaba su colonización y multiplicaba sus asentamientos en los territorios ocupados, Estados Unidos y la UE miraban hacia otro lado y parecían más preocupados por la democratización y la buena gobernanza de la Autoridad Palestina que por las violaciones constantes de las Convenciones de Ginebra por parte de Israel y la transformación del proceso de paz en un proceso perpetuo sin paz. No es de extrañar que muchos analistas consideraran las negociaciones de paz como un ejercicio dilatorio.

Mientras Arafat era despreciado por Estados Unidos, Israel disfrutaba de relaciones privilegiadas.

El fallecimiento de Arafat (en noviembre de 2004) fue un shock para la UE. El ministro de Asuntos Exteriores neerlandés, Bernard Bot, en representación del Consejo de la Unión Europea, declaró el 11 de noviembre de 2004:

Con él, el pueblo palestino… ha perdido a un líder histórico y a un presidente elegido democráticamente, cuya dedicación y compromiso inquebrantable con la causa nacional palestina a lo largo de su vida jamás suscitaron dudas. Aunque no logró ver el nacimiento de un Estado palestino, trabajaremos con las autoridades palestinas y con la comunidad internacional para contribuir a realizar las aspiraciones del pueblo palestino…

Sin duda, la boca llena de promesas, pero con las manos paralizadas.

En Estados Unidos, la muerte de Arafat fue percibida como la desaparición de un obstáculo molesto. Cuando Mahmud Abbas lo reemplazó, la OLP y la Autoridad Palestina fueron totalmente rehabilitadas. El nuevo presidente palestino fue invitado a la Casa Blanca y, durante una conferencia de prensa conjunta, el presidente Bush defendió la idea de una solución de dos Estados viables que garantizase la continuidad de Cisjordania y un vínculo significativo entre Cisjordania y Gaza. En 2024, Biden repetía el mismo estribillo de la solución de dos Estados.

Tras la visita de Mahmud Abbas a la Casa Blanca se celebraron elecciones palestinas, en enero de 2006. La rotunda victoria de Hamás supuso un duro golpe no solo para Al-Fatah, sino también para los partidarios occidentales de la Autoridad Palestina vigente.

En total contradicción con su proclamado principio de promoción de la democracia, la UE se alió con Estados Unidos para imponer a Hamás unas condiciones sin precedentes (reconocimiento de la

existencia de Israel, renuncia a la violencia y adhesión a los Acuerdos de Oslo). Jamás se han impuesto condiciones semejantes a ningún gobierno israelí, y bien se sabe que ninguno de los gobiernos dirigidos por Netanyahu ha reconocido los Acuerdos de Oslo, ni ha renunciado a la violencia o a la ilegalidad de la ocupación y la colonización, ni ha reconocido el derecho del pueblo palestino a la autodeterminación.

Despojado de una victoria electoral legítima, Hamás tomó el control de la Franja de Gaza en represalia por lo que consideró un robo electoral, expulsó a los combatientes de Al-Fatah de la Franja y formó un Gobierno. Paradójicamente, aunque los palestinos no tienen un Estado independiente, desde 2007 tienen dos Gobiernos, uno en Gaza y otro en Ramala. Pero mientras que la Autoridad Palestina de Al-Fatah goza de reconocimiento internacional, Hamás fue designado como organización terrorista por Occidente e Israel, y quedó cada vez más aislado.

La UE en el proceso de paz: pagador, no actor

En los años noventa, la arquitectura institucional de la UE experimentó cambios significativos: tras la firma del Tratado de Maastricht (1991), se estableció en 1992 una política común de seguridad y defensa, lo que aumentó la competencia legal de la UE. Posteriormente, en 1997, tras la firma del Tratado de Ámsterdam, se creó una Unidad de Planificación de la Política y de Alerta Rápida y se simplificó el proceso de toma de decisiones con la introducción del voto por mayoría cualificada. En 1999 se creó el embrión del servicio exterior de la UE, dirigido por un alto representante. Estos cambios tenían como objetivo mejorar la eficacia política y aumentar la visibilidad de Europa en la escena internacional.

Aunque el papel político de la UE en el proceso de paz fue limitado, esta asumió seriamente sus compromisos y contribuyó a la cooperación económica como responsable del grupo de trabajo sobre desarrollo económico y como copresidenta (junto con Noruega) del Comité de Enlace Ad Hoc (AHLC, por sus siglas en inglés) para la asistencia a los palestinos.

Inmediatamente después del inicio de las negociaciones de paz, la UE publicó dos comunicaciones:

El apoyo de la UE al proceso de paz en Oriente Medio.

El futuro de las relaciones y la cooperación entre la Comunidad Europea y Oriente Medio.

El objetivo era promover proyectos de cooperación regional y proporcionar ayuda financiera al pueblo palestino. Y, efectivamente, se financiaron numerosos estudios de viabilidad

sobre proyectos de cooperación regional, pero, ante la falta de avances en las negociaciones, quedaron archivados en los cajones de la comisión. No obstante, la ayuda financiera de la UE a los palestinos fue constante y coherente. Está claro que la UE se convirtió en el pagador del proceso de paz, comprometiendo cerca de 12.000 millones de euros en el periodo de 1994 a 2024, incluyendo las contribuciones de los Estados miembro de la UE a la UNRWA.

No cabe duda de que esta importante ayuda contribuyó a aliviar el sufrimiento de los palestinos, a evitar un colapso total de la Autoridad Palestina, a colaborar en la construcción de infraestructuras importantes y a promover las actividades de las organizaciones no gubernamentales. Sin embargo, se admite ampliamente que esta ayuda sirvió, sobre todo, para cubrir parte del coste de la ocupación.

Más significativa fue la iniciativa de la UE de invitar a la Autoridad Palestina a participar, como socio con carácter propio, en todas sus políticas mediterráneas (Asociación Euromediterránea en 1995, Política Europea de Vecindad en 2004, Unión por el Mediterráneo en 2008), a firmar un Acuerdo de Asociación (1997) con la OLP (actuando en nombre de la Autoridad Palestina) y un Plan de Acción (mayo de 2005), así como a aumentar las visitas de alto nivel de la UE a los territorios palestinos.

Israel también se benefició de la cooperación económica con la UE. Se firmó un Acuerdo de Asociación el 20 de noviembre de 1995 y, desde entonces, Israel ha seguido siendo un socio comercial importante para la UE, que representa el 35% de las exportaciones israelíes y el 50% de sus importaciones. Pero sus relaciones no siempre fueron armoniosas. De hecho, un litigio comercial tensó las relaciones entre la UE e Israel cuando la comisión publicó, en 1998, una comunicación sobre las normas de origen. La comisión dejó claro que los productos procedentes de los asentamientos establecidos en los territorios ocupados no podían beneficiarse del trato preferencial otorgado a las exportaciones israelíes. Obviamente, Israel eludió esta exigencia de la UE, lo que la llevó a plantear de nuevo la cuestión en 2013 y 2015.

Para favorecer su reconocimiento externo, la UE nombró a su

primer enviado especial para Oriente Medio en 1996 en el marco de la Política Exterior y de Seguridad Común (PESC). Pero se trataba de un periodo en el que la dinámica de paz se estaba agotando. El primer enviado fue Miguel Ángel Moratinos, un diplomático español y exembajador en Israel. Su mandato consistía en establecer contactos con las distintas partes, asesorar, asistir y contribuir a la aplicación de los acuerdos. Aunque limitado por las propias restricciones de la UE en materia de toma de decisiones en política exterior, su contribución fue considerada positiva (el Acuerdo de Hebrón, en enero de 1997, o la elaboración del Código de Conducta, en abril de 1997, etc.).

Lamentablemente, el proceso de paz hacía aguas. Mientras los palestinos negociaban con sus homólogos israelíes, los asentamientos de estos últimos en los territorios ocupados crecían como hongos. El Acuerdo de Oslo II fragmentó Cisjordania en tres zonas, de las que Israel controlaba la mayor parte, y dejó bajo autoridad palestina un pequeño pedazo de tierra, que comprendía las principales ciudades y era el más poblado. Por parte palestina, quienes rechazaban lo que llamaban la capitulación de Oslo no dudaban en recurrir a atentados suicidas en respuesta a la represión y la violencia israelíes, lo que contribuía al estancamiento general del proceso.

La UE temía un colapso total del proceso de paz. En su Declaración de Florencia (1996), advirtió que la situación se había vuelto demasiado grave y subrayó la necesidad de apoyar una “paz global y justa”, en particular en lo que respecta al “derecho de los palestinos a la autodeterminación y al principio de tierra por paz”.

Las negociaciones de Wye Plantation (del 21 al 23 de octubre de 1998) excluyeron toda participación europea. Quedó claro que Estados Unidos se negaba a cualquier implicación de la UE en las negociaciones sobre la cuestión israelo-palestina.Incluso antes de las negociaciones de Wye Plantation, el Parlamento Europeo lamentaba, en una resolución del 13 de marzo de 1998, que “la UE no hubiera sido asociada a discusiones significativas”.

El periodo interino del Acuerdo de Oslo llegó a su fin en 1999. Debería haberse proclamado un Estado palestino, y la UE podría haber impulsado ese paso. Pero la UE presionó a Yasser Arafat para

que no actuara unilateralmente al tiempo que prometía, en la Declaración de Berlín (26 de marzo de 1999), que "consideraría el reconocimiento de un Estado palestino en el momento oportuno". A pesar del tono suavizado de la Declaración, la reacción israelí fue, como de costumbre, severa. En un comunicado oficial, Netanyahu, entonces primer ministro de Israel, denunció la posición europea afirmando que "allí donde un tercio del pueblo judío pereció… se impone una solución que pone en peligro el Estado judío".

La UE y el descarrilamiento

del proceso de paz (2000-2002)

Ehud Barak fue elegido primer ministro de Israel en 1999 con la promesa de retirarse de Líbano y alcanzar la paz con los palestinos. Sin embargo, cuando acudió a Camp David (julio de 2000) para una nueva ronda de negociaciones israelo-palestinas, ya había perdido la mayoría en su gobierno. Probablemente, el presidente Clinton deseaba darle un impulso antes de nuevas elecciones, pero fue en vano: las negociaciones de Camp David fracasaron y los estadounidenses responsabilizaron del fracaso a la parte palestina.

Tres meses después, Sharon organizó su provocadora visita a la Explanada de las Mezquitas, provocando la cólera de los palestinos. La segunda intifada estalló en octubre de 2000. En enero de 2001, Egipto intentó una última mediación organizando las negociaciones de Taba (enero de 2001), donde se estuvo a punto de alcanzar un acuerdo global (documento Moratinos), pero el Likud ganó las elecciones en Israel (febrero de 2001) y, con la llegada de Ariel Sharon al poder, el proceso de paz colapsó.

La UE reaccionó en varias ocasiones, expresando su preocupación y haciendo un llamamiento a ambas partes para mostrar liderazgo. Ofreció su mediación para aliviar tensiones y algunos estados europeos, entre ellos Alemania (junio de 2001), intentaron mediar, pero sin resultados significativos.

Los atentados del 11 de septiembre de 2001 tomaron por sorpresa a Estados Unidos. Esos “actos de terror despreciables y malvados”, como los calificó el presidente Bush, desencadenaron la guerra contra el terrorismo, cuyo primer capítulo fue la invasión de Afganistán.

La guerra contra el terrorismo resultó una gran oportunidad para Israel y una gran maldición para los palestinos. Astutamente,

Sharon comparó a Yasser Arafat con su Bin Laden para deslegitimar a la Autoridad Palestina. El presidente Bush siguió sus pasos e ignoró completamente al presidente palestino. Esta posición colocó a Estados Unidos en contradicción con la Unión Europea y el mundo árabe. Pero la UE no deseaba enfrentarse abiertamente a Estados Unidos.

Por su parte, los Estados árabes celebraron su cumbre en Beirut (27 de marzo de 2002) y lanzaron su propia iniciativa de paz, proponiendo a Israel una normalización total de relaciones a cambio de una retirada total de los territorios ocupados. Era algo con lo que ningún israelí había soñado jamás.

Sin embargo, la respuesta de Sharon llegó dos días después: el 29 de marzo de 2002 envió a su ejército a reocupar los territorios bajo control de la Autoridad Palestina, para consternación de la UE y del mundo entero. En represalia, algunos grupos palestinos radicales lanzaron atentados suicidas, lo que alimentó el conflicto y proporcionó nuevas justificaciones a Sharon para reforzar su control sobre estos territorios. Muchas infraestructuras financiadas por la UE fueron destruidas, incluido el aeropuerto de Gaza, inaugurado el 24 de noviembre de 1998. El propio Arafat fue confinado militarmente en su cuartel general semidestruido en Ramala y Occidente y la UE presenciaron esta humillación impuesta al líder palestino sin hacer nada. Israel incluso se negó a permitir que Javier Solana, alto representante de la UE, visitara a Yasser Arafat en 2002. La memoria palestina recordará durante generaciones la complacencia de Occidente en sus relaciones con Israel, pese a sus repetidas violaciones del derecho internacional.

Sin embargo, en una paradoja evidente, cuando Israel bloqueó la transferencia de impuestos y derechos aduaneros recaudados en nombre de la Autoridad Palestina, la UE comenzó inmediatamente a prestar apoyo financiero. En junio de 2006, la Comisión Europea estableció un Mecanismo Internacional Temporal (TIM, por sus siglas en inglés), a petición del cuarteto, para facilitar la asistencia basada en las necesidades del pueblo palestino: en 2006 se desembolsaron 107,5 millones de euros mediante este nuevo mecanismo. El TIM fue suprimido en 2008 y reemplazado por el Mecanismo Palestino-Europeo de Gestión y Ayuda Socioeconómica

(PEGASE) para apoyar el Plan Palestino de Reforma y Desarrollo para tres años.

El cuarteto y el papel marginal

de la UE (2002-2005)

A finales de 2002, el proceso de paz estaba completamente colapsado. La Unión Europea tomó conciencia de que la situación se había descontrolado y de que la comunidad internacional debía volver a encarrilar el proceso. Así se formó el cuarteto, en marzo de 2002, compuesto por Estados Unidos, la Unión Europea, Rusia y Naciones Unidas. Tres meses después, el presidente Bush defendió la idea de un "Estado palestino independiente" (discurso del 24 de junio de 2002).

Entretanto, Estados Unidos, ya empantanado en Afganistán, se preparaba para invadir Irak (marzo de 2003). La invasión dividió a los europeos en dos bloques, pero el cuarteto logró sobrevivir a la tormenta. El 30 de abril de 2003 se publicó la versión final de la hoja de ruta, apenas un mes después de la invasión de Irak y pocos días tras el nombramiento del primer ministro palestino: Mahmud Abbas (19 de marzo de 2003). El 19 de noviembre de 2003, el Consejo de Seguridad de la ONU adoptó formalmente dicha hoja de ruta. Como miembro de pleno derecho del cuarteto, la UE fue implícitamente reconocida como actor político y socio igualitario, y ya no solo como el banquero del proceso de paz. Sin embargo, en la práctica, el cuarteto siguió siendo un asunto controlado por Estados Unidos. No sorprende que Tony Blair, fiel aliado de la invasión estadounidense de Irak, fuera elegido como enviado especial del cuarteto, en sustitución de James Wolfensohn, expresidente del Banco Mundial. La hoja de ruta del cuarteto no pudo desbloquear la situación, ya que Israel solo la aceptó de forma simbólica, imponiéndole 14 reservas que la condenaban de antemano.

Mientras la atención mundial estaba centrada en la invasión de Irak y sus repercusiones geopolíticas en toda la región, Israel reforzaba su presencia en Cisjordania. Estos desarrollos fueron una bendición

para las corrientes yihadistas. La UE fue golpeada por múltiples atentados: España (marzo de 2004) y Reino Unido (2005). La elección de los objetivos y su calendario resultaron inquietantes: ambos países, uno bajo Aznar y el otro bajo Blair, habían apoyado la invasión de Irak.

Cualquiera que fuese la justificación de los autores de estos atentados mortales, una cosa es segura: causaron un daño irreparable a la causa palestina, pese a que los palestinos no tuvieron nada que ver. En efecto, desde el 11 de septiembre de 2001 y tras los atentados de Madrid y Londres, los países europeos empezaron a analizar los acontecimientos en el mundo árabe oriental en general, y en Palestina en particular, bajo el prisma del terrorismo. Esa es precisamente la lente con la que los dirigentes israelíes analizan la realidad. ¿No llamaba Sharon a Yasser Arafat su Bin Laden? Ese es el mismo discurso que Netanyahu adopta en 2025: toda forma de resistencia a la ocupación israelí sería, según él, terrorismo antisemita, motivado por el odio hacia los judíos.

Tras la muerte de Arafat, Mahmud Abbas lo sucedió al frente de la OLP y la Autoridad Palestina fue completamente rehabilitada a ojos de Occidente. Mientras que Arafat era ignorado por el presidente Bush, Mahmud Abbas fue invitado a Estados Unidos el 26 de mayo de 2005, y en una rueda de prensa conjunta el presidente Bush defendió la idea de una solución de dos Estados viables que "garantizara la continuidad territorial de Cisjordania" y un "enlace significativo entre Cisjordania y Gaza", adoptando así la postura que ya tenía la UE sobre la cuestión palestina.

¿Existe un vínculo entre esta nueva visión estadounidense y la retirada israelí de la Franja de Gaza? Probablemente no. Sharon había anunciado su plan de desconexión en diciembre de 2003, aprobado por el gabinete israelí el 6 de junio de 2004 y ejecutado en agosto de 2005. A diferencia de quienes ingenuamente creían que esa retirada era una señal prometedora, como primer paso hacia una retirada israelí total de los territorios ocupados, sostengo que esa maniobra buscaba simplemente aumentar la seguridad de Israel y aliviar la presión sobre las fuerzas armadas israelíes. En realidad, los 8.000 colonos judíos de Gaza fueron indemnizados y, en su gran mayoría, reubicados en la Cisjordania ocupada. La

retirada de los colonos de la Franja de Gaza facilitó así el cierre total del enclave, ya que Israel lo selló, manteniendo el control del perímetro terrestre exterior, el espacio aéreo y el espacio marítimo. En definitiva, la evacuación de los colonos judíos de Gaza transformó el enclave en una auténtica prisión a cielo abierto, bombardeada regularmente entre 2005 y 2025. El primer bombardeo tuvo lugar en octubre de 2005, pocos meses después del desmantelamiento de los asentamientos judíos.

La retirada de los colonos de Gaza y el cerco resultante llevaron a la UE a establecer la Misión de Asistencia Fronteriza para el cruce de Rafah (EUBAM), con el fin de ayudar a los palestinos a facilitar el tránsito de personas y garantizar el buen funcionamiento del cruce. Tras la toma de control de Gaza por parte de Hamás en 2007, la misión EUBAM fue suspendida.

La UE emprendió otra iniciativa: desplegó una Misión de Policía de la Unión Europea para los Territorios Palestinos (EUPOL COPPS), creada el 1 de enero de 2006, con el objetivo de formar, asesorar y equipar a la policía civil palestina, así como asistir a la Autoridad Palestina en la construcción de sus instituciones, especialmente en los sectores de la seguridad y de la reforma del sistema judicial. Oficialmente, la motivación de la UE para contribuir a la creación de una fuerza policial palestina bien formada y equipada era ayudar a los palestinos a cumplir sus obligaciones en virtud de la hoja de ruta de 2003, en particular “restaurar el orden” y “luchar contra el terrorismo”. La misión se puso en marcha en 2006 y coincidió casi exactamente con la victoria de Hamás en las elecciones palestinas. Fue suspendida hasta la disolución del Gobierno de Unidad Nacional y el nombramiento, por parte de Mahmud Abbas, de Salam Fayyad —un tecnócrata muy apreciado por Occidente— como primer ministro (junio de 2007). Una vez apartado Hamás del poder, los donantes se apresuraron a desbloquear urgentemente los fondos necesarios para apoyar a la Autoridad Palestina. Seis meses después de su elección, el presidente francés Nicolas Sarkozy se apresuró a organizar, en diciembre de 2007, una conferencia de donantes para el Estado palestino. Francia, escribe Jean-Pierre Filiu, “abandonó entonces la ambición de contribuir a la resolución de la cuestión palestina, como había sido el caso bajo Mitterrand y, en menor medida, bajo Chirac”, adoptando a partir de entonces una

visión puramente económica “según la cual el modelo virtuoso de una Cisjordania próspera y estable debilitaría el control de Hamás sobre Gaza”.

Es evidente que la construcción de una fuerza civil eficaz y la reforma del sector de seguridad son prioridades para los palestinos. Lo que resulta más problemático, sin embargo, es que indirectamente la UE apoyó una cooperación creciente entre los servicios de seguridad palestinos y sus homólogos israelíes, lo cual ha sido interpretado por muchos palestinos como un intento de favorecer la normalización con Israel en nombre de los intereses de seguridad de este. Después de todo, si se exige a los palestinos que cumplan con sus obligaciones (restaurar el orden y renunciar a la violencia), ¿qué ocurre con las obligaciones de Israel? Este tratamiento desigual es revelador del enfoque global de Occidente respecto al proceso de paz. Basta con leer los dos planes de acción firmados con Israel y la Autoridad Palestina (2004) en el marco de la política europea de vecindad para captar claramente el tono asimétrico utilizado en ambos casos.

La UE y la presidencia de Obama (2009)

Con la elección del presidente Obama, la convergencia trans-atlántica sobre el conflicto israelo-palestino alcanzó un nivel nunca visto. En su discurso de El Cairo (4 de junio de 2009), Obama adoptó casi por completo la posición de la UE respecto a la cuestión palestina. Este extracto de su discurso resulta especialmente elocuente:

Es innegable que el pueblo palestino —musulmanes y cristianos— ha sufrido en su búsqueda de una patria durante más de sesenta años. Han soportado el dolor del desarraigo. Muchos viven en campos de refugiados. Sufren la humillación diaria. Por tanto, que no haya ninguna duda: la situación del pueblo palestino es intolerable. No daremos la espalda a sus aspiraciones legítimas de dignidad y de tener un Estado propio.

Las palabras clave de este discurso se encuentran fácilmente en las declaraciones anteriores de la UE a lo largo de los últimos 40 años. Al adoptar una postura más empática hacia los palestinos y una política más equilibrada, el presidente Obama se alineó plenamente con la posición de la UE, que siempre ha considerado que la resolución del conflicto israelo-palestino es la clave para resolver muchos otros conflictos en la región.

La UE se sintió reforzada por la nueva iniciativa de Obama para relanzar el proceso de paz. En marzo de 2009, la cumbre europea de Berlín reafirmó el derecho permanente e incondicional de los palestinos a la autodeterminación, incluida la opción de un Estado, mostrando así la disposición de la UE a considerar el reconocimiento de un Estado palestino en el momento oportuno. El 12 de julio de 2009, Javier Solana, alto representante de la UE,

instó al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas a “reconocer el Estado palestino, con o sin un acuerdo definitivo”. Su país, España, lo hizo 15 años después, en mayo de 2024.

En su declaración del 8 de diciembre de 2009, la UE fue aún más lejos en la formulación de su posición. La Declaración de Bruselas subrayó la necesidad de una solución de dos Estados con el Estado de Israel y “un Estado palestino independiente, democrático, contiguo y viable”, añadiendo que la UE “no reconocerá ningún cambio en las fronteras anteriores a 1967, incluida Jerusalén, que no sea acordado por las partes”, y recordando que “nunca ha reconocido la anexión de Jerusalén Este”, que los “asentamientos”, el “muro de separación” y las “demoliciones de casas y expulsiones son ilegales según el derecho internacional”.

Al ser tan explícita sobre la ilegalidad de los asentamientos y el estatus de Jerusalén, la UE se distanció de la posición más ambigua de Estados Unidos sobre estas cuestiones. Así pues, el problema de la UE no es su falta de claridad o de visión, sino su incapacidad para traducir sus declaraciones en acciones concretas. ¿De qué sirve reiterar insistentemente la necesidad de respetar el derecho internacional sin acompañar esas palabras con amenazas de sanciones en caso de violación? Esta incoherencia es el verdadero nudo del problema, incoherencia que también se observa en las votaciones de los países europeos en las Naciones Unidas.

Los europeos votan divididos

en Naciones Unidas

La votación europea en la Asamblea General sobre la cuestión del estatus palestino es una prueba contundente de la incoherencia europea. En efecto, el 29 de noviembre de 2012, la Asamblea General sometió a votación la cuestión del estatus de Palestina en la ONU. Se trataba de otorgar a Palestina el estatus de Estado observador no miembro, equivalente al que ostenta el Vaticano.

Tras largas deliberaciones, el estatus fue concedido con 138 votos a favor, 9 en contra y 41 abstenciones. 13 Estados miembro de la UE votaron a favor (Francia, España, Italia, Grecia, Irlanda, Suecia, Portugal, Finlandia, Austria, Bélgica, Dinamarca, Malta y Luxemburgo), 12 se abstuvieron y solo 1 votó en contra: la República Checa. Los demás países que votaron en contra justificaron su postura invocando argumentos de equidistancia, de oportunidad o de calendario. Según ellos, la iniciativa palestina era unilateral. Pero ¿acaso no fue unilateral la creación del propio Estado de Israel en 1948? ¿No fue unilateral —e incluso ilegal— la anexión israelí de Jerusalén y de los Altos del Golán? ¿No son unilaterales e ilegales los asentamientos y la construcción del Muro de separación? ¿Y no fue unilateral la retirada de los asentamientos de la Franja de Gaza? Este argumento, por tanto, no solo es infundado, sino que además mina la coherencia de la UE ante sus propios ciudadanos y ante el mundo y demuestra con claridad el grado de división que aún persiste entre los estados europeos sobre la cuestión palestina.

Jerusalén Este: informes

europeos silenciados

Por iniciativa del Cosulado General de Reino Unido en Jerusalén Este, los diplomáticos europeos comenzaron en 2005 a redactar un Informe sobre Jerusalén Este. El objetivo era monitorear las prácticas israelíes en la parte árabe anexionada de la Ciudad Santa, proporcionando información detallada sobre la expansión de los asentamientos, las demoliciones de casas y todas las formas de discriminación contra los palestinos en Jerusalén Este. Pero, para gran estupor de muchos europeos, la UE se ha negado sistemáticamente a aprobar y publicar oficialmente estos informes, bajo el pretexto de que no existía consenso en las capitales europeas sobre su contenido[65].

En el informe de 2015, los diplomáticos instaban a la UE a intensificar sus esfuerzos para poner fin al comercio con los asentamientos israelíes, afirmando que el etiquetado de los productos procedentes de los asentamientos en los supermercados europeos debía aplicarse con mayor rigor. El informe también destacaba la indignación de los palestinos ante un Occidente que observa cómo se deteriora la situación en Jerusalén y en los demás territorios ocupados sin reaccionar.

A diferencia del informe del cuarteto sobre los acontecimientos violentos de 2015, que hacía mayor hincapié en la incitación palestina, el informe de los diplomáticos europeos afirmaba sin rodeos que “la raíz de las tendencias negativas… es la ocupación y una política prolongada de marginación económica y social de los palestinos en Jerusalén Este, en violación de las obligaciones de Israel según el derecho internacional humanitario”. El informe añadía que solo el 7% de todos los permisos de construcción en Jerusalén son concedidos a palestinos y que sus barrios reciben menos del 10% del presupuesto municipal, aunque representan el

37% de la población. También señalaba que la pobreza palestina alcanza el 84%, frente al 45% entre las familias israelíes.

Una vez más, la UE hizo la vista gorda ante este informe, a pesar de sus múltiples declaraciones sobre la ilegalidad de la anexión de Jerusalén Este, e ignoró la petición de sus propios diplomáticos de actuar con más determinación para detener el comercio, la financiación y las inversiones en los asentamientos israelíes.

La UE y la cuestión palestina (2013-2015):

el etiquetado de los productos

de los asentamientos

La dimisión del primer ministro palestino Salam Fayyad (12 de abril de 2013) puso de manifiesto las crecientes tensiones en el seno de la Autoridad Palestina dirigida por Al-Fatah, y subrayó asimismo los límites de una paz económica sin solución política. Ni la UE ni Estados Unidos lograron convencerle de permanecer en el cargo ni presionar a Mahmud Abbas para que revocara su decisión.

Fayyad se había ganado la estima y la confianza de las potencias occidentales. Desde su nombramiento como primer ministro en 2007, había defendido el orden y el respeto a la ley en Cisjordania, luchado contra la corrupción y priorizado la construcción de instituciones democráticas. Se convirtió en blanco de muchos miembros de Al-Fatah, descontentos con su poder y críticos del respaldo incondicional que recibía de Occidente e Israel. También fue blanco de la ira popular debido al deterioro de la situación económica bajo la ocupación israelí.

Pero la dimisión de Fayyad no fue solo fruto de luchas internas. También evidenció que la construcción de un Estado en un contexto de ocupación continua había llegado a un callejón sin salida. Para muchos palestinos, el lema de la estabilidad se interpretaba como una intensificación de la cooperación en materia de seguridad con Israel, que seguía siendo una potencia ocupante. También implicaba el bloqueo de toda reconciliación con Hamás, dado que Israel había dejado claro que, si la Autoridad Palestina se acercaba a Hamás, se alejaría de la paz.

La UE había apostado por Salam Fayyad y por su política realista pero, cuando dimitió, guardó silencio. Fueron los ministros de

Asuntos Exteriores de algunos Estados miembro quienes reaccionaron. William Hague, jefe de la diplomacia británica, expresó su "pesar" por la pérdida de "un socio clave en los esfuerzos europeos por apoyar la construcción del Estado palestino". El ministro alemán de Asuntos Exteriores, Guido Westerwelle, manifestó sentimientos similares, rindiendo homenaje al saliente primer ministro palestino por haber "sentado las bases de un sistema estatal palestino".

Casi simultáneamente, volvió al centro del debate la cuestión del etiquetado de los productos de los asentamientos israelíes. Desde hacía años, la sociedad civil venía ejerciendo presión para impedir que productos procedentes de los territorios ocupados entrasen en los mercados europeos y para sancionar a las empresas europeas que colaborasen con los asentamientos.

En enero de 2013, los jefes de misión de la UE ante la Autoridad Palestina instaron a la Unión a detener la "sistemática, deliberada y provocadora" actividad de colonización por parte de Israel e impedir que empresas europeas colaboraran con los asentamientos o les proporcionaran apoyo financiero. Tradicionalmente, la UE no ha tenido voluntad de sancionar a Israel, prefiriendo siempre el compromiso constructivo. Pero a medida que aumentaba la presión diplomática y de las ONG, la UE se vio obligada a recomendar el etiquetado diferenciado de los productos procedentes de los asentamientos. El 12 de abril de 2013, un grupo de 13 ministros europeos de Exteriores, entre ellos William Hague (Reino Unido) y Laurent Fabius (Francia), enviaron una carta a Catherine Ashton apoyando las directrices europeas sobre el etiquetado.

Pocos días después, 19 ex altos funcionarios europeos —entre ellos el expresidente de la Comisión Europea, Romano Prodi— enviaron otra carta (abril de 2013) a Catherine Ashton, Alta Representante de la UE, reclamando "un papel político para la Unión en el proceso de paz, proporcional a su papel económico". Con una claridad tan inusual como bienvenida, la carta advertía que "la ocupación está siendo en realidad reforzada por la política occidental actual y que las generaciones futuras considerarán imperdonable que los europeos no solo hayan permitido que la situación evolucionara hasta este punto de tensión crítica, sino que no hayan actuado para

remediar la destrucción continuada del derecho del pueblo palestino a la autodeterminación". Jamás altos responsables políticos europeos habían sido tan directos, francos y valientes.

El 8 de julio de 2013, Catherine Ashton escribió una carta a José Manuel Barroso, presidente de la Comisión Europea, y a otros altos responsables, indicándoles que la Comisión debía establecer directrices para etiquetar los productos y distinguir así los provenientes de los asentamientos de los del territorio reconocido de Israel. El 19 de julio de 2013 se publicó una directiva histórica que prohibía el financiamiento o la inversión en entidades que operaran en los asentamientos. Este movimiento sin precedentes reflejaba claramente la creciente frustración dentro de la UE ante la obstrucción israelí constante al proceso de paz y las persistentes actividades colonizadoras. El desencanto con las políticas de Israel era tan intenso que, en marzo de 2013, en una demostración sin precedentes de descontento, el comisario europeo Stefan Füle presentó una lista detallada de 82 proyectos financiados por la UE —por un total de 30 millones de euros— que habían sido destruidos por Israel en los territorios ocupados entre 2001 y 2011. En 2025, la destrucción de infraestructuras, no solo en Gaza, sino también en ciudades y campos de refugiados de Cisjordania, continúa sin tregua y sin provocar escándalo alguno en las capitales europeas.

Los estadounidenses manifestaron su desaprobación respecto al etiquetado de los productos coloniales. John Kerry presionó a la UE en mayo de 2013 para que no socavara sus esfuerzos por reactivar las negociaciones de paz. Pero la UE no cedió. Kerry volvió a plantear la cuestión el 7 de septiembre de 2013, durante una reunión en Vilna con sus homólogos europeos, solicitando aplazar la entrada en vigor de la directiva prevista para el 1 de enero de 2014, pero nuevamente sin éxito.

Como era de esperar, Israel reaccionó con virulencia ante la iniciativa de la UE, calificándola de provocadora y contraproducente, e incluso de metedura de pata. El ministro de Economía, el ultraderechista Naftali Bennett, llegó a tildarla de "atentado terrorista" por parte de la UE, "que mata cualquier posibilidad de paz y pone en peligro las relaciones entre Israel y Europa".

Europa y la cuestión palestina

en la tormenta regional (2016-2018)

Desde 2008, la Unión Europea se vio inmersa en una profunda crisis económica, marcada por un aumento vertiginoso de la deuda, estancamiento económico, altísimas tasas de desempleo y creciente malestar social. Los movimientos populistas cobraban fuerza y peso electoral. La UE se había convertido en un espantapájaros y un chivo expiatorio[66]. En 18 Estados miembro existía al menos un partido que pedía la salida de la Unión.

En este contexto de sentimiento antieuropeo creciente, el Brexit (junio de 2016) sumió a Europa en una conmoción total. Por primera vez, un importante Estado miembro decidía abandonar la familia europea activando el artículo 50 del Tratado de la UE, que define las condiciones de salida. Pasó mucho tiempo antes de que la Unión digiriera lo que se calificó como un revés estratégico para el proyecto europeo.

Fue en este contexto tan extraño que el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas adoptó la Resolución 2334 (23 de diciembre de 2016), que instaba a Israel a respetar estrictamente sus obligaciones y su responsabilidad jurídica como potencia ocupante, señalando con gran preocupación que “la continuación de las actividades de asentamiento israelíes pone gravemente en peligro la viabilidad de la solución de dos Estados basada en las fronteras de 1967”.

La resolución fue adoptada gracias a la abstención de la Administración Obama. Fue la primera vez desde 1980 que Estados Unidos no utilizó su derecho a veto para bloquear una resolución que pedía el fin de la ocupación israelí.

La resolución de la ONU fue seguida por el discurso de John Kerry del 28 de diciembre de 2016 sobre el proceso de paz, en el que explicó por qué Estados Unidos no podía, en conciencia, oponerse a

dicha resolución en la ONU, y cómo la política de colonización de Israel había matado a la solución de dos Estados. Curiosamente, Reino Unido, que apoyaba la resolución de la ONU, fue el único país europeo en distanciarse de las duras declaraciones de Kerry sobre las prácticas israelíes en los territorios palestinos ocupados, alegando que la colonización israelí "no es el único problema del conflicto".

El presidente Obama ya no tenía nada que perder. Los demócratas habían sido derrotados en las elecciones de noviembre de 2016. Trump fue elegido y no ocultó su simpatía hacia Israel y su respaldo a sus políticas. La abstención de la Administración Obama parecía así un último acto de resistencia.

Así interpreto también la decisión del presidente francés, François Hollande, de convocar una conferencia de paz en París el 15 de enero de 2017, tres días antes de la toma de posesión del presidente Trump. Participaron 70 estados y organizaciones internacionales, pero sin la presencia de los principales interesados: Israel y la Autoridad Palestina. Todos los países europeos estaban presentes, aunque la conferencia fue una iniciativa francesa y no europea. En el primer párrafo de la declaración conjunta, los participantes reiteraron su apoyo a una solución justa, duradera y global del conflicto israelo-palestino y reafirmaron que una solución negociada de dos Estados, Israel y Palestina, viviendo lado a lado en paz y seguridad, es la única vía hacia una paz duradera. Los británicos destacaron por enviar a un diplomático de segundo rango y por negarse a firmar la declaración final.

Pocos días después de la conferencia de París, François Hollande fue recibido por el Consejo Representativo de las Instituciones Judías de Francia (CRIF). En su discurso, criticó con dureza el movimiento Boicot, Desinversión y Sanciones (BDS) y elogió a Francia, única nación europea que había adoptado "una legislación que prohíbe los llamados al boicot".

Estos pocos ejemplos nos permiten comprender plenamente las políticas contradictorias de los países europeos. Reflejan simplemente la posición vacilante, incoherente e inconsistente de Europa en la cuestión israelo-palestina. ¿Qué sentido tiene, en efecto, organizar una conferencia de paz si, al mismo tiempo,

cualquier presión sobre Israel —que ha sido la potencia ocupante durante más de 50 años— se considera inoportuna, incluso ilegal y punible?

Los detonantes del 7 de octubre

y sus causas inmediatas

Gaza bajo asedio: castigo colectivo

La historia de Gaza después de 1948 “está plagada de múltiples atrocidades”, escribe Norman Finkelstein en una magnífica obra sobre Gaza[67]. La estrecha franja de tierra contaba con unos 80.000 habitantes en 1948. Pero tras la expulsión de dos tercios de la población palestina entre 1947 y 1949, durante la primera ola de limpieza étnica, Gaza se vio desbordada por unos 250.000 refugiados palestinos expulsados de sus hogares. De hecho, en 2025, más del 75% de la población total de la Franja de Gaza está compuesta por hijos o nietos de aquellos refugiados.

Tras la creación del Estado de Israel en 1948 y el acuerdo de armisticio de 1949, Cisjordania fue integrada al Reino de Jordania, mientras que Gaza quedó bajo administración egipcia. Con el pretexto de que los militantes palestinos ganaban fuerza en Gaza, Israel lanzó una sangrienta incursión al otro lado de la frontera a principios de 1955 que mató a 40 soldados egipcios. En octubre de 1956, durante la campaña de Suez, Israel se alió con Francia y Reino Unido, invadió el Sinaí egipcio y ocupó Gaza. En su obra fundamental Israel’s Border Wars 1949-1956 (Las guerras fronterizas de Israel 1949-1956) el historiador Benny Morris describe las masacres israelíes en Gaza. Decenas de fedayín (‘milicianos’) “fueron aparentemente ejecutados sumariamente sin juicio”, y en Jan Yunis, “las tropas del Ejército israelí mataron a cientos de refugiados palestinos y habitantes locales de la ciudad”[68].

En marzo de 1957, Israel se vio obligado por la Administración Eisenhower a retirarse de Gaza. “Al final de la operación”, escribe Finkelstein, “más de mil gazatíes habían muerto[69]”. No era más que el inicio del trágico destino permanente de Gaza.

Como se sabe, en 1967 Israel volvió a ocupar todos los territorios palestinos restantes, incluida la Franja de Gaza. Gaza fue puesta bajo el mando de Sharon en 1969, quien juró aplastar la resistencia en Gaza, “imponiendo un toque de queda de 24 horas en los campos

de refugiados… deportando a miles de familiares de guerrilleros sospechosos a campos de detención" y destruyendo campamentos palestinos para permitir el establecimiento de colonias judías en la Franja de Gaza[70]. Antes del desmantelamiento de los asentamientos judíos en Gaza en 2005, existían unas 21 colonias que albergaban a 8.500 colonos y ocupaban el 18% de los 365 kilómetros cuadrados de la franja. Más de 10.000 soldados israelíes estaban movilizados para protegerlos.

No es de extrañar, por tanto, que la primera intifada popular palestina no violenta comenzara en Gaza, en 1987, antes de extenderse a Cisjordania. Ese mismo año nació Hamás. Su creación fue vista con buenos ojos por Israel, que incluso pudo haberla alentado, considerándola un factor de división que impediría la unidad del liderazgo palestino. Pero eso no impidió que Israel bombardeara Gaza con regularidad, incluso antes de que Hamás tomara el control del territorio en 2007. Las ofensivas israelíes como la operación Arcoíris (2004), la operación Días de Penitencia (2004), la operación Lluvias de Verano (2006) y la operación Nubes de Otoño (2006) dejaron miles de muertos y heridos, y destruyeron gran parte de la infraestructura de la Franja de Gaza. El pretexto era siempre el mismo: Israel se defendía de los "terroristas" de Gaza.

Fue en este contexto de tensión en el que se produjo el desmantelamiento de las colonias judías de Gaza en 2005. Los colonos fueron indemnizados y reubicados en otras colonias en Cisjordania. Sin embargo, Gaza siguió siendo una prisión al aire libre, con Israel manteniendo un control total del territorio, incluidas sus fronteras terrestres, aéreas y marítimas. Al instalarse el Gobierno de Hamás en 2007, la ocupación israelí de Gaza no había terminado.

Desde 2007, Gaza ha estado sometida a un bloqueo draconiano, y en menos de 14 años Israel ha atacado este territorio densamente poblado en cinco ocasiones: entre 2008 y 2009, 2012, 2014, 2021 y 2022.

El primer ataque israelí sobre Gaza, llamado la operación Plomo Fundido, comenzó el 27 de diciembre de 2008 y finalizó el 18 de enero. Durante esta ofensiva, Israel lanzó 1.000 toneladas de explosivos. En tan solo cuatro minutos, el primer día del ataque el

Ejército israelí mató hasta 300 gazatíes[71]. Según el grupo israelí de derechos humanos B'Tselem, el Ejército israelí mató a 1.391 palestinos, de los cuales 759 eran no combatientes. 13 israelíes murieron. El Consejo de Derechos Humanos de la ONU estimó que se demolieron 3.800 viviendas y que muchas infraestructuras —como escuelas y hospitales, en parte financiados por la UE— fueron destruidas. El uso excesivo de la fuerza (la famosa doctrina Dahiya) tenía como objetivo tranquilizar a la población israelí y halagar su orgullo nacional[72].

El segundo ataque israelí contra Gaza, la operación Pilar Defensivo, comenzó el 14 de noviembre de 2012 y duró ocho días. Unas 167 personas palestinas fueron asesinadas, de las cuales el 50% eran mujeres, niños o ancianos. El jefe del brazo militar de Hamás, Ahmed Ja'bari, fue eliminado. También murieron cuatro civiles israelíes y dos soldados.

La tercera ofensiva, denominada Margen Protector, fue lanzada el 8 de julio de 2014 y duró 50 días. Según B'Tselem, unos 2.203 palestinos fueron asesinados, de los cuales el 55% eran civiles. Israel perdió a 63 soldados y 5 civiles.

La cuarta ofensiva tuvo lugar tras una brutal represión de los palestinos de Jerusalén Este que protestaban contra las incursiones judías en la mezquita de Al-Aqsa y la expulsión de familias palestinas del barrio de Sheikh Jarrah. Acusando a Hamás de instigar la resistencia, Israel lanzó una cuarta ofensiva, llamada Guardián de los Muros. Comenzó el 10 de mayo de 2021 y duró 11 días. Según B'Tselem, 232 palestinos fueron asesinados, de los cuales 137 eran civiles. Familias enteras fueron aniquiladas. Se bombardearon 232 viviendas en edificios residenciales. Las infraestructuras civiles y los centros médicos quedaron parcialmente destruidos. Durante esta ofensiva, Israel registró un soldado muerto y seis civiles heridos.

La quinta ofensiva israelí contra Gaza fue lanzada el 5 de agosto de 2022. Bajo el nombre de Amanecer, duró solo tres días, durante los cuales fueron asesinados 33 palestinos, muchos de ellos civiles, principalmente niños y mujeres. Israel no sufrió ninguna baja. En cada ocasión, Israel atribuyó rápidamente la responsabilidad a los cohetes de Hamás y justificó sus operaciones mortales y destructivas

en nombre del derecho a la legítima defensa, presentándose como una víctima del terrorismo y acusando a Hamás de usar a los civiles como escudos humanos.

Operaciones militares en Gaza 2008-2022

Estas sucesivas ofensivas militares israelíes contra Gaza causaron la muerte de 4.026 palestinos (de los cuales al menos el 70% eran mujeres y niños), y miles más resultaron heridos. De 2008 a 2022, Israel perdió 31 soldados y civiles. La desproporción es asombrosa. A pesar de esta brecha vertiginosa, Israel sostuvo que su ejército había actuado con gran moderación.

Fecha	Duración (días)	Nombre	Víctimas palestinas		Víctimas israelíes	
			Total	De las cuales civiles	Total	De las cuales civiles
27/12/08	23	Plomo Fundido	1.391	960	13	0
14/12/12	8	Pilar Defensivo	167	83	6	4
08/08/14	50	Margen Protector	2.203	1.211	68	5
10/05/21	11	Guardián de los Muros	261	107	1	0
05/08/22	3	Amanecer	33	6	0	0
Total			4.026	2.397	88	9

Los ataques israelíes contra Gaza fueron cínicamente adenominados "cortar el césped": debilitar al Hamás sin eliminarlo del todo, ya que su existencia alimenta las divisiones intrapalestinas y, por tanto, perpetúa la ocupación israelí.

Si Israel ha podido lanzar cinco ofensivas contra Gaza entre 2008 y 2022 y continuar con su colonización de otros territorios palestinos, es principalmente debido al respaldo estadounidense en nombre del derecho de Israel a defenderse y a la renuencia o incapacidad de la UE para ejercer presión o imponer sanciones a Israel, limitándose a repetir sus llamados a poner fin inmediato a estos actos por parte de Hamás y renunciar a la violencia, al tiempo que reconoce el derecho legítimo de Israel a defenderse de cualquier ataque, a condición de que la operación militar israelí sea proporcional y conforme al derecho internacional. Esta misma declaración de la UE de julio de 2014 ha sido repetida decenas de veces desde entonces. Ninguna mención sobre el bloqueo de Gaza ni sobre el cierre de los pasos fronterizos.

La posición jurídicamente correcta, escribe acertadamente Finkelstein, fue la expresada por la misión del Consejo de Derechos Humanos de la ONU sobre la operación Margen Protector, que instó a Israel a levantar de inmediato y sin condiciones el bloqueo de Gaza[73].

La tragedia de Gaza no es más que una parte de la tragedia palestina más amplia, que es la perpetuación de la ocupación israelí y su política de colonización progresiva. Por ello, en casi todas sus declaraciones, la UE insiste en la solución de dos Estados. Tras la primera ofensiva israelí contra Gaza (2008-2009), por citar solo ese ejemplo, la UE subrayó, en su declaración del 8 de diciembre de 2009, la necesidad de una solución de dos Estados, añadiendo que la UE "no reconocerá ningún cambio de las fronteras anteriores a 1967, incluida Jerusalén, que no haya sido acordado por las partes", y recordando que los "asentamientos", la "barrera de separación" y la "demolición de viviendas y expulsiones son ilegales en virtud del derecho internacional". Sin embargo, en total contradicción entre su discurso y su práctica, la UE ha mantenido sus relaciones de trabajo con Israel, profundizado sus vínculos

comerciales y permitido que Israel participe en sus programas de investigación. El único desacuerdo entre la UE e Israel, como ya se ha recordado, se refiere a la exclusión de los productos procedentes de los asentamientos del acuerdo preferencial entre ambos.

La Autoridad Palestina no fue recompensada por su moderación. Es cierto que la UE proporcionó unos 2.400 millones de euros a la Autoridad Palestina entre 2007 y 2023, pero esta ayuda cubría parte del coste de la ocupación y estaba condicionada al compromiso de la Autoridad Palestina de combatir el terrorismo y coordinar con Israel las cuestiones de seguridad[74]. En otras palabras, la UE ejerció presión sobre la Autoridad Palestina para garantizar la seguridad de una potencia ocupante.

Con tal desequilibrio de poder, no es sorprendente que Israel haya podido desatar su potencia de fuego sobre Gaza y subvertir toda la arquitectura del proceso de Oslo para continuar su política de aplastamiento del pueblo palestino mediante una dominación sistémica en total impunidad. Por ello, Israel nunca estuvo interesado en negociaciones serias: el equilibrio de fuerzas y el statu quo estaban a su favor.

La Gran Marcha del Retorno:

una resistencia civil aplastada (2018-2019)

Como ya se ha mencionado, desde 2005 la Franja de Gaza está sometida a un bloqueo israelí por tierra, mar y aire, además de una ocupación severa en Cisjordania que se prolonga desde hace décadas. Las frecuentes ofensivas militares israelíes han matado, herido y mutilado a miles de palestinos, manteniendo a Gaza al borde del colapso total, con infraestructuras vitales destruidas y una tasa de desempleo entre los jóvenes adultos que alcanza el 69%, mientras que más del 70% de la población vive en una pobreza extrema. Las perspectivas de futuro eran sombrías y desoladoras.

Fue en este contexto de desesperación que los habitantes de Gaza adoptaron una nueva estrategia: manifestaciones pacíficas masivas cerca de la barrera que separa Gaza de Israel. Estas movilizaciones se conocen como la Gran Marcha del Retorno.

La Gran Marcha del Retorno fue una serie de manifestaciones pacíficas organizadas cada viernes cerca de la frontera entre Gaza e Israel, desde el 30 de marzo de 2018 hasta el 30 de diciembre de 2019.

Fueron desencadenadas por una ira colectiva frente a la negativa del derecho al retorno de los palestinos, la ocupación militar continua y el bloqueo, la situación económica catastrófica, así como las decisiones políticas de Estados Unidos, en particular el traslado de su embajada de Tel Aviv a Jerusalén y la supresión de la financiación a la UNRWA, que pasó de 364 millones de dólares en 2017 a cero[75].

Las protestas fueron inicialmente organizadas por activistas independientes de base, pero más tarde contaron con el apoyo de Hamás. Miles de personas participaron cada viernes en la Gran Marcha. Familias enteras se unieron, coreando consignas y bailando la dabke (danza tradicional). Las manifestaciones duraron 18 meses y, aunque algunos manifestantes lanzaron piedras o quemaron neumáticos, la Gran Marcha se mantuvo completamente pacífica y no representaba ninguna amenaza física significativa para los soldados o civiles israelíes. Sin embargo, Israel afirmó que las protestas eran utilizadas por Hamás para avivar las tensiones e incitar a la violencia contra el Estado hebreo. En consecuencia, Israel desplegó francotiradores y tanques en la frontera, y sus soldados abrieron fuego contra los palestinos que se acercaban a la valla, utilizando gases lacrimógenos, balas de goma y munición real y causando cientos de muertos y miles de heridos. El ministro de Defensa, Avigdor Lieberman, elogió a los soldados y francotiradores, insistiendo en que "los soldados israelíes cumplieron con su deber con determinación y profesionalismo"[76].

Entre marzo de 2018 y diciembre de 2019, 214 palestinos, entre ellos 46 niños, fueron asesinados y otros 36.000 resultaron heridos, incluidos cerca de 8.800 niños[77]. Uno de cada cinco heridos fue alcanzado por munición real. Durante ese mismo periodo, un soldado israelí fue asesinado y otros siete resultaron heridos.

Como de costumbre, las autoridades israelíes afirmaron que la mayoría de las muertes fueron accidentales y que los francotiradores apuntaban a las piernas, pero a veces fallaban sus objetivos. En contradicción con estas declaraciones, un portavoz de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, Rupert Colville, calificó estas muertes de "violación escandalosa de los derechos humanos por parte de Israel". Estados Unidos calificó estas muertes de trágicas, pero responsabilizó a Hamás, reiterando que Israel tenía derecho a defenderse.

Según las Naciones Unidas, en 2020 unas 10.400 personas sufrían graves problemas de salud mental vinculados a las manifestaciones de la Gran Marcha, y cerca de 42.000 padecían trastornos moderados o leves, incluidos 22.500 niños. En realidad, toda la población de Gaza fue traumatizada.

La Unión Europea, las Naciones Unidas y las organizaciones de derechos humanos criticaron el uso desproporcionado de la fuerza y exhortaron a Israel a mostrar moderación, pero Estados Unidos y Reino Unido permanecieron indiferentes ante la pérdida de vidas palestinas. El enviado especial de Trump para las negociaciones internacionales, Jason Greenblatt, un sionista convencido y amigo de Benjamín Netanyahu, publicó un tuit el 5 de abril de 2018 condenando a los dirigentes palestinos y a los manifestantes "que incitan a la violencia o envían manifestantes, incluidos niños, a la frontera".

El Acuerdo del siglo (28 de enero de 2020):

la nueva Declaración Balfour

de Washington para Israel

El 28 de enero de 2020, el presidente Trump anunció el componente político de su plan para resolver el conflicto israelo-palestino, apodado el Acuerdo del siglo. El componente económico del plan había sido presentado durante un taller celebrado en Baréin en junio de 2019. Ambos componentes fueron publicados bajo el título "Paz para la prosperidad: una visión para mejorar la vida de los pueblos palestino e israelí". El plan, de 181 páginas, comprendía 22 secciones que abordaban una amplia gama de cuestiones.

Elaborado por un trío de sionistas radicales —Jared Kushner, yerno de Trump; David Friedman, embajador estadounidense en Israel, y Jason Greenblatt, enviado especial de Estados Unidos para Oriente Medio—, el plan representa una versión actualizada de la visión de Shimon Peres para un "Nuevo Oriente Medio", con Israel como epicentro.

En efecto, todo el plan está centrado en las preocupaciones de seguridad de Israel y en su reconocimiento como Estado judío. Propone una serie de enclaves palestinos rodeados por un Israel ampliado y estipula que el valle del Jordán permanecerá bajo soberanía israelí y que Israel será responsable de todos los pasos fronterizos internacionales hacia el futuro Estado palestino. En violación de la resolución de la ONU de 1949, el plan rechaza el derecho al retorno de los refugiados palestinos y contempla incluso la posibilidad de transferir a los palestinos ciudadanos de Israel, concentrados en el Triángulo árabe, con el fin de aliviar la carga demográfica árabe dentro de Israel. Finalmente, el plan estipula que Jerusalén seguirá siendo la capital unificada de Israel.

En el plano económico, el plan promete una ayuda internacional y una inversión de 50.000 millones de dólares en diez años, en el marco de una integración económica regional. Esta ayuda estaría repartida entre los territorios palestinos, Jordania y Egipto. Sin embargo, no se menciona nada sobre posibles donantes o inversores.

El plan no excluye un Estado palestino desmilitarizado y no contiguo sobre el 13% de los territorios palestinos ocupados, con una capital en Abu Dis, al este de Jerusalén —y no en Jerusalén Este, que ha sido anexionada por Israel—. Este proyecto de Estado está condicionado al reconocimiento por parte de los palestinos de Israel como Estado judío, a la lucha contra lo que Israel considera como terrorismo en todas sus formas, al otorgamiento a Israel del derecho a llevar a cabo operaciones de seguridad dentro del Estado palestino y al control israelí de todos los pasos fronterizos y del espacio aéreo al oeste del Jordán.

Presentado en la Casa Blanca el 28 de enero de 2020, este plan es el más belicista que podría soñar un sionista radical. No sorprende, por tanto, que Benjamín Netanyahu, único invitado de honor en la ceremonia, elogiara a su "amigo Donald", calificando el evento como un "día histórico".

Pocos meses antes del anuncio oficial del plan, el 14 de abril de 2019, treinta y siete exministros europeos, ministros de Asuntos Exteriores y enviados especiales de la UE firmaron una carta dirigida a sus homólogos europeos y al alto representante de la UE para expresar su alarma. La carta indicaba:

Lamentablemente la actual administración estadounidense se ha desviado de la política estadounidense de larga data y se ha alejado de las normas jurídicas internacionales establecidas. Hasta ahora ha reconocido únicamente las reivindicaciones israelíes sobre Jerusalén y ha mostrado una preocupante indiferencia ante la expansión de los asentamientos israelíes… Creemos que Europa debe adoptar y promover un plan que respete los principios fundamentales del derecho internacional, tal como se reflejan en los parámetros acordados por la UE para una resolución del conflicto israelo-

palestino.

Esta carta refleja el malestar que el plan de Trump provocó en numerosos círculos europeos. No obstante, las reacciones en las capitales europeas fueron mixtas: algunos aliados, en particular Reino Unido, apoyaron el llamado Acuerdo del siglo, mientras que otros lo rechazaron firmemente. La propia UE no quiso dar la espalda a la administración estadounidense, acogiendo favorablemente toda iniciativa susceptible de conducir a la paz, aunque reconociendo las deficiencias del plan y reafirmando su compromiso con la solución de dos Estados.

Después de la Declaración Balfour de 1917, que prometía una patria en Palestina para el pueblo judío, el Acuerdo del siglo de Trump no es sino una versión estadounidense de la Declaración Balfour y un golpe fatal a la solución de dos Estados.

Los Acuerdos de Abraham:

¿un cambio de paradigma regional?

El Acuerdo del siglo eliminó todos los derechos palestinos de la mesa de negociaciones. Los Acuerdos de Abraham, firmados entre Israel y cuatro países árabes, modificaron el paradigma del conflicto árabe-israelí. Los Acuerdos de normalización entre Israel y los Emiratos Árabes Unidos fueron anunciados el 15 de agosto de 2020. Baréin se unió a ellos el 11 de septiembre, y la ceremonia de firma en la Casa Blanca tuvo lugar el 15 de septiembre. En los siguientes meses se sumaron Marruecos y Sudán. Así, los Acuerdos de Abraham constituyeron otro gran éxito de la política exterior israelí. La doctrina de Netanyahu de "Paz por paz" y "Paz por la fuerza" parecía estar dando frutos. Estos acuerdos no estaban condicionados a ningún cambio en la política israelí respecto a los territorios ocupados. La única promesa que hizo Netanyahu fue suspender la anexión del valle del Jordán y de otras partes de los territorios ocupados. Los Emiratos Árabes Unidos calificaron la suspensión de la anexión como una victoria diplomática en nombre del pueblo palestino.

Lejos del optimismo de los Emiratos, los acuerdos no mencionan el fin de la ocupación israelí ni la detención de la colonización, y permiten a Israel marginar a la Autoridad Palestina, ignorar a los palestinos y enterrar la idea de una solución de dos Estados. Como sostienen Tova Norlén y Tamir Sinai: "El acuerdo simboliza un cambio geopolítico en la seguridad de Oriente Medio, y un paso significativo en los esfuerzos deliberados y de largo plazo de Israel por normalizar sus relaciones con sus vecinos árabes sin tener que hacer concesiones sobre la cuestión palestina"[78].

Israel celebró estos acuerdos como un gran avance histórico, rompiendo un tabú de la política árabe (el de relacionarse con Israel), abriendo nuevas oportunidades de cooperación, desplazando

el centro de gravedad de la región hacia los estados del Golfo, centrando la atención en la amenaza iraní y minimizando la importancia de la cuestión palestina[79].

Para los palestinos, los Acuerdos de Abraham fueron una puñalada por la espalda. Palestina perdía su centralidad simbólica en la política oficial árabe y dejaba de ser una preocupación prioritaria. El acuerdo rompía el poder de veto de los palestinos sobre las relaciones de Israel con sus vecinos árabes, sin ningún resultado positivo para Palestina. Algunos países árabes ya no querían seguir atados por la solidaridad automática con la causa palestina, en detrimento de sus propios intereses y su agenda de seguridad. Por eso la política exterior transaccional de Trump funcionó tan bien no solo en el Golfo, sino también en Marruecos y Sudán. A Marruecos, Trump le prometió reconocer su soberanía sobre el Sáhara Occidental. A Sudán, le prometió retirar al país de la lista de estados patrocinadores del terrorismo. De esta forma, lejos de ser un logro diplomático, los Acuerdos parecían más bien la concreción de una política exterior basada en el trueque.

Los Acuerdos de Abraham modificaron el equilibrio de poder en la región a favor de Israel, que ahora podía trasladar sus capacidades militares al corazón del Golfo, a las puertas de su enemigo jurado: Irán. Los Acuerdos abrían un enorme mercado para el complejo militar-industrial israelí y le permitían reforzar su cerco estratégico a Irán mediante bases militares en el Golfo, en el Kurdistán iraquí y en Azerbaiyán.

Las preocupaciones de los países árabes firmantes de los acuerdos eran de otro orden. Los Emiratos Árabes Unidos, por ejemplo, interesados en preservar su estabilidad política, querían beneficiarse de la tecnología israelí, atraer visitantes, aumentar sus intercambios comerciales y protegerse de una eventual amenaza iraní. En el escenario de una posible retirada estadounidense de la región, los Emiratos consideraban a Israel como un sustituto de Estados Unidos, un garante de seguridad, armado con tecnología americana (como la posible compra de cazas F-35). Como resume Jeffrey Goldberg: “En muchos aspectos, los Acuerdos de Abraham se parecen a un contrato de armamento. Los Emiratos y otros estados que ahora colaboran con Israel podrán acceder a mejor armamento

estadounidense”[80].

En resumen, los Acuerdos de Abraham crearon una dinámica peligrosa que podría desembocar en una catástrofe estratégica, con una creciente tensión en el Golfo, guerras por delegación (en Irak, Yemen y Líbano), un aumento de las fricciones entre Argelia y Marruecos, una parálisis total de la Unión del Magreb Árabe y continuas turbulencias en Sudán.

Una vez más, la cuestión palestina quedaba relegada a un segundo plano, para gran satisfacción de Israel. Sin embargo, es ilusorio pensar que ese problema palestino pueda dejarse de lado indefinidamente. No abordar la cuestión central de las dinámicas conflictivas en Oriente Medio es una receta para una inestabilidad permanente, con efectos en cascada en toda la región y más allá. El ataque mortal de Hamás del 7 de octubre y el feroz asalto israelí sobre Gaza desde el 8 de octubre de 2023 son una prueba contundente de la centralidad de la cuestión palestina.

Las elecciones israelíes de

noviembre de 2022: el ascenso

de un Gobierno abiertamente racista

Las elecciones israelíes del 1 de noviembre de 2022 devolvieron a Netanyahu al cargo de primer ministro, apoyado por los 14 escaños obtenidos por los partidos racistas de Bezalel Smotrich (Sionismo Religioso) e Itamar Ben-Gvir (de Poder Judío, Otzma Yehudit), provocando consternación y preocupación. El influyente periodista de The New York Times, Thomas Friedman[81], que no es precisamente conocido por sus críticas a Israel, escribió un duro artículo titulado "El Israel que conocíamos ya no existe", acusando a la coalición de Netanyahu de incluir a "extremistas judíos racistas y antiárabes". Tal punto de vista, proveniente de un periodista que durante muchos años se esforzó en embellecer la imagen de Israel, fue una "divina sorpresa".

El problema con la expresión de preocupación de Friedman es que sugiere que "el Israel que él conocía era mejor" que la coalición de Netanyahu, que "incluye racistas" como Smotrich e Itamar Ben-Gvir, olvidando que ninguno de los gobiernos israelíes anteriores tuvo jamás la intención de permitir la creación de un verdadero Estado palestino independiente con plenos poderes ni de poner fin a la ocupación y a la expansión de las colonias. Todas sus políticas han sido ilegales y denunciadas por Human Rights Watch, Amnistía Internacional e incluso por B'Tselem, calificándolas de apartheid.

El giro hacia la extrema derecha en Israel es explicado frecuentemente por comentaristas israelíes como consecuencia del fracaso de la cumbre de Camp David en julio de 2000 o de la violencia palestina: tales explicaciones son erróneas.

Israel empezó a derivar hacia la derecha radical con la elección de

Menájem Beguín como primer ministro el 17 de mayo de 1977. Todos los gobiernos dirigidos por el Partido Laborista, de 1948 a 1977, eran progresistas para los israelíes pero represivos para los palestinos, tanto para los que eran ciudadanos israelíes (la minoría árabe) como para los que vivían en los territorios ocupados.

Hasta 1966, la minoría árabe israelí (los palestinos de Israel) vivió bajo régimen militar y, desde entonces, ha sufrido un aparato jurídico complejo concebido para "arrancar tierras a los árabes en beneficio de la población judía", explica Nir Evron, quien añade: "Los árabes representaban el 18% de la población del país pero solo poseían el 3,5% de la superficie total del Estado… Los árabes están de hecho bloqueados en la adquisición o el arrendamiento de tierras en aproximadamente el 80% del territorio de Israel"[82]. La discriminación tomó diversas formas y culminó con la reciente Ley del Estado-nación (2018), cuyo mensaje a los ciudadanos árabes de Israel es claro: "No son una parte orgánica de este Estado; su presencia es una aberración".

En un discurso ante la Knéset, en 2009, el diputado palestino Ahmad Tibi resumió magistralmente la situación de los "árabes israelíes": "Este país es judío y democrático: democrático para los judíos y judío para los palestinos".

En cuanto a los territorios ocupados, la colonización comenzó con el Partido Laborista. Golda Meir fue la primera en declarar públicamente que "no hay palestinos". Los partidos de derecha no hicieron más que dar un paso adicional: Menájem Beguín se opuso firmemente al establecimiento de un Estado palestino en Cisjordania y la Franja de Gaza y, en 1982, su Gobierno autorizó la invasión de Líbano para expulsar a la Organización para la Liberación de Palestina. Isaac Shamir, que sucedió a Beguín como primer ministro el 10 de octubre de 1983, era conocido por su postura beligerante sobre la cuestión palestina, rechazando categóricamente la idea misma de un Estado palestino y declarando a menudo que no hacía falta un Estado palestino, puesto que, según él, "ese ya existía y era Jordania".

El Partido Laborista ganó las elecciones en 1992. Isaac Rabin trabajó intensamente para promover lo que llamó la construcción de la paz, pero el 4 de noviembre de 1995 fue asesinado. El asesino

era Yigal Amir, un ultranacionalista israelí radicalmente opuesto a la iniciativa de paz de Rabin y a la firma de los Acuerdos de Oslo. La iniciativa de paz fue asesinada en su cuna. Shimon Peres se convirtió en primer ministro e intentó mantener el impulso del proceso de paz. El 10 de febrero de 1996 convocó elecciones anticipadas y fue derrotado por Netanyahu, apoyado por ultranacionalistas y partidos religiosos. Pero en las elecciones de 1999 ganó Ehud Barak. Su principal logro fue la retirada del Ejército israelí de Líbano el 24 de mayo de 2000.

Tras las elecciones israelíes del 8 de febrero de 2001, Ariel Sharon fue nombrado primer ministro. En 2005, ordenó de forma unilateral el desmantelamiento de las colonias judías en Gaza, pero reubicó a los colonos en la Cisjordania ocupada. Sharon sufrió un accidente cerebrovascular en 2006. Ehud Olmert se convirtió en primer ministro interino el 4 de enero de 2006 y, tras las elecciones de marzo de 2006, asumió el cargo. En cuanto a la cuestión palestina, mostró gran ambigüedad, afirmando, en la sexta conferencia de Herzliya, el "derecho histórico del pueblo de Israel sobre toda la tierra de Israel", pero al mismo tiempo retomando el discurso de Isaac Rabin en favor de una solución de dos Estados. El 29 de noviembre de 2007 lanzó una advertencia: Israel se encaminaba a su fin si no se encontraba la solución de dos Estados, pero el 27 de diciembre de 2008 Israel lanzó su operación militar Plomo Fundido sobre Gaza. En 2009 dimitió como primer ministro tras enfrentarse a una serie de acusaciones de corrupción, y las siguientes elecciones se celebraron el 10 de febrero de 2009. El 31 de marzo, el líder del Likud, Benjamín Netanyahu, juró como primer ministro por segunda vez. En noviembre de 2012, Netanyahu ordenó al ejército lanzar la Operación Pilar Defensivo contra Gaza.

Netanyahu es conocido como el verdugo de los Acuerdos de Oslo. Siempre votó en contra de cualquier proceso de paz y rechazó la idea misma de un Estado palestino. Netanyahu ocupó el cargo de primer ministro de 2009 a 2021. Mantuvo una relación tensa con el presidente Obama, que no compartía sus ideas sobre las colonias y la cuestión palestina, pero la llegada de Donald Trump a la Casa Blanca lo envalentonó y lo hizo aún más provocador. El 19 de julio de 2018, la Knéset aprobó la Ley del Estado-nación. Su mandato se interrumpió brevemente en 2021, pero logró volver al poder como

primer ministro en un Gobierno que, como escribió Thomas Friedman, incluye a “extremistas judíos racistas y antiárabes”.

Este resumen de los sucesivos gobiernos israelíes demuestra claramente que las tendencias racistas y supremacistas hacia la comunidad palestina en Israel y hacia los palestinos bajo ocupación han estado presentes en Israel desde hace décadas, culminando con la adopción de la ley fundamental: el Estado nación del Pueblo Judío.

Esta ley fue celebrada como un triunfo por la extrema derecha ultranacionalista israelí, pues otorgaba el derecho a la autodeterminación exclusivamente a los judíos israelíes y a todos los inmigrantes judíos en Israel, transformando a los ciudadanos palestinos de Israel en ciudadanos de segunda clase de iure. La ley irritó a muchas personas dentro y fuera de Israel y amplió la brecha entre Israel y las diásporas judías, especialmente en Estados Unidos. David Rothkopf, de la Universidad Johns Hopkins, no se anduvo con rodeos: “Israel se está convirtiendo en una ‘democracia de matones’ (thugocracy) iliberal que ya no puedo defender”[83]. El gran pianista y director de orquesta Daniel Barenboim fue aún más claro: “Esto es claramente apartheid. No creo que el pueblo judío, que sobrevivió a veinte siglos de persecuciones y crueldades, pueda convertirse en un opresor que inflige crueldad a los demás. Me da vergüenza ser israelí…”[84].

La única diferencia entre los antiguos gobiernos israelíes y el Gobierno actual de Netanyahu (desde 2022) radica en que los racistas israelíes de hoy no tienen ninguna inhibición en hablar en voz alta para que todos los escuchen. Ben-Gvir, por ejemplo, considera con orgullo al extremista Meir Kahane como su héroe y maestro, amenaza con deportar a los “ciudadanos desleales”, pide una ley de deportación contra quienes lanzan piedras contra soldados, exige la pena de muerte, aboga por el desmantelamiento de la Autoridad Palestina y la anexión de Cisjordania.

La declaración del primer ministro saliente, Yair Lapid, es reveladora: “Muéstrenme un país en el mundo donde el hombre responsable de la policía es un criminal violento con 53 cargos de inculpación y ocho condenas por delitos graves”[85].

Desde la formación del nuevo Gobierno de extrema derecha, a finales de 2022, la situación en Cisjordania se ha vuelto insoportable: las colonias han proliferado —las Naciones Unidas estiman su número en 280—, los puestos de control se han multiplicado (alrededor de 593), perturbando la vida de los palestinos, se han anexionado amplias zonas de tierras palestinas, se han destruido viviendas y se han desplazado comunidades enteras. La economía palestina de Cisjordania está devastada. Miles de palestinos fueron expulsados de sus hogares antes y después del 7 de octubre de 2023. El activismo palestino está siendo reprimido. Los palestinos en Cisjordania son constantemente hostigados y asesinados: entre enero de 2023 y enero de 2025, más de 820 jóvenes palestinos, incluidos niños, fueron asesinados por el Ejército israelí o por colonos judíos; alrededor de 9.000 palestinos fueron detenidos por Israel sin cargos. Los palestinos en Gaza están cercados, asesinados o hambrientos. El panorama no puede ser más oscuro: tras la primera Nakba (1947-1949), la segunda (1967) y la tercera en Cisjordania (desde 1967), una cuarta Nakba está en curso pero, a diferencia de las anteriores, es más mortífera y está siendo televisada.

Las incitaciones a la limpieza étnica pronunciadas por responsables israelíes repugnan a estadounidenses y europeos, pero ni unos ni otros parecen alarmarse. La UE recuerda constantemente que Israel es un Estado democrático, y la Administración Biden no ha cesado de proclamar su vínculo inquebrantable con Israel. “Biden no ha demostrado ser ningún factor de disuasión”[86], escribe Ross Barkan. “El Congreso estadounidense ha sido durante mucho tiempo un territorio ocupado por Israel”[87], añade Ian Gilmour en el prólogo del libro editado por Ghada Karmi y Eugene Cotran: The Palestinian Exodus: 1948-1998 (El éxodo palestino).

Confiando en su supremacía militar y en aliados poderosos y fieles, Israel ha llevado a cabo su política colonial en Cisjordania sin obstáculos y ha bombardeado la pequeña Franja de Gaza sin remordimientos. Este statu quo se ha convertido en una “bomba de relojería” a punto de estallar y, efectivamente, la explosión tuvo lugar el 7 de octubre.

El 7 de octubre y el trastorno geopolítico

El Diluvio de Al-Aqsa: estupefacción

y venganza bíblica

El espantoso ataque de Hamás, denominado Diluvio de Al-Aqsa, fue la chispa que encendió un fuego geopolítico. La ofensiva tomó a todos por sorpresa: en un solo día, 1.200 personas —en su mayoría militares y civiles israelíes— fueron asesinadas, y alrededor de 240 personas fueron tomadas como rehenes. Las vallas y barreras fueron derribadas con facilidad. La tecnología de vigilancia israelí quedó en entredicho. Para su actual Gobierno, encabezado por Netanyahu, este ataque constituyó un fracaso personal, siendo él quien con frecuencia se vanagloriaba de su reputación como "el señor de la seguridad" y afirmaba que Israel nunca había conocido una época más tranquila al estar protegido por un ejército poderoso y el sistema Cúpula de Hierro, capaz de interceptar cohetes procedentes de Gaza y otros lugares.

¿Por qué el Ejército israelí fue tomado por sorpresa a pesar de las múltiples advertencias? La cuestión sigue provocando asombro y controversia. Según Jean-Pierre Filiu: "Los servicios de Inteligencia israelíes interceptaron muy temprano un documento interno sobre la planificación de esta campaña, pero se negaron a concederle a la milicia islamista tal capacidad"[88]. También parece que Egipto había advertido a Israel tres días antes del ataque, pero Netanyahu hizo oídos sordos. Por ahora, las preguntas sobre los fallos militares y de inteligencia siguen sin respuesta, aunque seguramente darán lugar a informes demoledores a su debido tiempo.

En última instancia, lo que ha revelado este ataque es que la doctrina israelí se apoyaba en una serie de ilusiones que Joshua Leifer ha resumido certeramente:

Que los palestinos y sus aspiraciones de libertad podían ocultarse

tras muros de hormigón y ser ignorados; que toda resistencia podía ser contenida mediante una combinación de tecnología y fuerza militar aplastante; que el mundo —y en particular los estados árabes suníes— estaban hartos de la cuestión palestina y que podía retirarse de la agenda internacional; y que, por consiguiente, los gobiernos podían actuar a su antojo sin sufrir consecuencias[89].

El ataque de Hamás ha puesto fin a todas esas ilusiones, tranquilizadoras pero falaces, ha traumatizado a la sociedad israelí, que no había vivido un desastre de tal magnitud desde la creación del Estado y ha desacreditado por completo la visión de futuro de Netanyahu para Israel.

Sin embargo, los políticos israelíes y la mayoría de los comentaristas han cerrado los ojos ante los verdaderos detonantes del ataque de Hamás. Para ellos, el ataque está motivado por el odio asesino y antisemita contra los judíos. Para ellos, la historia comienza el 7 de octubre. El contexto histórico más amplio es simplemente ignorado o descartado de plano: 58 años de ocupación tiránica, negociaciones saboteadas, una anexión rampante, la criminalización de la resistencia no violenta, cinco ofensivas israelíes contra Gaza entre 2008 y 2021, la complicidad estadounidense, la indulgencia europea y un desencanto general con un sistema internacional que ha permitido el despojo del pueblo palestino y ha erosionado su "capacidad para utilizar medios no violentos con el fin de cambiar el statu quo y alcanzar la autodeterminación"[90].

El ministro de Asuntos Exteriores de Jordania, Ayman Safadi, resumió bien el contexto: "Es el conflicto el que ha engendrado a Hamás, no Hamás el que ha engendrado el conflicto". Para Israel, esta hipótesis es una blasfemia. Peor aún: contextualizar se considera antisemitismo. No solo está prohibido criticar a Israel, sino que el mero hecho de aludir al sufrimiento de la población de Gaza o de pedir un alto el fuego se interpreta como una apología del terrorismo. El primer ministro belga, Alexander De Croo, y el presidente del Gobierno español, Pedro Sánchez, fueron acusados de apoyar el terrorismo simplemente por haber pedido una tregua humanitaria. Incluso el papa fue reprendido por Israel. António

Guterres, secretario general de las Naciones Unidas, irritó al Gobierno israelí por el simple hecho de reconocer que los ataques de Hamás (que condenó firmemente) no surgieron de la nada, afirmando que el pueblo palestino había sido sometido a 56 años de ocupación asfixiante, su economía ha sido devastada, su pueblo desplazado y sus hogares destruidos. Y sus esperanzas de una solución política a su situación han desaparecido, añadiendo que los ataques de Hamás no justifican el castigo colectivo del pueblo palestino.

Al día siguiente, Israel exigió que Guterres se disculpara y presentara su dimisión. Para Netanyahu, Hamás es el Dáesh (el autoproclamado Estado Islámico), y la política israelí, una política antiterrorista. Sin embargo, fue el mismo Netanyahu quien afirmó en 2019: "Quienes quieran frustrar el establecimiento de un Estado palestino deberían apoyar el fortalecimiento de Hamás y la transferencia de fondos a Hamás"[91]. Para él, esto garantizaba que no pudiera emerger ningún movimiento palestino unificado. Cuando el alto representante de la UE, Josep Borrell, recibió el doctorado honoris causa de la Universidad de Valladolid, el 19 de enero de 2024, no se anduvo con rodeos al declarar que "Hamás fue financiado por el Gobierno israelí en un intento de debilitar a la Autoridad Palestina dirigida por Al-Fatah".

Sin embargo, el contexto más amplio del ataque no debe eclipsar las motivaciones inmediatas. Sin ánimo de ser exhaustivo, puedo sugerir las siguientes:

El asedio a la Franja de Gaza, convertida en una prisión a cielo abierto, y las ofensivas israelíes regulares desde 2007 convencieron a Hamás de que la situación se había vuelto insoportable y que Gaza era ya inhabitable. En su primer informe de 16 páginas sobre los ataques del 7 de octubre, publicado el 20 de enero de 2024, Hamás justificó los atentados afirmando que eran un paso necesario para contrarrestar todas las conspiraciones israelíes contra el pueblo palestino.

Hamás estaba perdiendo popularidad, pues empezaba a ser percibido como una autoridad gobernante más y no como un

movimiento de resistencia. Con el ataque, Hamás quiso demostrar que seguía siendo la auténtica resistencia y el Guardián de la Santa Mezquita de Jerusalén. En efecto, lo que Hamás pretendía era disputar la representatividad de la Organización para la Liberación de Palestina.

Hamás consideraba que los acuerdos de normalización entre Israel y ciertos estados árabes marginaban la causa palestina e ignoraban su atroz sufrimiento bajo ocupación. El ataque tenía como objetivo sabotear un acuerdo de normalización entre Israel y Arabia Saudí.

Hamás era consciente de la asimetría estructural en términos militares: Israel seguía siendo la potencia dominante en la región. Pero al tomar por sorpresa a Israel, Hamás quería enviar un mensaje tanto a los palestinos como a los Estados árabes: Israel no es invencible como pretende. Por tanto, Hamás buscaba derribar ese mito de invulnerabilidad, diciendo que no es porque Israel sea fuerte que los palestinos y árabes no se atreven, sino que es porque no se atreven que Israel es fuerte.

El ataque de Hamás también pretendía poner en evidencia, ante los ojos del pueblo palestino, la incompetencia y la ineptitud de la Autoridad Palestina en Ramala. Así, Hamás busca que se lo tenga en cuenta en futuras negociaciones.

El nuevo Gobierno israelí, el más extremista y racista de la historia del país, multiplicaba los llamamientos a la continuación de la colonización e incluso a la expulsión de los palestinos de Cisjordania. El ministro Ben-Gvir repartía armas entre los colonos con gran publicidad. La intención era clara: hacer la vida imposible a los habitantes. Ya antes del 7 de octubre, entre principios de 2022 y junio de 2023, fueron asesinados 397 palestinos. Desde el 7 de octubre de 2023 hasta el 30 de junio de 2025, más de 850 palestinos fueron asesinados y unos 9.000 fueron detenidos sin cargos. Con su ataque, Hamás quiso denunciar la política represiva de Israel, encender Cisjordania y provocar una nueva intifada generalizada.

En resumen, Hamás buscaba demostrar —aunque cruelmente— la

brutalidad de una ocupación desbocada, la complicidad de Occidente, la traición de ciertos estados árabes y el fracaso de la Autoridad Palestina, aun a riesgo de desencadenar una guerra devastadora.

Y efectivamente, la respuesta de Israel al ataque de Hamás fue devastadora: el balance, apocalíptico. En 500 días, desde el 8 de octubre, los israelíes lanzaron sobre Gaza más de 80.000 toneladas de bombas. A 30 de junio de 2025, más de 55.000 gazatíes fueron asesinados, de los cuales dos tercios eran mujeres y niños, y 126.000 resultaron heridos; es decir, el 10% de la población total del enclave[92]. Miles de cadáveres yacían aún bajo los escombros y no habían sido contabilizados, familias enteras fueron aniquiladas. El 95% de las infraestructuras sanitarias de Gaza fueron destruidas y unos 400 miembros del personal médico fueron asesinados, la mayor pérdida jamás registrada de trabajadores sanitarios en un conflicto. El 85% de las viviendas fueron arrasadas, todas las universidades de Gaza fueron demolidas y mataron a más de 260 profesores y docentes. Unos 1,9 millones de personas (el 85% de la población) se vieron obligadas a desplazarse. Más de 200 periodistas fueron asesinados, la mayoría palestinos, ya que la prensa internacional estaba vetada por Israel para entrar en Gaza. No existe lugar seguro. Los bombardeos incesantes y los ataques indiscriminados contra escuelas, mezquitas, iglesias, hospitales, panaderías, canales de agua, redes de alcantarillado y de electricidad han causado sufrimientos atroces a la población de Gaza. La escasez de alimentos y de agua potable, así como la proliferación de enfermedades, constituyen otro genocidio dentro del genocidio.

Hablando en el Foro Económico Mundial de Davos en 2024, António Guterres, secretario general de las Naciones Unidas, se expresó con claridad: “Las operaciones militares israelíes han provocado una destrucción masiva y la muerte de civiles en una escala sin precedentes durante mi mandato como secretario general”. En una entrevista concedida al diario español El País (19 de enero de 2024), Francesca Albanese, relatora especial sobre los derechos humanos en los territorios palestinos ocupados desde 1967, ofreció una cifra desgarradora: 1.000 niños fueron amputados sin anestesia. En mayo de 2025, Gaza ostentaba el triste récord

mundial de personas amputadas como consecuencia de bombardeos.

Es una ironía de la historia que casi el 75% de los habitantes de Gaza sean hijos o nietos de refugiados palestinos expulsados de sus hogares durante la primera Nakba de 1947-1949. Existe una verdadera preocupación de que puedan conocer el mismo destino que sus antecesores.

Hoy, Gaza es el mayor cementerio urbano del mundo. Charles Dunne comenta: “La magnitud de la destrucción en Gaza no ha hecho sino reforzar la opinión, ya ampliamente compartida, de que Israel pretende hacer inhabitable el enclave para forzar la salida de los palestinos”[93].

La respuesta del mundo occidental: ¿silencio, omertá y complicidad?

Poco después del ataque del 7 de octubre, varios líderes occidentales viajaron a Israel para mostrar su compasión y su apoyo inquebrantable al Estado hebreo. En una rueda de prensa celebrada durante su visita, Joe Biden detalló las atrocidades cometidas por Hamás, prometió un incremento de la asistencia militar a Israel y añadió pomposamente: "Si Israel no existiera, habría que inventarlo". En otra declaración, afirmó sin ambages: "No creo que uno deba ser judío para ser sionista, y yo soy sionista". No obstante, advirtió a Israel de que "no se dejara consumir por la ira" y que actuara con contención, ya que "la gran mayoría de los palestinos no están vinculados a Hamás". Pero, en contradicción total con esas palabras, la Administración Biden siguió suministrando a Israel armas y municiones por valor de miles de millones de dólares, desplazó a la región fuerzas estadounidenses adicionales para disuadir a los adversarios de Israel, estacionó sistemas antimisiles THAAD en territorio israelí ante una eventual ofensiva con misiles iraníes[94], y anunció el envío de dos portaviones estadounidenses (el Ford y el Eisenhower) al mar Mediterráneo para proteger a Israel.

Ursula von der Leyen, presidenta de la Comisión Europea, describió el ataque de Hamás como una "tragedia indescriptible", añadiendo que "Israel tiene derecho a defenderse; de hecho, tiene el deber de proteger a su pueblo": ni una palabra sobre el sufrimiento palestino. Se izaron banderas israelíes frente a la sede de la Comisión Europea y del Parlamento Europeo en Bruselas.

Emmanuel Macron, presidente de Francia, propuso la creación de una coalición internacional para combatir a Hamás, equiparando al grupo palestino con el Dáesh, propuesta que fue calificada de errónea, irrealista e inútil.

Altos cargos británicos y dirigentes de 16 Estados miembro de la UE (entre ellos, Rumanía, Alemania, Italia, Chipre, Grecia, Países Bajos,

Francia, República Checa, Austria, Hungría, Bulgaria, Letonia, España y Bélgica) viajaron a Israel en gesto de solidaridad. Los primeros en visitar la frontera entre Egipto y Gaza fueron el presidente del Gobierno español, Pedro Sánchez, y su homólogo belga Alexander De Croo. Condenaron el ataque de Hamás, pero quedaron profundamente impactados por la situación de los palestinos y pidieron un alto el fuego.

Durante su visita a Israel, el canciller alemán fue el más vehemente al declarar que el terrorismo brutal contra civiles inocentes pone los pelos de punta. Desde el inicio, Alemania se alineó firmemente con Israel, adoptó por completo su narrativa y respaldó su campaña militar. Las imágenes de las atrocidades sufridas por la población de Gaza apenas fueron difundidas por los medios alemanes. Las manifestaciones propalestinas fueron prohibidas y cuando, el 29 de diciembre de 2023, Sudáfrica presentó una demanda contra Israel ante la Corte Internacional de Justicia (CIJ), el Gobierno alemán intervino en defensa de Israel, afirmando que la acusación de Sudáfrica carecía de fundamento y que Israel no hacía sino defenderse. En una declaración asombrosa, Olaf Scholz afirmó a mediados de noviembre de 2023 que el Gobierno de Netanyahu respetaba el derecho internacional y los derechos humanos, calificando de absurdas[95] las acusaciones de que Israel los violaba en Gaza.

Tales declaraciones revelan hasta qué punto Alemania ha perdido hoy su brújula moral. Fabian Scheidler lanza una pregunta pertinente: “¿Qué lecciones ha aprendido la clase dirigente alemana de su historia, cuando apoya a un Gobierno cuyos miembros califican a los palestinos de ‘animales’?”[96].

Josep Borrell, alto representante de la UE para Asuntos Exteriores y Política de Seguridad, fue la voz más crítica hacia Israel. Condenó “el ataque bárbaro y terrorista de Hamás”, pero el 10 de octubre de 2023 acusó a Israel de violar el derecho internacional al imponer un bloqueo total sobre Gaza. El 3 de enero de 2024 condenó las declaraciones de los ministros israelíes de extrema derecha Smotrich y Ben-Gvir, que habían llamado a “la expulsión y deportación de los palestinos”. En numerosas declaraciones, Borrell expresó su honda preocupación por la “matanza inaceptable de

palestinos", el "coste humano insoportable" y las "violaciones sistemáticas del Derecho Humanitario" por parte de Israel, y pidió repetidamente un alto el fuego.

Ucrania no es un Estado miembro de la UE. Sin embargo, la declaración del presidente Zelensky sobre Hamás fue sorprendente. Al equiparar a Hamás con Rusia y a Israel con Ucrania, mostró un notable grado de ignorancia o de mala fe. Como sostiene acertadamente H. A. Hellyer: "Israel es el equivalente de Rusia" (en cuanto potencia ocupante) y los palestinos son el equivalente de Ucrania, ambos están ocupados"[97].

Los Estados miembro de la UE condenaron unánimemente el ataque de Hamás y subrayaron el derecho de Israel a defenderse, pero su respuesta ante la devastación de Gaza fue caótica. En varias resoluciones sobre un alto el fuego en Gaza, la financiación de la UNRWA o las órdenes de arresto contra Netanyahu y Gallant, los Estados miembro exhibieron sus divisiones de forma abierta.

Es cierto que la UE ha lamentado o condenado a menudo la respuesta desproporcionada de Israel al ataque de Hamás, pero no hizo nada para frenar la ofensiva. En general, los Estados miembro europeos mostraron escasa empatía por el sufrimiento de los palestinos, tanto en Gaza como en Cisjordania. Para colmo, algunos países reprimieron la expresión de solidaridad con Palestina. En este sentido, el caso de Alemania es emblemático, ya que lidera la ofensiva contra el movimiento de solidaridad con Palestina[98].

El Bundestag fue aún más lejos, instando al Gobierno a mostrar solidaridad total con Israel y a hacer del apoyo a Israel una razón de Estado. La expresión fue utilizada por Angela Merkel en 2008 durante un discurso ante la Knéset, elevando la seguridad de Israel a piedra angular del Estado alemán.

La relación especial entre Alemania e Israel comenzó con el Acuerdo de Reparaciones de 1952, firmado antes del establecimiento de relaciones diplomáticas en 1965. Este acuerdo fue calificado por el negociador israelí como una verdadera salvación, ya que proporcionó un impulso decisivo a la industrialización de Israel[99]. Konrad Adenauer justificó el acuerdo en términos sorprendentes: "Hicimos tanto daño a los judíos, las

atrocidades que les infligimos debían ser expiadas de algún modo, o reparadas, si queríamos recuperar el respeto del mundo… incluso hoy, no se debe subestimar el poder de los judíos, especialmente en Estados Unidos”[100].

Debemos tener presente esta conexión histórica entre la Alemania posnazi e Israel para entender por qué, desde 2023, el discurso político y mediático alemán describe la guerra genocida de Israel contra la población civil de Gaza como una guerra contra el antisemitismo. En noviembre de 2023, el Parlamento alemán adoptó una resolución contra el antisemitismo destinada a silenciar los movimientos de solidaridad con Palestina. Las autoridades alemanas cancelaron conferencias, obras de teatro y exposiciones, censuraron a activistas y académicos, reprimieron manifestaciones y detuvieron a miles de personas por participar en protestas en apoyo al pueblo palestino. Algunos activistas palestinos fueron deportados. El 16 de enero de 2024, la Universidad de Gotinga retiró su autorización para organizar una conferencia sobre Palestina. A finales de enero, el Parlamento alemán adoptó una resolución sobre el antisemitismo y la hostilidad hacia Israel en las escuelas y las universidades. Intelectuales y figuras públicas reconocidas como Ghassan Abu Sitta, Yanis Varoufakis y Ali Abunimah fueron vetados en el país. En febrero de 2025, dos actos previstos con la relatora especial de la ONU sobre los territorios palestinos ocupados, Francesca Albanese, en Múnich y Berlín, fueron cancelados. El Estado federado de Sajonia-Anhalt introdujo una exigencia según la cual debe declararse que “Israel tiene derecho a existir” como condición previa para obtener la ciudadanía. Además, la asamblea del distrito berlinés de Neukölln empezó a distribuir en escuelas un folleto titulado “El mito de Israel 1948”, que niega la limpieza étnica de los palestinos entre 1947 y 1948, contradiciendo incluso a los historiadores israelíes. El 7 de noviembre de 2024, el Bundestag adoptó una resolución titulada El “Nunca más” es ahora: proteger, preservar y reforzar la vida judía en Alemania, que restringe severamente la libertad académica. Ni siquiera los judíos críticos con la política de Netanyahu se libran de la censura. Tal fue el caso del filósofo israelí Omri Boehm, invitado a pronunciar un discurso con motivo del octogésimo aniversario de la liberación del campo de Buchenwald, a quien el Gobierno alemán le impidió hacerlo, por considerarlo crítico con Netanyahu.

Se han adoptado medidas represivas similares y preocupantes en otros países europeos, acallando las voces palestinas y protegiendo a Israel de cualquier crítica. Yo mismo fui víctima de esta "policía del pensamiento". En efecto, estaba previsto que diera una conferencia en febrero de 2025 en la comuna belga de Waterloo sobre el tema: "Europa y Palestina: responsabilidad histórica, compromiso retórico". Tres días antes de la conferencia, planeada con mucha antelación, la alcaldesa (del partido Movimiento Reformador, MR) la canceló bajo pretextos falaces, alegando que podía generar problemas de seguridad. Sin embargo, durante mi larga carrera académica he dado centenares de conferencias en todas las ciudades de Bélgica, he estado regularmente presente en los medios de comunicación y he sido reconocido como un analista riguroso. Por eso, la cancelación de mi conferencia fue duramente criticada en Bélgica por medios periodísticos, responsables políticos, académicos y representantes de la sociedad civil. Esto demuestra que Bélgica no ha perdido su brújula moral, a diferencia de lo que ocurre hoy en Alemania, Hungría o incluso Estados Unidos.

‘Israel ha ido demasiado lejos’

Salvo contadas excepciones —entre ellas Bélgica, Irlanda, España y Eslovenia—, los demás Estados miembro de la Unión Europea se alinearon con Israel, protegiéndolo de las críticas y criminalizando los movimientos de solidaridad con Palestina. Sin embargo, los bombardeos indiscriminados de Israel erosionaron su capital de simpatía entre la opinión pública occidental. Su asalto implacable e incesante sobre Gaza encendió las alarmas en Europa y provocó una profunda indignación en el sur global. Incluso Estados Unidos se mostró preocupado. El entonces secretario de Estado, Antony Blinken, advirtió: “Demasiados palestinos han sido asesinados”. En una entrevista con la BBC, el presidente francés, Emmanuel Macron, expresó su inquietud: “[…] esos bebés, esas mujeres, esos ancianos están siendo bombardeados y asesinados, no hay justificación ni legitimidad alguna para ello. Por eso presionamos a Israel para que se detenga”. Otros dirigentes también han ejercido presión sobre Israel. Hasta el 15 de enero de 2025, Israel desoyó los llamamientos de sus más firmes aliados y prosiguió sus bombardeos sobre Gaza, al tiempo que prohibía la entrada de ayuda alimentaria en el enclave palestino.

Hubo algunos días de tregua humanitaria que permitieron la liberación de unos 100 rehenes y 300 prisioneros palestinos. Pero poco después, Israel reanudó sus bombardeos y rechazó las peticiones de alto el fuego. En el Consejo de Seguridad y en la Asamblea General, Estados Unidos votó en contra de las resoluciones que pedían un cese de hostilidades. En la votación de la Asamblea General de la ONU, el 12 de diciembre de 2023, sobre una resolución no vinculante que instaba a un alto el fuego humanitario en la Franja de Gaza, 153 países votaron a favor, 23 se abstuvieron y 10 votaron en contra, entre ellos Israel y Estados Unidos. Los Estados miembro de la UE, una vez más, votaron de forma dispersa: 2 países se opusieron (Austria y República Checa), 16 votaron a favor y 8 se abstuvieron.

La votación de la Asamblea General se produjo tras una resolución fallida del Consejo de Seguridad, bloqueada por un veto estadounidense, lo que llevó al secretario general de la ONU a invocar la excepcional medida del artículo 99 de la Carta de las Naciones Unidas, que le permite emitir alertas sobre amenazas graves a la paz internacional. Finalmente, el Consejo de Seguridad adoptó una resolución diluida que no exigía un alto el fuego permanente.

Protegido por Estados Unidos, Israel prosiguió su ofensiva inhumana, que —como comenta Raz Segal, profesor asociado de Estudios sobre el genocidio y el Holocausto— es única en tanto que constituye un genocidio, "porque la intención está claramente formulada. Y está formulada a través de los medios de comunicación, la sociedad y la política israelíes"[101].

En efecto, ha habido numerosas declaraciones genocidas por parte de dirigentes israelíes que deshumanizan a los palestinos de Gaza. El presidente de Israel, Isaac Herzog, declaró: "Es toda una nación la que es responsable: no es cierto que los civiles… no estén implicados". El ministro de Defensa, Yoav Gallant, fue más lejos aún al decretar "un asedio total sobre la Franja de Gaza", añadiendo que "no habrá electricidad, ni comida, ni combustible", y que "luchamos contra animales humanos". Amihai Eliyahu sugirió "bombardear Gaza con armas nucleares". El viceministro de Defensa, Giorna Eiland, exigió que los habitantes de Gaza se enfrentaran a "dos opciones: quedarse y morir de hambre o marcharse". Hay muchos otros ejemplos. El documento presentado por Sudáfrica ante la Corte Internacional de Justicia en su denuncia de genocidio dedica nueve páginas a recoger declaraciones genocidas de responsables israelíes.

Evidentemente, ni la preocupación mundial ni los múltiples llamamientos al alto el fuego disuadieron al Gobierno israelí. La masacre continuó. "Ha nacido un cataclismo"[102], escribieron Leonard Rubenstein y Stephen Morrison. Israel pide a los habitantes que se marchen: ¿pero dónde? ¿Se trata de legítima defensa? ¿Es una respuesta proporcional? ¿O estamos asistiendo a la preparación de una tercera Nakba, destinada a expulsar a los palestinos de sus tierras? Un documento de diez páginas, fechado el 13 de octubre de

2023 y con el logotipo del Ministerio de Inteligencia israelí, recomienda un traslado completo de población sin derecho de retorno. Es la definición misma de limpieza étnica. Esto es lo que el presidente Trump deseó públicamente en febrero de 2025.

El presidente Biden y su secretario de Estado, Antony Blinken, advirtieron a Israel contra cualquier traslado forzoso de palestinos, calificándolo como una línea roja. Pero si la historia sirve de guía, cabría dudar de la sinceridad y eficacia de Estados Unidos, que ha demostrado ser incapaz de frenar a su aliado israelí, que ha ido demasiado lejos (“has gone over the top”) como declaró el propio Biden en una rueda de prensa en la Casa Blanca el 8 de febrero de 2024.

Varios países europeos

reconocen al Estado de Palestina

Pocos días después de la declaración de Biden, el presidente del Gobierno español, Pedro Sánchez, y su homólogo irlandés, Leo Varadkar, exigieron —en una carta conjunta dirigida a la presidenta de la Comisión Europea, Ursula von der Leyen, y a Josep Borrell— que se evaluara si Israel respetaba las obligaciones en materia de derechos humanos previstas en el Acuerdo de Asociación UE-Israel y que se adoptaran medidas inmediatas en caso de violación. La carta quedó sin respuesta. El 24 de febrero de 2024, el Consejo de Asociación UE-Israel se celebró en Bruselas sin contratiempos.

En su posición para la decimotercera reunión del Consejo de Asociación con Israel, la UE recordó que, conforme al artículo 2 del Acuerdo de Asociación, las relaciones entre las partes, así como las disposiciones del propio acuerdo, deben basarse en el respeto de los derechos humanos y los principios democráticos. Reiteró su condena, en los términos más enérgicos, del ataque brutal e indiscriminado llevado a cabo por Hamás y otros grupos contra Israel el 7 de octubre de 2023… y expresó su solidaridad y apoyo a Israel y a su pueblo, pero añadió que en el ejercicio de su derecho a la legítima defensa, Israel debe respetar plenamente sus obligaciones conforme al derecho internacional, incluido el derecho internacional humanitario, en todas las circunstancias.

El 22 de marzo de 2024, España, Irlanda y Noruega anunciaron que estaban dispuestos a reconocer al Estado de Palestina como la mejor vía para alcanzar una paz duradera en la región. En efecto, el 28 de mayo de 2024, España e Irlanda, así como Noruega —país no miembro de la UE—, reconocieron oficialmente al Estado de Palestina, seguidas por Eslovenia el 5 de junio de 2024. Otros Estados miembro como Portugal, Malta, Luxemburgo, Francia y Bélgica, así como Reino Unido —tampoco miembro de la UE—,

siguieron su ejemplo en septiembre de 2025.

España fue más allá aún: el 6 de junio de 2024 anunció que se sumaría a la demanda presentada por Sudáfrica contra Israel ante la Corte Penal Internacional (CPI).

Las acciones valientes de España reflejaban la evolución de su opinión pública en relación con Israel y Palestina. En efecto, una encuesta de YouGov realizada en julio de 2024 en siete países occidentales, entre ellos España, reveló una caída del apoyo popular a Israel y un aumento de la simpatía hacia Palestina en todos ellos. El país más proisraelí era Francia, donde el 21% de la población se declaraba como tal. En Suecia, el 25% de los encuestados se mostraban propalestinos. El apoyo a Israel descendió drásticamente en Alemania, donde cayó al 19% (según una encuesta de YouGov de diciembre de 2023, era del 29%), frente a un 15% favorable a los palestinos. Curiosamente, fue en Italia —un país gobernado por partidos de derecha y ultraderecha— donde el sentimiento proisraelí era más bajo (7%). España se mantuvo como el país más propalestino, con un 34% de apoyo popular (frente a un 14% para Israel). Reino Unido fue el segundo país más propalestino, con un 28%, aunque esa tendencia no se reflejó a nivel político.

En marzo de 2024, otra encuesta de YouGov mostró que en Bélgica, Francia, Alemania, Italia y Suecia entre el 33% y el 49% de los encuestados consideraban que Israel estaba cometiendo un genocidio. Sin embargo, en los cinco países, más del 30% de la población prefería que sus gobiernos adoptaran una postura imparcial, mientras que entre el 12% y el 24% deseaban un mayor apoyo a Palestina, frente a tan solo entre el 4% y el 9% para Israel. En esos cinco países, entre el 50% y el 65% respaldaban un embargo de armas a Israel, y entre el 49% y el 62% apoyaban el enjuiciamiento de los dirigentes israelíes.

El cambio de la opinión pública sobre Israel y Palestina se reflejó en las calles de diversas capitales, donde cientos de miles de manifestantes se movilizaron a favor de los derechos del pueblo palestino. A medida que la devastación israelí de Gaza proseguía sin tregua, la brecha entre la opinión pública y las políticas de los estados se hizo cada vez más evidente. Esto se manifestó en la votación de los Estados miembro de la UE sobre la resolución de la

Asamblea General de la ONU en septiembre de 2024, en la que se pedía a Israel que pusiera fin a su presencia ilegal en los territorios palestinos ocupados en un plazo de 12 meses. 13 Estados miembro de la UE votaron a favor (Bélgica, Chipre, Estonia, Finlandia, Francia, Grecia, Irlanda, Letonia, Luxemburgo, Malta, Portugal, Eslovenia y España); 12 se abstuvieron (Austria, Bulgaria, Croacia, Dinamarca, Alemania, Italia, Lituania, Países Bajos, Polonia, Rumanía, Eslovaquia y Suecia), y 2 votaron en contra (Hungría y República Checa).

La falta de unanimidad también se evidenció en torno a las sanciones contra Israel y sus ministros procolonización. Mientras la UE impuso 17 paquetes de sanciones contra Rusia, en el caso de Israel se limitó a sancionar a dos o tres colonos violentos, lo que confirmó la acusación de doble rasero. Sin embargo, la UE tiene poder económico suficiente para hacerse oír: es el principal socio comercial de Israel y representa casi un tercio de sus intercambios de bienes. Pese a esto, se resiste incluso a considerar la imposición de sanciones al Estado de Israel. Para países como Alemania, Hungría, Austria y República Checa, sancionar a Israel es casi un sacrilegio, una línea roja que no se debe cruzar.

Las diferentes sensibilidades entre los Estados miembro de la UE también quedaron patentes en relación con las órdenes de detención contra Netanyahu y Gallant. Como todos los Estados miembro de la UE son parte de la CPI, están obligados a respetar sus órdenes de arresto. Borrell lo confirmó el 21 de noviembre de 2024, al declarar que las órdenes de la CPI no son políticas y que “la decisión de la corte debe respetarse y ejecutarse”. Inmediatamente, en un gesto desafiante, Viktor Orbán declaró que “invitaría a Netanyahu a visitar Hungría”. Dicho y hecho, lo invitó y lo recibió con todos los honores en abril de 2025, durante una visita oficial de cuatro días.

Las divisiones europeas afloraron en casi todas las cuestiones: alto el fuego, ventas de armas, sanciones, decisiones de la Corte Internacional de Justicia y de la Corte Penal Internacional, órdenes de detención y financiación de la UNRWA. Todo ello no augura nada bueno para el futuro de Europa, y menos aún para los propios fundamentos del derecho internacional que afirma defender.

Alto el fuego en Gaza (del 31 de mayo de 2024 al 15 de enero de 2025)

A pesar de la carnicería despiadada perpetrada por Israel en Gaza, desde el 8 de octubre de 2023 hasta el 31 de mayo de 2024 ningún llamamiento a un alto el fuego tuvo éxito, debido al veto estadounidense en el Consejo de Seguridad, para gran disgusto de la UE, del mundo árabe y del sur global. El presidente Biden fue criticado por sus propios aliados por no hacer lo suficiente para detener la masacre, considerando que su "apoyo inquebrantable" a Israel podría perjudicarle de cara a su reelección en las elecciones de noviembre de 2024. Ya en marzo de 2024, Chuck Schumer, el más alto cargo judío electo en Estados Unidos, advirtió a Biden que Netanyahu era el "principal obstáculo para la paz… haciendo que el apoyo mundial a Israel cayera a niveles históricamente bajos", y añadió que "Israel no sobrevivirá si se convierte en un paria".

Por su parte, el 20 de mayo de 2024, el fiscal de la Corte Penal Internacional, Karim Khan, anunció que tenía motivos razonables para creer que tres dirigentes de Hamás, así como el primer ministro israelí, Netanyahu, y el ministro de Defensa, Gallant, eran "penalmente responsables" de presuntos crímenes de guerra y crímenes de lesa humanidad, y declaró que la CPI preparaba órdenes de detención contra ellos.

La presión sobre el presidente Biden se intensificó, tanto desde figuras clave del Congreso como desde la Corte Penal Internacional. Aunque Biden calificó la decisión de la CPI de escandalosa, deseaba mejorar su imagen a pocos meses de las elecciones de noviembre de 2024.

El viernes 31 de mayo de 2024, el presidente Biden anunció que "Israel ha presentado una nueva propuesta integral" que prevé "una hoja de ruta hacia un alto el fuego duradero y la liberación de todos los rehenes". Añadió: "Gente de todo el mundo ha pedido un alto el fuego… Ha llegado el momento de alzar la voz y pedir a Hamás que

se siente a la mesa de negociaciones y acepte la propuesta".

Biden presentó las tres fases del acuerdo:

Primera fase (seis semanas): alto el fuego total, retirada de las fuerzas israelíes de todas las zonas pobladas de Gaza y liberación de un número determinado de rehenes a cambio de la liberación de cientos de prisioneros palestinos. Los ciudadanos de Gaza podrían regresar a sus hogares y se permitiría la entrada de hasta 600 camiones diarios de ayuda humanitaria en Gaza.

Segunda fase: conllevaría la liberación de todos los rehenes y el fin permanente de las hostilidades.

Tercera fase: inicio de un gran plan de reconstrucción para Gaza.

En su discurso, el presidente Biden advirtió que una guerra indefinida no derrotaría a Hamás y no proporcionaría a Israel una seguridad duradera.

Hamás acogió favorablemente el llamamiento de Biden a un alto el fuego: El movimiento afirma su disposición a examinar de manera positiva y constructiva cualquier propuesta basada en un alto el fuego permanente, una retirada completa de la Franja de Gaza y la reconstrucción.

Israel publicó una declaración ambigua indicando que Netanyahu había autorizado la propuesta, pero insistió en que "la guerra no terminará hasta que todos los rehenes regresen… y se eliminen las capacidades militares y gubernamentales de Hamás". La declaración parecía contradecir el llamamiento de Biden a poner fin a los combates[103].

El mismo día del anuncio del acuerdo de alto el fuego, el 31 de mayo de 2024, los cuatro principales líderes de la Cámara de Representantes y del Senado enviaron una carta a Netanyahu, invitándolo a dirigirse a una sesión conjunta del Congreso y del Senado de Estados Unidos "con el fin de consolidar una relación

duradera y la solidaridad de América con Israel". La carta señalaba que esta invitación convertiría a Netanyahu en el primer jefe de Estado extranjero en pronunciar un discurso ante una sesión conjunta en cuatro ocasiones. Ni siquiera Churchill recibió tal honor.

Pese a los esfuerzos constantes de los mediadores árabes, Qatar y Egipto, y a las casi 14 visitas de Blinken a la región, el acuerdo de alto el fuego quedó paralizado, ya que Israel optó por continuar, sin tregua, su campaña militar en la Franja de Gaza, en busca de una victoria total.

En noviembre de 2024, Trump fue reelegido presidente de Estados Unidos. Afirmó que deseaba un alto el fuego incluso antes de asumir el cargo por dos motivos: "Eliminaría uno de los conflictos internacionales más espinosos" y sería "un motivo de orgullo" y "una victoria rápida" [104]. Para ello, mandó a su enviado especial para Oriente Medio, Steve Witkoff, a la región. Y, efectivamente, el 15 de enero de 2025, se firmó el acuerdo. Inmediatamente, Trump declaró que "este acuerdo… solo fue posible… gracias a nuestra histórica victoria de noviembre".

El presidente Biden se limitó a afirmar que el acuerdo seguía "los contornos precisos" de su plan, presentado el 31 de mayo de 2024, y que su enviado, Brett McGurk, había trabajado en estrecha coordinación con el enviado de Trump, Steve Witkoff. Sin duda, las victorias tienen muchos padres; las derrotas, ninguno.

La UE saludó el acuerdo de alto el fuego, que permitiría la liberación progresiva de los rehenes, poniendo fin a su "terrible calvario" y aliviaría "el sufrimiento humanitario de los palestinos en Gaza", añadiendo que "los desplazados de Gaza deben poder regresar de forma segura y digna a sus hogares". ¿Habrá olvidado la UE que Gaza es un campo de ruinas y que esos hogares son hoy escombros?

La primera fase del acuerdo transcurrió sin contratiempos: 28 rehenes israelíes vivos y 8 cadáveres fueron liberados. Las fuerzas israelíes se retiraron de las zonas pobladas de Gaza, los palestinos desplazados regresaron a sus barrios y se permitió la entrada diaria de camiones de ayuda humanitaria.

Esta fase concluyó el 2 de marzo de 2025. Las negociaciones para la segunda fase del alto el fuego debían comenzar 16 días después del inicio de la primera, pero no ocurrió. Según el acuerdo, dicha fase debía conducir a un alto el fuego permanente, al retorno de los rehenes restantes y a la retirada completa de las fuerzas israelíes.

En el momento de redactar este texto, Netanyahu no parecía interesado en la segunda fase debido a las amenazas que sus aliados de extrema derecha, como Ben-Gvir y Smotrich, hacían pesar sobre su coalición. En violación del acuerdo, propuso entonces prorrogar el alto el fuego temporal por 50 días, lo que permitiría la devolución de los rehenes restantes, vivos o muertos, sin cumplir con las exigencias de la segunda fase, como la retirada total de Gaza y el fin del conflicto. Hamás acusó a Israel de incumplir el acuerdo y exigió iniciar las negociaciones de la segunda fase, teniendo como único as bajo la manga a los rehenes. Como represalia, el Gobierno de Netanyahu decidió bloquear la entrada de toda ayuda humanitaria a Gaza como castigo colectivo, lo que amenazaba con provocar hambruna en una población ya devastada, exhausta y traumatizada tras más de 500 días de bombardeos.

El incumplimiento por parte del Gobierno de Netanyahu del acuerdo de alto el fuego del 15 de enero desencadenó una indignación mundial. En una declaración conjunta del 8 de marzo de 2025, los ministros de Asuntos Exteriores de Francia, Alemania y Reino Unido instaron al Gobierno israelí a respetar sus obligaciones internacionales y a “garantizar el suministro completo, rápido, seguro y sin trabas de ayuda humanitaria a la población de Gaza”. La interrupción de la ayuda “podría violar el Derecho Internacional Humanitario”, afirmaron los tres ministros. Estados Unidos, por su parte, guardó silencio.

El día después: escenarios, callejones sin salida y realineamientos

La visión israelí

"Si Gaza tuviera 100.000 o 200.000 árabes y no dos millones, toda la conversación sobre el día después sería diferente", declaró el ministro israelí de extrema derecha Bezalel Smotrich[105]. En un artículo publicado en el Jerusalem Post, la entonces ministra israelí de Inteligencia, Gila Gamliel, respaldó a Smotrich: "En lugar de canalizar dinero para reconstruir Gaza… la comunidad internacional debería financiar los costes de reinstalación, ayudando a los habitantes de Gaza a construir una nueva vida en sus nuevos países anfitriones". Los ministros Ben-Gvir y Smotrich insistieron en sus propuestas de despoblar Gaza y reinstalar allí colonias judías. Al principio fueron reprendidos, no por la inmoralidad o ilegalidad de sus propuestas, sino porque perjudicaban la imagen de Israel en el extranjero. Pero hoy, esa es la propuesta oficial del Gobierno de Netanyahu.

El 4 de enero de 2024, Yoav Gallant, ministro israelí de Defensa, presentó su plan para el día después. Rechazó la expulsión de los habitantes de Gaza no por razones morales o legales, sino por su inviabilidad. Según él, tras la guerra, Hamás no gobernará Gaza. En su lugar, comités civiles locales se encargarán de la gestión del enclave, siempre que no sean hostiles a Israel. Israel establecerá bases militares y puntos de control y se reservará el derecho a operar dentro de la Franja de Gaza. Las fronteras quedarían así bajo control efectivo de Israel.

Se han propuesto muchas otras ideas: la imposición de zonas de amortiguamiento significativas en Gaza, la fragmentación del territorio en pequeños enclaves desconectadas como en Cisjordania, el rechazo de cualquier papel para una Autoridad Palestina reformada, la desradicalización de la sociedad palestina y la desmilitarización de la Franja de Gaza. "La seguridad en Gaza será responsabilidad exclusiva de Israel", insiste Netanyahu. Para él, cualquier fuerza de mantenimiento de la paz liderada por la ONU es

indeseable. Todas estas propuestas reflejan la creciente normalización de posturas extremas dentro de la política y la sociedad israelíes. Según una encuesta del Instituto de Política del Pueblo Judío (JPP), el 80% de los israelíes apoya el plan del presidente Trump para la relocalización de los gazatíes, lo que representa una nueva limpieza étnica.

Una propuesta sorprendente sobre el día después provino de Yair Lapid, líder de la oposición. En un discurso pronunciado en febrero de 2025 ante la Foundation for Defense of Democracies (FDD) en Washington, Lapid propuso entregar Gaza a Egipto durante 15 años a cambio de la cancelación de su deuda externa. “La comunidad internacional anularía la deuda de 155.000 millones de dólares”, declaró. La propuesta parece original, pero como señala Gershon Baskin, profundo conocedor de los entresijos de la política israelí, “demuestra un desconocimiento total de las realidades del mundo árabe. Egipto rechazó de inmediato la sugerencia de Lapid y declaró que jamás asumirá la responsabilidad de Gaza, porque Gaza pertenece al pueblo palestino”[106].

El último plan israelí para Gaza fue aprobado el 4 de mayo de 2025 por el Gabinete de Seguridad israelí. Consiste, simple y llanamente, en una ocupación permanente del enclave palestino mediante una operación militar contundente cuyo objetivo es fragmentar el territorio en zonas militares y hacinar a sus habitantes en el sur para luego empujarlos a partir. Se trata, sencillamente, de un plan de limpieza étnica. Los países occidentales reaccionaron alarmados. António Costa, presidente del Consejo de la UE, calificó el plan israelí de violación del derecho internacional y acusó a Netanyahu de destruir cualquier posibilidad de una solución de dos Estados. Otras cancillerías europeas reaccionaron de manera similar.

Muchas de estas especulaciones israelíes sobre el día después se basan en la hipótesis de que Hamás será derrotado política y militarmente, que los palestinos aceptarán vivir en Gaza bajo gobernanza israelí o bajo administración egipcia, que la Autoridad Palestina no tendrá voz ni voto, que los Estados árabes se quedarán de brazos cruzados, que la comunidad internacional dará la espalda a los derechos legítimos del pueblo palestino y que Estados Unidos, bajo Trump, seguirá otorgando a Israel un cheque en blanco.

Es cierto que Israel bombardea Gaza con municiones estadounidenses y que Estados Unidos sigue respaldándolo sin descanso[107], pero Israel ha ido demasiado lejos en su carnicería en Gaza, con consecuencias negativas no solo para sí mismo y para las diásporas judías en Europa y Estados Unidos[108], sino también para el Gobierno estadounidense, pues su imagen se ha deteriorado, su aislamiento es más evidente, su posición en la región se ha visto afectada y su sociedad está fracturada y polarizada. Además, ahora está implicado en conflictos regionales con sus ataques contra los huzíes en Yemen, con consecuencias dramáticas para el tráfico marítimo y la seguridad internacional.

Por ello, la postura de Estados Unidos bajo la presidencia de Biden respecto al día después entró en conflicto con los planes israelíes. En múltiples ocasiones, el presidente Biden —a pesar de ser un ferviente sionista— rechazó los planes israelíes, denunciando la expulsión de los palestinos, la reocupación militar de la Franja de Gaza y la instalación de colonias. Su secretario de Estado, Antony Blinken, indicó claramente que Cisjordania y Gaza deberían quedar bajo una Autoridad Palestina reformada y revitalizada, aunque admitió que algunas “soluciones provisionales, incluida la participación de otros países de la región”, podrían resultar útiles. Israel ignoró la visión de Biden.

La visión de Trump de una Riviera

de Oriente Medio

No solo Netanyahu batió un récord al dirigirse en cuatro ocasiones a una sesión conjunta del Congreso en 2024, sino que también fue el primer dirigente extranjero invitado por el presidente Trump a la Casa Blanca al inicio de su segundo mandato, el 4 de febrero de 2025. Antes de su encuentro con Netanyahu, Trump firmó una orden ejecutiva que suprimía de forma definitiva la financiación de la UNRWA, la agencia de la ONU que proporciona alimentos, educación y atención sanitaria a millones de refugiados palestinos. En la rueda de prensa, junto a Netanyahu, Trump fue aún más lejos al presentar una propuesta incendiaria: sugerir que los palestinos de Gaza podrían ser reubicados en Jordania y Egipto, añadiendo que él mismo tomaría la Franja de Gaza, la reconstruiría y la transformaría en una "Riviera de Oriente Medio", capaz de atraer a millones de turistas.

Inmediatamente después de su investidura, Trump declaró que Gaza era un "enorme solar en demolición" y que era "un lugar fenomenal junto al mar" con un "clima excelente […] se podrían hacer grandes cosas allí". En suma, era "la voz de un magnate inmobiliario estadounidense"[109]. Pero es una locura total[110], como escribe Steven Cook, pensar que los palestinos abandonarían voluntariamente la Franja de Gaza para instalarse en los lugares fabulosos de la imaginación de Trump.

La UE rechazó el plan y lo calificó de inaceptable. La ministra alemana de Asuntos Exteriores, Annalena Baerbock, declaró: "Es evidente que Gaza, al igual que Cisjordania y Jerusalén Este, pertenece a los palestinos", y advirtió que "la expulsión forzada de la población civil violaría el derecho internacional y alimentaría aún más el odio". Francia, Reino Unido, España y muchos otros países también rechazaron el plan de Trump por ignorar los

derechos de los palestinos y dinamitar la solución de dos Estados.

Francesca Albanese no se anduvo con rodeos. En una rueda de prensa, celebrada en Copenhague el 5 de febrero de 2025, declaró que el plan era "peor que una limpieza étnica. Es un desplazamiento forzado… lo que constituye un crimen internacional"[111].

La propuesta desató la furia de los palestinos, que vieron en ella una nueva Nakba en gestación. "Es difícil exagerar", comenta Daniel Levy, "la resonancia traumática del desplazamiento y la transferencia de población en la memoria colectiva palestina"[112]. Cerca del 75% de los palestinos de Gaza son refugiados cuyas familias fueron expulsadas de sus hogares antes y después de la creación del Estado de Israel. El 5 de febrero, el Centro Palestino para los Derechos Humanos y otras organizaciones publicaron una declaración instando a Estados Unidos a retirar su plan, a garantizar que los palestinos ejerzan su derecho al retorno, a condenar públicamente el uso de sanciones contra la CPI, a obligar a Israel a derogar su legislación que prohíbe la UNRWA y a abordar las causas profundas del genocidio, desmantelando el régimen colonialista y sionista de apartheid israelí.

Los países árabes quedaron atónitos, indignados y tomados por sorpresa. En una declaración conjunta, los principales ministros árabes de Asuntos Exteriores expresaron su rechazo a "todo intento de alentar la transferencia o desarraigo de los palestinos de sus tierras, sean cuales sean las circunstancias o justificaciones". Arabia Saudí rechazó el plan de expulsión y reiteró su negativa a normalizar relaciones con Israel sin la creación de un Estado palestino.

Los medios árabes e internacionales calificaron el plan de ilegal, inmoral, provocador y escandaloso. "Es, literalmente, la propuesta política más incomprensible que jamás haya oído de un presidente estadounidense"[113], declaró Andrew Miller, exasesor en política de Oriente Medio bajo la presidencia de Obama. Lo preocupante, sin embargo, es que la Administración Trump está repleta de responsables belicistas que abogan abiertamente por un Gran Israel reservado exclusivamente a los judíos. Basta con leer las declaraciones de Elise Stefanik —nombrada embajadora de Estados Unidos ante las Naciones Unidas antes de ser apartada— o de Mike

Huckabee, nuevo embajador de Estados Unidos en Israel.

Como era de esperar, Netanyahu se mostró entusiasmado cuando el presidente Trump presentó su plan, y declaró que "es algo que podría cambiar la historia". En Israel, la idea de Trump entusiasmó a los ministros de extrema derecha, ya que la expulsión de los palestinos de Gaza y Cisjordania ha sido siempre su objetivo ideológico. El Ejército israelí ya ha recibido la orden de preparar planes para facilitar la salida de los palestinos.

Netanyahu seguía en Estados Unidos cuando Trump firmó otra orden ejecutiva, el 6 de febrero, que imponía sanciones económicas y restricciones de viaje a los responsables de la Corte Penal Internacional implicados en investigaciones sobre ciudadanos estadounidenses y de sus aliados, incluido Israel.

Las órdenes ejecutivas para cortar la financiación de la UNRWA y sancionar a los empleados de la CPI son auténticos regalos para Israel. El plan de Trump para Gaza es la versión estadounidense de la Declaración Balfour de 1917. Está plenamente alineado con centenares de declaraciones documentadas de altos dirigentes israelíes que han abogado por la destrucción de la Franja de Gaza para hacerla definitivamente inhabitable.

El plan inmobiliario para Gaza revela hasta qué punto se ha derrumbado la brújula moral de la Administración estadounidense, que ha hecho el mundo más brutal e inestable, y ha minado el orden internacional. Pero, sobre todo, el plan de Trump demuestra "hasta qué punto se ha deshumanizado a los palestinos"[114].

Si Trump no rectifica, su plan podría alimentar aún más el antiamericanismo en la región y en el mundo, avivar odios profundos, desestabilizar toda la región y poner en peligro los tratados de paz de Israel con Jordania y Egipto, así como los acuerdos de normalización con los Emiratos Árabes Unidos, Baréin y Marruecos. Incluso podría empujar a Rusia y China a posicionarse como "defensores de la región y del sur global, en confrontación con el neocolonialismo estadounidense"[115].

Al ofrecer a Netanyahu un apoyo incondicional, Trump ha vuelto a socavar la credibilidad y el estatus de Estados Unidos, reforzando al

mismo tiempo a Netanyahu y a su coalición extremista. En Cisjordania, colonos judíos matan palestinos, queman sus casas y coches, roban su ganado y arrancan sus olivos con total impunidad. El Ejército israelí entra en los campos de refugiados, ciudades y pueblos palestinos de Cisjordania sembrando el terror, destruyendo infraestructuras, matando a cientos de personas y desplazando a otras 50.000 (cifra del 30 de abril de 2025). Los europeos lo condenan con tibieza y los estadounidenses apenas prestan atención.

Para terminar: pocas semanas después del plan Riviera de Trump, la grabación titulada No Other Land ganó un Óscar al mejor documental. Se trata de un reportaje de la destrucción y los intentos de desplazamiento forzado en la región de Cisjordania conocida como Masafer Yatta, entre 2019 y 2023, y narra cómo los palestinos son hostigados por colonos judíos y sus casas demolidas por el Ejército israelí. La película No other land, codirigida por el palestino Basel Adra y el israelí Yuval Abraham (además de Hamdan Ballal y Rachel Szor), obtuvo el Oso de Plata al mejor documental en la Berlinale de 2024. Durante la ceremonia de entrega de premios, Adra pidió a Alemania que detuviera las exportaciones de armas a Israel, mientras que Abraham calificó el trato desigual de los palestinos por parte de Israel de sistema de apartheid, lo que desató la ira de Israel y de sus aliados alemanes y estadounidenses.

El ministro de Cultura israelí, Miki Zohar, calificó el galardón como un momento triste para el mundo del cine y envió una carta a las instituciones culturales de Israel donde les pedía no proyectar la película. “La semana siguiente a los Óscar”, escriben Rania Batrice y Libby Lenkinski en The New York Times, “el alcalde de Miami Beach amenazó con expulsar de un edificio municipal a una institución cultural por haber proyectado la película”[116]. Es una estrategia habitual en Israel y en los países que lo apoyan: invisibilizar el sufrimiento palestino.

Días después de la ceremonia de los Óscar, unos colonos judíos atacaron Susiya, el pueblo natal del codirector del documental, Hamdan Ballal. Armados con piedras, cuchillos y fusiles y escoltados por soldados, los colonos enmascarados destrozaron

automóviles y causaron heridas a ocho personas. Uno de los colonos comenzó a golpear a Ballal en la cabeza con la culata de su fusil. Según informó un corresponsal de The Guardian, “sangrando por la cabeza, esposado y con los ojos vendados, Ballal fue llevado a una base militar, donde permaneció detenido durante toda la noche antes de ser liberado al día siguiente”[117]. Hablando con la agencia Associated Press, Basel Adra, el otro codirector palestino del documental, comentó: “Quizá sea su venganza por haber hecho la película”.

Respuestas árabes al plan inmobiliario

para Gaza de Trump

La cumbre árabe de emergencia, celebrada en El Cairo el 4 de marzo de 2025, tenía como objetivo clarificar la posición de los países árabes sobre el día después. En la declaración final, los dirigentes árabes rechazaron los planes israelíes y estadounidenses que buscaban desplazar al pueblo palestino de sus tierras y negar su derecho a un Estado independiente en Gaza y Cisjordania, con las fronteras del 4 de junio de 1967 y Jerusalén Este como capital. Anunciaron que estaban dispuestos a contribuir financieramente a la reconstrucción de Gaza y afirmaron que "Palestina sigue siendo una cuestión central para el mundo árabe y para todas las naciones que luchan por la paz, la justicia, los derechos y la libertad". Además, reiteraron que la prioridad estratégica árabe es "una paz justa y global que garantice todos los derechos del pueblo palestino", recordaron la importancia de la Iniciativa de Paz Árabe de 2002, rechazaron todas las formas de violencia, extremismo y terrorismo, expresaron su voluntad de trabajar con la Administración estadounidense y con los socios internacionales para reactivar las negociaciones de paz, condenaron "la reciente decisión del Gobierno israelí de detener la ayuda humanitaria a Gaza", exigieron "el fin de la agresión israelí en Cisjordania, incluida la expansión de los asentamientos, el apartheid, la demolición de viviendas, la confiscación de tierras, la destrucción de infraestructuras y las incursiones militares en las ciudades palestinas, así como las violaciones de los lugares sagrados" y celebraron "la decisión palestina de formar un comité de administración para Gaza, bajo el Gobierno del Estado de Palestina, compuesto por gazatíes cualificados durante un periodo de transición".

Se trata de una posición árabe clara sobre el día después que contradice el plan Riviera de Oriente Medio de Trump. No es de

extrañar, por tanto, que la Administración Trump haya rechazado el plan árabe de reconstrucción de Gaza. “La propuesta actual no tiene en cuenta la realidad de que Gaza es actualmente inhabitable, y que sus residentes no pueden vivir dignamente en un territorio cubierto de escombros y municiones sin explotar”, declaró el portavoz del Consejo de Seguridad Nacional, Brian Hughes, el 5 de marzo de 2025, y añadió que “el presidente Trump respalda su propia visión de reconstruir Gaza, libre de Hamás. Esperamos con interés seguir dialogando para aportar paz y prosperidad a la región”[118].

No está de más recordar que Gaza se ha vuelto inhabitable a causa de las armas y municiones estadounidenses.

¿Qué horizonte político espera a Palestina?

Una solución de un solo Estado,

dos Estados, un Estado de apartheid

o ningún Estado en absoluto

No hay mal que por bien no venga. En efecto, el 7 de octubre y la destrucción despiadada de Gaza han hecho añicos numerosos mitos sobre la cuestión palestina, como la afirmación de que la causa palestina es marginal, que el statu quo es manejable, que Israel tiene un derecho bíblico sobre Palestina —rebautizada como Eretz Israel—, que es un país que busca la paz y que es excepcional, que no existe un socio palestino, que a los árabes no les importa el destino de los palestinos, que el norte global se limita a denunciar, lamentar y condenar la ocupación y la expansión israelíes, pero sin actuar.

Hay algo de verdad en este último punto: en efecto, se percibe un sentimiento creciente de que Occidente ha traicionado a los palestinos al dar la espalda a sus reivindicaciones legítimas y ofrecer un apoyo incondicional, e incluso una legitimidad, a la política israelí en los territorios ocupados, lo que ha conducido al colapso del proceso de Oslo, al ataque del 7 de octubre y a la destrucción de Gaza.

Pero los demás mitos han demostrado su vacío y su absurdo: la cuestión palestina sigue siendo una cuestión principal en Oriente Medio, pese a todos los esfuerzos de Israel por enterrarla. ¿Quién puede hoy negar su centralidad? Basta con observar los millones de manifestantes en las capitales del norte y del sur global, coreando "Palestina libre". Daniel Levy explica esta protesta mundial: "Palestina ocupa hoy ese lugar simbólico: es una suerte de avatar de la rebelión contra la hipocresía occidental, contra un orden mundial inaceptable y contra el orden poscolonial"[119].

Baréin, que había normalizado sus relaciones con Israel, ha retirado a su embajador, como lo han hecho otros estados latinoamericanos. Los acuerdos de normalización se denuncian abiertamente y las conversaciones entre Israel y Arabia Saudí están congeladas. Toda la región está al borde del abismo y con riesgos crecientes de escalada. En cuanto a la UE, no deja de repetir que Israel no conocerá ni seguridad ni paz mientras los palestinos sigan oprimidos e ignorados, y que debe contemplarse —incluso "imponerse" (en palabras de Josep Borrell)— una solución de dos Estados. Incluso Estados Unidos vuelve a hablar de esta solución, pero del dicho al hecho hay un largo trecho.

Teóricamente, Estados Unidos es el único país capaz de ejercer una influencia y una presión significativas sobre Israel, pero hasta ahora no ha sido eficaz. Las 14 visitas de Antony Blinken a Israel desde el 7 de octubre se toparon con la inflexibilidad de Netanyahu, para desesperación de los aliados europeos y árabes de Estados Unidos. La resistencia de Netanyahu a la presión estadounidense ha dañado gravemente la reputación de este país, hasta tal punto que organizaciones creíbles, e incluso voces judías, acusaron a la Administración de ser cómplice de crímenes de guerra.

¿Puede la UE actuar mejor? ¿Tiene suficientes palancas y poder para reivindicar un papel geopolítico en Oriente Medio? A la luz de las políticas pasadas de la UE en Palestina, Oriente Medio o el Mediterráneo, no hay lugar para el optimismo. Lo he repetido muchas veces: sobre la cuestión israelo-palestina, la UE está dividida y su política es incoherente. En el Consejo de Asuntos Exteriores de la UE del 19 de febrero de 2024, 26 de los 27 Estados miembro apoyaron una declaración exigiendo "una pausa humanitaria inmediata que conduzca a un alto el fuego duradero, a la liberación incondicional de los rehenes y a la entrega de ayuda humanitaria". La unanimidad fue saboteada por Viktor Orbán, de Hungría, quien actúa como un "aguafiestas" sistemático.

Tras 58 años de ocupación y colonización israelíes, puede que ya sea demasiado tarde para lograr una solución de dos Estados. El problema con esa solución es que su viabilidad ha disminuido considerablemente. En una encuesta publicada en enero de 2023, solo el 34% de los judíos israelíes y el 33% de los palestinos

apoyaban la solución de dos Estados. Desde octubre de 2023, ese apoyo se ha desplomado. En julio de 2024, la Knéset adoptó una resolución que se oponía frontalmente a un Estado palestino. Peor aún, el actual Gobierno israelí incluye ministros de extrema derecha que abogan abiertamente por el traslado de los palestinos a Jordania y la anexión de Cisjordania, a la que llaman Judea y Samaria.

Actualmente, el número de colonos en la Cisjordania ocupada y Jerusalén Este supera los 750.000. Las colonias en expansión, las carreteras de circunvalación y el muro ilegal de Israel (llamado barrera de seguridad) han fragmentado el territorio en enclaves no contiguos, de tal forma que, incluso si la comunidad internacional impusiera una solución de dos Estados, un Estado palestino soberano, viable y contiguo se ha vuelto casi una imposibilidad geográfica. La desconexión entre Gaza y Cisjordania constituye otro obstáculo. 32 años de diplomacia (de 1993 a 2025) no han logrado revertir estas tendencias negativas.

En un artículo detallado, publicado en Foreign Affairs entre mayo y junio de 2023, cuatro eminentes investigadores estadounidenses expresaron sus dudas sobre la viabilidad de la solución de dos Estados[120]. Según ellos, “el estatus temporal de la ocupación de los territorios palestinos se ha convertido en una condición permanente en la que un Estado gobernado por un grupo domina a otro grupo de personas”. Israel “controla la entrada y salida de personas, bienes… y tiene la capacidad de imponer sus decisiones, sus leyes y sus políticas a millones de personas sin su consentimiento”. Los autores son muy críticos con el proceso de Oslo: ha consolidado la ocupación israelí, ha transformado a la Autoridad Palestina en “subcontratista de seguridad al servicio de Israel”, ha conducido a la “fragmentación geográfica de la sociedad palestina”, ha acelerado la “deriva derechista de la política israelí” y, por último, ha permitido a los países occidentales cerrar los ojos ante la ocupación y expansión territorial de Israel, mientras siguen fingiendo que este es una democracia que comparte los valores occidentales cuando la realidad sobre el terreno muestra todo lo contrario.

Los autores sostienen que la actual coalición de extrema derecha en Israel ha destruido incluso la ilusión de la solución de dos Estados.

Por consiguiente, concluyen, Estados Unidos debería "desterrar los términos 'solución de dos Estados' y 'proceso de paz', y no debería mantener 'vínculos inquebrantables' con un Estado que se asemeja a un 'Estado de apartheid'", y que discrimina o maltrata a millones de palestinos, ya sea en el propio Israel o en los territorios palestinos ocupados.

Mientras Occidente se jacta de ser un bastión del derecho internacional, ha llegado el momento, según numerosos analistas, de actuar con coherencia: de denunciar las violaciones sistemáticas por parte de Israel del derecho internacional y de los derechos humanos y de abogar por la creación de un único Estado que garantice ciudadanía y derechos tanto a israelíes como a palestinos.

Sin embargo, la solución de un solo Estado, basada en la igualdad, es atractiva en principio pero imposible de materializar en la práctica, ya que Israel se opone firmemente a ella al considerarla el fin del sueño sionista de un Estado exclusivamente judío. En suma, la solución de un único Estado israelo-palestino solo sería posible mediante una descolonización de Israel, como lo recuerda el autor israelí Jeff Halper en su obra Decolonizing Israel, Liberating Palestine[121].

Esta idea de un solo Estado ha sido defendida por intelectuales palestinos y judíos desde los años setenta. El 8 de junio de 1967, los socialistas israelíes de Matzpen y el Frente Democrático para la Liberación de Palestina publicaron una declaración conjunta en The Times de Londres, llamando a una federación supranacional en Israel y Palestina. Mi propio hermano, Naim Khader —primer representante de la OLP en Bruselas—, y Uri Davis fueron, en los años setenta, fervientes defensores del socialismo en Israel y Palestina. El 10 de enero de 1999, tras la firma del Acuerdo Interino de Oslo, Edward Said publicó en The New York Times un artículo afirmando que "la paz real solo podrá alcanzarse mediante un Estado binacional israelo-palestino". En 2012, dos intelectuales judíos publicaron un pequeño libro titulado A Common State between the Jordan and the Sea[122]. Intelectualmente, como he dicho, la idea de un Estado posnacionalista es atractiva, pero en el estado actual de las cosas, con el auge del etnonacionalismo en Israel, sigue siendo una mera ficción.

Un Estado de apartheid, con derechos desiguales basados en la religión o la raza, es firmemente rechazado por los palestinos, por los judíos liberales, por el sur global y por amplios sectores de las sociedades occidentales. El Estado de apartheid es la política actual de Israel. Ha sido denunciado por grandes organizaciones de derechos humanos. Incluso los partidarios occidentales de Israel lo ven como un peligro mortal para la seguridad de Israel, para la paz regional y para la dignidad del pueblo palestino.

La solución de no-Estado, es decir, la expulsión de más de 5,5 millones de palestinos de Gaza y Cisjordania, es la opción preferida por la actual coalición israelí de extrema derecha. Ministros israelíes como Itamar Ben-Gvir y Bezalel Smotrich han reiterado recientemente sus llamamientos a un éxodo masivo de palestinos de Cisjordania y Gaza, que consideran la solución adecuada. Para los palestinos, esto equivale a una limpieza étnica, y para los países árabes, musulmanes, del sur global y muchos países europeos, es inaceptable. Solo los partidos de extrema derecha europeos, dirigentes populistas como Milei en Argentina u Orbán en Hungría, y los evangélicos cristianos de Estados Unidos estarían dispuestos a apoyar la idea del traslado forzoso.

En el momento de escribir estas líneas, parece haber un consenso internacional en torno a la solución de dos Estados como la única vía para una convivencia pacífica entre israelíes y palestinos, así como la única opción posible para la realización del derecho a la autodeterminación del pueblo palestino. Dada la fragmentación del territorio palestino y el entramado de colonias y checkpoints, esta solución no podrá materializarse sin ser impuesta, lo que requiere necesariamente un consenso entre los cinco miembros permanentes del Consejo de Seguridad y una verdadera voluntad de ejercer suficiente presión sobre Israel —la potencia ocupante— para aplicar el derecho internacional y retirarse de los territorios que ocupa desde 1967.

En el contexto actual —con Trump en Estados Unidos, una Europa desgarrada por múltiples desafíos (económicos, de seguridad, de falta de unidad, etc.), países árabes zarandeados por múltiples lealtades y navegando sin rumbo ni capitán y, sobre todo, un Israel ebrio de poder pero moralmente en bancarrota— la solución de dos

Estados es una misión imposible. Aun si el proyecto fuera unánimemente admitido y apoyado por la comunidad internacional, su implementación sería una tarea titánica, ya que toparía con un obstáculo de peso: Israel no quiere ni oír hablar de ello y hace todo lo posible por sabotearla.

Antes de abandonar la Comisión, Josep Borrell, jefe de la diplomacia de la UE, anunció una hoja de ruta de diez puntos para abrir el camino hacia una solución duradera. El documento presenta una serie de ideas sobre un nuevo proceso que debe iniciarse:

El proceso debería conducir a un Estado palestino independiente "que conviva junto a Israel y a la normalización completa de las relaciones entre Israel y el mundo árabe".

Los actores internacionales deberían ayudar a ambas partes a sentar las bases de la paz y a construir una "alternativa política revitalizada" a Hamás.

Los actores internacionales deberían organizar lo antes posible una "conferencia preparatoria de paz" destinada a resolver el conflicto israelo-palestino.

La conferencia debería reunir a los ministros de Asuntos Exteriores y a los directores de las organizaciones internacionales para debatir el proceso de paz, celebrando al mismo tiempo reuniones por separado con las partes en conflicto.

La conferencia debería establecer grupos de trabajo y concebir el "marco inicial de un plan de paz".

El plan debería "abordar, en la medida de lo posible y de forma práctica, los elementos centrales de un plan de paz global en el plazo de un año".

El plan debería proporcionar "garantías de seguridad sólidas" para Israel y el futuro Estado palestino, "a condición de un reconocimiento diplomático mutuo y de la integración de Israel y Palestina en la región".

La conferencia debería consultar a las partes en conflicto en cada etapa y en todo momento durante la elaboración del plan de paz. Es esencial que, si una de las partes decide retirarse, los trabajos continúen de todos modos.

Una vez finalizado, el plan debería presentarse a israelíes y palestinos. “Serán ellos quienes negocien el texto final”.

Paralelamente al proceso, los participantes en la conferencia deberían esforzarse por aliviar la crisis humanitaria actual, garantizar la liberación de los rehenes israelíes, evitar una escalada regional, reforzar la legitimidad democrática de la Autoridad Palestina y apoyar la reconstrucción de Gaza, entre otros objetivos.

El documento de Borrell pretende ser un borrador. Afirma explícitamente que el objetivo es “un Estado palestino independiente que conviva junto a Israel” y “la normalización completa entre los Estados árabes e Israel”. Estos objetivos han estado en el centro de la Iniciativa de Paz Árabe de 2002, que ofrecía la normalización con Israel a cambio de su retirada total de los territorios ocupados. La iniciativa fue reiterada en 2007 y 2017, y sistemáticamente rechazada por Israel.

Nos encontramos, pues, en un callejón sin salida. ¿Qué herramientas diplomáticas (persuasión, incentivos, presiones, sanciones, etc.) pueden utilizarse para implicar a Israel en las discusiones sobre el día después y sobre la solución de dos Estados? Esta es una cuestión fundamental: no se resolverá mediante conferencias, debates televisivos o negociaciones interminables, sino mediante acciones concretas, más inmediatas, que conviertan la solución de dos Estados en una posibilidad real y no en una simple ficción.

Entre las acciones inmediatas, propongo las siguientes:

1. El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas debería adoptar inmediatamente una resolución vinculante que exija un alto el

fuego duradero y el fin del conflicto. Esto implica el fin del prolongado bloqueo sistemático por parte de Estados Unidos en el Consejo de Seguridad, país que ha utilizado su derecho de veto más de 40 veces para proteger a Israel desde 1980.

2. Numerosos países suspendieron sus contribuciones financieras a la Agencia de Naciones Unidas para los Refugiados de Palestina en Oriente Próximo basándose en las acusaciones israelíes según las cuales 13 empleados de la UNRWA habrían sido miembros de Hamás o habrían participado en el ataque del 7 de octubre. CNN informó de que dichas acusaciones no están fundamentadas hasta la fecha. Además, como observó acertadamente la organización Jewish Voices for Peace: "Las acusaciones contra 13 empleados de la UNRWA, es decir, el 0,0004% de su plantilla total, difícilmente comprometen al conjunto de la organización"[123].

La UNRWA fue creada tras la resolución 302 de la ONU, el 8 de diciembre de 1949, para prestar ayuda a los refugiados palestinos desplazados antes y después de la creación de Israel en mayo de 1948. Comenzó a funcionar en 1949 y desde entonces ha prestado asistencia (alimentación, vivienda, educación y atención sanitaria) a cuatro generaciones de refugiados palestinos dispersos en 49 campamentos. En 2020, más de la mitad del presupuesto de la UNRWA, es decir, 806 millones de dólares, se destinó a la educación, el 15% a la sanidad y el 6% a los servicios de socorro y asistencia social. Emplea a 30.000 personas en los territorios palestinos ocupados, Jordania, Siria y Líbano.

Los sucesivos gobiernos israelíes han intentado socavar a la UNRWA durante décadas, acusando a la agencia de la ONU de perpetuar el problema de los refugiados y de mantener vivo el derecho al retorno consagrado en la resolución 194 de la ONU. El 4 de enero de 2024, Noga Arbell, ex alto cargo del Ministerio de Asuntos Exteriores, afirmaba que "es imposible ganar la guerra si no destruimos la UNRWA, y esa destrucción debe comenzar ahora mismo"[124]. El 4 de febrero de 2024, el ministro de Asuntos Exteriores israelí añadía: "La UNRWA… perpetúa el falso relato según el cual los refugiados palestinos deben regresar a Israel… Trabajamos activamente para desvincular a la UNRWA de Gaza".

No es sorprendente, por tanto, que Israel haya exigido la dimisión del comisionado general de la UNRWA, Philippe Lazzarini.

Las acusaciones israelíes contra 12 empleados no son más que un pretexto para desmantelar la agencia de la ONU, que proporciona ayuda y educación a millones de palestinos en los campamentos de refugiados y de la que dependen para su supervivencia diaria dos millones de civiles en Gaza.

A la luz de las verdaderas intenciones de Israel, todos los países occidentales deberían restablecer de inmediato la financiación de la UNRWA, pues "cortar la financiación de la Agencia sería a la vez desproporcionado y peligroso"[125], escribió Josep Borrell el 4 de febrero de 2024, añadiendo que la Agencia es "un proveedor insustituible de ayuda vital para los palestinos". Por desgracia, aunque algunos países (Australia, Canadá, Suecia, Japón y la Comisión Europea) han reanudado su financiación, las administraciones de Biden y posteriormente de Trump han continuado su boicot financiero. La ayuda a la Autoridad Palestina se mantiene, pero un proyecto de ley contiene una disposición que suprimiría toda ayuda a la Autoridad Palestina si "los palestinos inician una investigación autorizada por la Corte Penal Internacional, o apoyan activamente tal investigación, que sometería a ciudadanos israelíes a una pesquisa por crímenes presuntamente cometidos contra los palestinos"[126].

3. Las Naciones Unidas aceptaron a Palestina como Estado observador no miembro en 2012: ya es hora de que las Naciones Unidas reconozcan a Palestina como miembro de pleno derecho. De hecho, el 10 de mayo de 2024, la Asamblea General de la ONU adoptó abrumadoramente —con solo nueve votos en contra (Argentina, República Checa, Hungría, Israel, Micronesia, Nauru, Palaos, Papúa Nueva Guinea y Estados Unidos)— una resolución que "determina que el Estado de Palestina cumple los requisitos para la adhesión a la ONU y, por tanto, debería ser admitida como miembro de pleno derecho" y "recomienda, en consecuencia, que el Consejo de Seguridad reconsidere favorablemente la cuestión". Una vez más, Estados Unidos se negó, en el Consejo de Seguridad, a apoyar la recomendación de la Asamblea General.

Sin embargo, es indiscutible que una resolución del Consejo de Seguridad de la ONU que aprobase el estatuto de miembro de pleno derecho para el Estado de Palestina crearía "un hecho que ningún país podría ignorar"[127]. Pero, como han señalado acertadamente Jeffrey Sachs y Sybil Fares: "La admisión de Palestina en la ONU debería ser el punto de partida, no el punto de llegada"[128]. Es el único medio de imponer la solución de dos Estados sobre la base de la frontera del 4 de junio de 1967. Debemos abandonar la ilusión persistente de que otro proceso de paz entre dos partes tan asimétricas será la vía hacia una paz duradera. Una vez que Palestina se convierta en Estado miembro de pleno derecho de la ONU y la solución de dos Estados quede consagrada en una resolución de la ONU, las negociaciones deberán centrarse en las modalidades (colonias, intercambios de tierras, desarme, fuerzas de mantenimiento de la paz, retorno o compensación de los refugiados, Jerusalén, etc.) y no en las fronteras, ya que la ocupación de todo el territorio de un Estado miembro de la ONU por otro Estado miembro, como es el caso de Palestina —según ha confirmado recientemente la Corte Internacional de Justicia—, "es ilegal y debe cesar sin demora".

La Asamblea General ha reiterado su llamamiento a favor de la paz en Oriente Medio, del fin de la violencia en Gaza y de la solución de dos Estados en numerosas resoluciones. La última fue adoptada el 3 de diciembre de 2024. Titulada Arreglo pacífico de la cuestión de Palestina, fue aprobada por una aplastante mayoría de 157 votos a favor, 8 en contra (Argentina, Hungría, Israel, Micronesia, Nauru, Palaos, Papúa Nueva Guinea y Estados Unidos) y 7 abstenciones. La resolución pedía el fin de la ocupación israelí, reafirmaba su apoyo inquebrantable a la solución de dos Estados y sentaba las bases para una conferencia internacional de alto nivel con vistas a una solución pacífica del conflicto palestino.

4. Estados Unidos y los Estados miembro de la UE deberían reconocer sin demora al Estado de Palestina y unirse a los 149 países (el 72% de los Estados miembro de la ONU) que ya lo han hecho. Esta es "la única manera de hacer avanzar la solución de dos Estados"[129], escriben Daniel Harden y Larry Garber en un artículo

publicado en The New York Times. Hasta ahora, los países occidentales creían que el reconocimiento solo podía producirse cuando Israel y Palestina acordaran la creación de un Estado palestino. Pero "si se hace así", reconoció David Cameron, exministro británico de Asuntos Exteriores, "se otorga efectivamente a Israel un derecho de veto sobre el Estado palestino: es lo contrario del impulso irresistible hacia una solución de dos Estados que todos queremos ver"[130].

El reconocimiento del Estado de Palestina sobre las fronteras de 1967 por parte de Estados Unidos y los Estados miembro de la UE demostraría al pueblo palestino que, por fin, dichos países están respaldando con hechos sus palabras. Además, este reconocimiento conferiría una legitimidad nacional al pueblo palestino y restauraría la credibilidad democrática de la Autoridad Palestina. Representaría un incentivo significativo para restaurar la credibilidad de Occidente en el sur global y reducir la brecha entre el norte global y el resto del mundo. La presencia de embajadores estadounidenses y europeos en Palestina garantizaría que los palestinos en Cisjordania y Gaza dispusieran de un canal directo hacia la Casa Blanca y las capitales europeas.

El reconocimiento tendría otras ventajas: reforzaría el capital político de la Autoridad Palestina. También enviaría un mensaje claro al actual Gobierno israelí: que Estados Unidos y la UE rechazan la expansión territorial de Israel. Asimismo, fortalecería a los Estados árabes que han condicionado su aceptación histórica de Israel a un apoyo internacional a un Estado palestino con Jerusalén Este como capital.

Existen oponentes a esta iniciativa dentro de la UE —principalmente entre los partidos de derechas y extrema derecha, así como en los regímenes populistas— y en Estados Unidos, sobre todo entre los lobbies proisraelíes y los evangelistas cristianos, así como en el propio Congreso. Las autoridades de la UE deberían dejar claro que este reconocimiento no solo abre la vía a una solución duradera de la cuestión palestina, sino que también contribuye a la paz y estabilidad en toda la región mediterránea, y refuerza la credibilidad de la UE y su papel geopolítico en su vecindad sur. Desde 1999, la UE y sus Estados miembro han

afirmado en repetidas ocasiones que reconocerían al Estado palestino en el momento oportuno. España, Irlanda, Eslovenia, así como Noruega y Armenia (que no son Estados miembro) lo hicieron en mayo y junio de 2024. Otros países como Portugal, Malta, Luxemburgo, Francia y Bélgica, así como Reino Unido, lo hicieron en septiembre de 2025. Ya es hora de que los demás Estados miembro de la UE pasen de las palabras a los hechos.

En Estados Unidos, el presidente tiene el poder constitucional de reconocer a otros Estados: Estados Unidos "reconoció a Sudán del Sur en julio de 2011 como un Estado independiente, aunque su disputa territorial con el norte de Sudán seguía sin resolverse"[131]. Si decidiera hacerlo, también sería en interés de Estados Unidos. El presidente Biden no ha tenido el valor de hacerlo: su partido demócrata fue sancionado en las elecciones presidenciales de noviembre, ya que muchos estadounidenses de origen árabe o musulmán quedaron desencantados con su Administración y le retiraron su apoyo. Dada su política exterior transaccional, el presidente Trump solo lo haría si viera en ello un beneficio para el país.

5. Estados Unidos y la Unión Europea deberían sancionar al conjunto del entramado de colonias ilegales israelíes en los territorios palestinos ocupados. El primero ha sancionado a algunos colonos violentos (un proceso derogado por el presidente Trump). Los europeos no han logrado hacerlo de forma unánime. En el caso de la agresión rusa contra Ucrania, la UE ha adoptado 17 paquetes de sanciones contra Rusia. En el caso de Palestina, la UE vacila y está dividida, lo que pone en entredicho su credibilidad y coherencia. Durante el Consejo de Asuntos Exteriores del 19 de febrero de 2024, los Estados miembro de la UE no solo no impusieron sanciones a los colonos violentos en Cisjordania, sino que ni siquiera debatieron seriamente la solicitud de España e Irlanda de evaluar si Israel respeta sus compromisos en materia de derechos humanos en virtud del Acuerdo de Asociación.

La UE es el principal socio comercial de Israel, lo que le confiere cierto poder de presión. Pero no solo no amenaza con ejercer ese poder, sino que mantiene relaciones normales (como en el Consejo

del Acuerdo de Asociación del 24 de febrero de 2025) como si no hubiese guerra en Gaza.

La UE ha impuesto sanciones y restricciones de viaje a Rusia. ¿Por qué muestra tanta reticencia a imponer sanciones y restricciones de viaje a los colonos israelíes en Cisjordania y en los Altos del Golán, así como a sus patrocinadores y facilitadores, como los ministros Smotrich y Ben-Gvir, que llaman abiertamente a la limpieza étnica de los palestinos?

Desde hace décadas, organizaciones internacionales e israelíes de derechos humanos documentan incendios provocados, robos, agresiones físicas y destrucción de bienes cometidos por colonos en la Cisjordania ocupada. Esta violencia de los colonos, comenta Zak Witus, "forma parte de una política sistemática y prolongada del Gobierno israelí destinada a vaciar de palestinos esa tierra para expandir los asentamientos"[132]. Witus, que es coordinador de educación del New Israel Fund, añade que en 2023 —antes incluso del 7 de octubre— "los colonos atacaron a palestinos y sus propiedades en más de 1.200 incidentes distintos". Los Estados miembro de la UE están al tanto de esta violencia. Deberían enviar un mensaje contundente a los colonos de toda Cisjordania, a los fanáticos de extrema derecha y al Gobierno israelí, que los protege y alienta, de que la UE y la comunidad internacional ya no tolerarán incursiones militares en los campos, aldeas y ciudades palestinas, el robo de tierras, la demolición de viviendas, la quema de cosechas ni la continuación de la colonización.

6. Estados Unidos y los Estados miembro de la UE deberían cesar las exportaciones de armas a Israel. En una de sus declaraciones, en febrero de 2024, Josep Borrell fue muy explícito: "Si piensan que se están matando demasiadas personas, tal vez deberían proporcionar menos armas para evitar que se maten tantas personas". Y, en efecto, el Parlamento canadiense adoptó, en marzo de 2024, una moción para suspender nuevas exportaciones de armas a Israel, uniéndose a España, Bélgica, Países Bajos, Italia y Japón. Pero los principales exportadores de armas a Israel son Estados Unidos (69% de las importaciones israelíes de armamento, según el Instituto de Investigación para la Paz de Estocolmo) y Alemania (30%), y ambos

están totalmente opuestos a un embargo de armas permiten así los despiadados bombardeos de Israel sobre Gaza.

7. La UE y Estados Unidos deberían apoyar la acción presentada por Sudáfrica contra Israel en diciembre de 2023. El orden de la Corte Internacional de Justicia, emitida el 26 de enero de 2024, constituye un llamado a la responsabilidad. Israel ha eludido toda rendición de cuentas durante décadas, protegido por el veto sistemático de Estados Unidos. La orden de medidas provisionales emitida por la CIJ obliga a Israel a tomar medidas para prevenir actos de genocidio en Gaza, facilitar la entrada de ayuda humanitaria y rendir cuentas de todas las acciones tomadas en el plazo de un mes.

Esta histórica orden es crucial: no solo tiene importantes implicaciones para la credibilidad del orden internacional basado en normas, sino que también ejerce una presión creciente sobre Israel, al que se le ordena tomar todas las medidas a su alcance para cesar la matanza de palestinos en violación de la Convención sobre el Genocidio. Indirectamente, el fallo también ejerce presión sobre los aliados de Israel, Estados Unidos y Europa. Curiosamente, mientras Estados Unidos calificó la orden contra Israel de infundada, fue la jueza estadounidense, Joan Donoghue, quien leyó dicha orden.

¿Respetará Israel la orden de la CIJ? No es seguro, ya que Netanyahu había declarado anteriormente que “nadie nos detendrá, ni siquiera la Corte de La Haya”, hasta lograr la victoria total. Y, para él, la victoria total no consiste únicamente en eliminar a Hamás, sino en destruir Gaza y despoblarla.

Hasta el 15 de enero de 2025 no hubo pausa alguna en la carnicería israelí en Gaza. 2,2 millones de gazatíes están privados de alimento y agua. Los niños mueren de hambre. La UE y Estados Unidos protestan ante las autoridades israelíes, pero en vano. Incapaces o poco dispuestos a utilizar su influencia para obligar a Israel a abrir todos los pasos fronterizos terrestres, algunos países recurrieron a lanzamientos aéreos de ayuda humanitaria de emergencia. Estados Unidos realizó uno de estos lanzamientos el 2 de marzo de 2024 y

construyó un muelle en la costa de Gaza para un suministro de ayuda a gran escala. No se trata de un gesto de compasión —pues los explosivos y misiles estadounidenses son utilizados por su aliado israelí para matar y devastar— sino de un signo del colapso moral de Estados Unidos, y de su negativa o incapacidad para obligar a Israel a abrir corredores terrestres y detener la hambruna que asola a la población gazatí.

Por eso, Aaron Bushnell, un aviador estadounidense de 25 años en servicio activo, se inmoló frente a la embajada de Israel en Washington el domingo 25 de febrero de 2024. Su última declaración fue: “No quiero ser cómplice de un genocidio”. El sacrificio de Aaron resonó con la frustración y la ira de millones de personas en todo el mundo, testigos de la incapacidad de Occidente para resolver eficazmente la cuestión palestina, detener el genocidio en curso en Gaza y frenar la Nakba silenciosa en Cisjordania.

Las acciones inmediatas y concretas que propongo aquí no resolverán de inmediato la cuestión palestina, pero constituyen pequeños pasos que harían irreversible la solución de dos Estados.

Europa frente a la tragedia palestina

Palestina, un espejo para Europa

La Unión Europea, a menudo presentada como un gigante económico, no ha logrado emerger, en los últimos 50 años, como un actor político decisivo en el conflicto árabe-israelí, salvo en el periodo comprendido entre 1972 y la Declaración de Venecia de 1980. Durante este intervalo, la Comunidad Europea adoptó una postura política sobre la cuestión palestina de forma independiente de Estados Unidos. Podría incluso afirmarse que Palestina se convirtió en un tema central de la incipiente Cooperación Política Europea.

Las distintas declaraciones europeas sobre la cuestión palestina, entre 1972 y 1980, evidencian una toma de conciencia progresiva respecto a la centralidad del problema. Sin embargo, el respaldo de la Comunidad Europea a los derechos del pueblo palestino no fue ni inmediato ni garantizado. De hecho, evolucionó lentamente, aunque en la dirección correcta, culminando con la Declaración de Venecia de 1980. El diálogo euro-árabe, iniciado en 1974, fue determinante en este proceso.

Varios factores internos e internacionales favorables permitieron a la CE dejar de lado sus divisiones internas y demostrar un cierto grado de autonomía externa.

1. En primer lugar, la CE tomó conciencia de que un conflicto prolongado en Oriente Próximo amenazaba sus propios intereses en términos de inestabilidad crónica, aumentos súbitos del precio del petróleo, interrupciones del suministro energético y actos de terrorismo en suelo europeo. En segundo lugar, descubrió la profundidad de sus vínculos económicos, culturales y políticos con el mundo árabe, su vecino histórico y vecino geográfico. Así, los europeos no podían permitirse dar la espalda a la región sin comprometer su propio porvenir. En tercer lugar, la CE no podía

seguir apoyando a Israel en contradicción total con sus valores declarados (respeto a los derechos humanos) y con el derecho internacional (rechazo a la ocupación militar de territorios ajenos), so pena de comprometer su coherencia.

En la escena internacional, los años setenta estuvieron marcados por un periodo de distensión con la Conferencia de Helsinki, la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE), que sirvió como foro multilateral para tratar una amplia gama de cuestiones relativas a la seguridad, incluyendo el control de armamentos, las medidas de confianza y la creación de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE, 1975). Esta organización contribuyó al deshielo de las relaciones provocadas por la Guerra Fría y ofreció a la Comunidad Europea un margen de maniobra.

Además, la elección de Jimmy Carter en Estados Unidos (1977-1981) y su interés creciente por los asuntos de Oriente Medio convencieron a los europeos de que iban por el buen camino y de que su compromiso con el mundo árabe formaba parte de un esfuerzo colectivo.

2. Los años ochenta marcaron un retroceso de la autonomía de la CE. Con la elección de Reagan, Estados Unidos comenzó a reafirmar su liderazgo, y la confrontación entre este y oeste ocupó un lugar central. La CE volvió a quedar bajo su órbita y su autonomía exterior se redujo.

A este factor se sumaron la fragmentación del sistema regional árabe y la proliferación de conflictos (guerra civil en Líbano, marginación de Egipto, guerra entre Irán e Irak, invasión israelí de Líbano, etc.).

También fue un periodo de transformación interna en Europa: segunda ampliación (Grecia en 1981) y tercera ampliación (Portugal y España en 1986), así como la preparación para la creación del mercado único y de la Unión Europea.

La única novedad en relación con Palestina fue el régimen

preferencial otorgado unilateralmente por los europeos a las exportaciones agrícolas palestinas en 1986. Aunque de carácter económico, este acuerdo (UE-OLP) tenía una evidente dimensión política.

Desde el punto de vista de la opinión pública europea, los años finales de los ochenta marcaron un giro importante, con una creciente empatía hacia el pueblo palestino, en especial tras el estallido de la primera intifada.

3. Con la Conferencia de Madrid (1991) y el Acuerdo Interino de Oslo (13 de septiembre de 1993), la UE cedió la gestión diplomática del proceso de paz a Estados Unidos. No fue una decisión voluntaria: la UE se vio prácticamente obligada a desempeñar un papel secundario y a adoptar un perfil bajo.

Así, políticamente marginada, brindaba apoyo económico constante a las negociaciones mediante asistencia a la Autoridad Palestina, a la UNRWA y a las organizaciones no gubernamentales palestinas. También integró a la Autoridad Palestina en su nueva Asociación Euromediterránea (Conferencia de Barcelona, 1995) y nombró a un enviado especial europeo para Oriente Medio (1996) con el fin de reforzar su visibilidad y aumentar su influencia en las negociaciones. A medida que discurría el periodo interino sin avances significativos en las negociaciones, la UE llamó, en la Declaración de Berlín (1999), a la creación de un “Estado palestino democrático, viable y pacífico”, un verdadero punto de inflexión en su política respecto a la cuestión palestina. En conjunto, los años noventa estuvieron marcados por su marginación política en las negociaciones. En cuanto a la financiación de la naciente Autoridad Palestina, no solo creó una cultura de dependencia, sino que además subsidió indirectamente la ocupación al no ejercer ninguna presión sobre Israel.

4. La década que comenzó en 2000 no auguraba buenas noticias para el proceso de paz. Las negociaciones de Camp David fracasaron, como era de esperar (julio de 2000). Los palestinos

comprendieron que Israel recurría a la procrastinación para multiplicar los hechos consumados sobre el terreno y hacer del proyectado Estado palestino un sueño prácticamente inalcanzable. Así, estalló la Segunda Intifada —la de Al-Aqsa— y Egipto lanzó una iniciativa de última oportunidad cuando organizó las conversaciones de Taba (enero de 2001). Nunca un acuerdo había parecido tan cercano, en casi todos los temas, como reveló el Documento Moratinos[133].

El retorno del Likud al poder en Israel marcó el colapso de la diplomacia. La mano de hierro de Sharon acabó con toda posibilidad de alcanzar un acuerdo y la elección del presidente George Bush en Estados Unidos asestó un golpe fatal a la diplomacia: calificó al presidente Arafat de padrino del terrorismo, usando el lenguaje israelí, y se negó a dialogar con la Autoridad Palestina.

La UE se mostró preocupada y alarmada por el deterioro de la situación en los territorios ocupados: decidió aumentar su ayuda humanitaria y su apoyo presupuestario, contribuir a la creación del cuarteto y su hoja de ruta e implicarse más en la reforma de las instituciones palestinas. Sin embargo, cuando Hamás ganó las elecciones legislativas (2006), la UE se alineó con Israel y Estados Unidos y decidió boicotear a un Gobierno democráticamente elegido.

Al adoptar la postura estadounidense sobre Hamás, la UE se condenó a la ineficacia y al aislamiento, desperdiciando buena parte del crédito acumulado en etapas anteriores. No solo fue acusada a menudo de tener un doble rasero, sino también de haber contribuido a los conflictos intrapalestinos, a la radicalización de Hamás, a su toma del poder en Gaza y a los ataques israelíes que le siguieron.

5. Entre 2010 y 2025, la UE parecía frustrada. Aunque numerosos observadores europeos ya habían firmado el acta de defunción del proceso de paz, el discurso oficial siguió siendo repetitivo: relanzar el proceso de paz, un deseo piadoso sin condicionalidades ni incentivos significativos. En este contexto de profunda frustración,

el ataque del 7 de octubre sorprendió a todos. La UE se vio atrapada en sus propias contradicciones: condenó el ataque y expresó solidaridad con Israel, pero no hizo nada para detener la destrucción de Gaza y la masacre de mujeres y niños ni para sancionar los ataques de los colonos judíos en Cisjordania.

Aquí se manifiestan dos grandes fallos de la diplomacia de la UE en la región. El primero tiene que ver con su política hacia Israel. A pesar de cientos de declaraciones sobre el conflicto árabe-israelí y diversas condenas a las prácticas israelíes en los territorios ocupados, la UE se ha mostrado totalmente incapaz o reticente a recurrir a mecanismos de condicionalidad o incentivos que tiene a su disposición. No solo carece de apetencia por cualquier cosa que se asemeje a sanción o castigo, sino que tampoco utiliza su amplio abanico de incentivos económicos (mercado), ya que Israel ya goza de acceso al mercado europeo, libre circulación sin visado (movilidad), y una posición privilegiada en los programas europeos de investigación e innovación (financiación). Money, mobility and markets (dinero, movilidad y mercados), o las tres emes, como se dice en inglés.

El segundo fallo es la desconexión entre la postura oficial y el sentimiento popular. Existe una percepción generalizada de que la diplomacia de la UE está desconectada del sentir ciudadano, cada vez más crítico hacia las políticas israelíes y frustrado por la complacencia percibida de la UE con respecto a ese país.

Pese a todas sus limitaciones, restricciones y carencias, las políticas declarativas de la UE no han sido totalmente ineficaces ni inútiles. Puede hablarse de un acervo político europeo en lo relativo al conflicto israelo-palestino, basado en principios conceptuales (paz justa, autodeterminación palestina, solución de dos Estados, etc.) y en la reafirmación del derecho internacional (ilegalidad de la colonización y anexión, inadmisibilidad de la adquisición de territorios por la fuerza, etc.).

Es innegable que puede criticarse el papel de la UE como actor político “sin dientes” en términos de falta de liderazgo, visibilidad, eficacia, consenso interno y reconocimiento internacional. Pero también debe admitirse que, desde 1972, la cuestión palestina se ha convertido en un eje central de la política exterior común europea.

A fin de cuentas, la UE ha sido más progresista que Estados Unidos. El cuadro siguiente resume el acervo documental de las declaraciones de la UE sobre la cuestión palestina y aporta pruebas claras de esta afirmación.

La evolución de la posición de la UE

sobre la cuestión palestina (1972-2025)

Año	Declaraciones de la CE/UE
Hasta 1970	Para la CE, la cuestión palestina era un p
1971	La CE llamó a la retirada de Israel de los
1973	La CE reconoció las reivindicaciones legít
1977	La CE llamó a una patria para el pueblo p
1980	La CE añadió la mención de la OLP, que d
1986	La CE adoptó la norma sobre las exportac
1989	La UE declaró que la OLP debía participa
1994	La UE comenzó a proporcionar ayuda a la
1995	La UE integró a la Autoridad Palestina en
1999	La UE reafirmó el derecho continuo e inc
2009	La UE reconoció a Jerusalén Este como fu
2012	La UE reafirmó que no reconocerá ningú
2013	La UE introdujo el etiquetado de los prod
2022	El Parlamento Europeo reafirmó su apoyo
2024	La UE lamentó la resolución de la Knéset
2025	El alto representante de la UE, Josep Bor La UE recordó, durante la reunión del Co

Desde el ataque del 7 de octubre, la UE ha reiterado su solidaridad con Israel y ha condenado a Hamás y otros grupos, pero también ha criticado el uso desproporcionado de la violencia contra los palestinos inocentes. No obstante, los Estados miembro europeos han mostrado sus divisiones en torno al reconocimiento del Estado palestino, la financiación de la UNRWA, las decisiones de la Corte Penal Internacional, las sanciones contra los colonos y los ministros procolonización y las órdenes de arresto contra Netanyahu y Gallant.

Aunque comparto la observación frecuentemente formulada por los investigadores sobre la brecha entre expectativas y acciones, o entre la retórica y la realidad, sigo creyendo que la retórica tiene a veces un poder real y no carece por completo de sentido. Israel lo entiende bien: basta con leer sus reacciones enérgicas a las declaraciones europeas sobre el conflicto árabe-israelí.

El hecho de que la UE no haya conseguido traducir su retórica en acciones concretas no se debe a la futilidad de su discurso, sino a sus limitaciones institucionales, a las diferencias entre la Comisión, el Consejo y el Parlamento Europeo y a las prioridades y memorias dispares de sus Estados miembro, así como a la reticencia de la UE a utilizar sus propios instrumentos de presión. Todos estos factores han contribuido a mermar la capacidad de la UE para influir en los acontecimientos y reforzar su papel geopolítico.

En sus relaciones con Israel, la UE ha estado lastrada por su resistencia a ejercer presión y aplicar sanciones, bajo el pretexto de que un compromiso constructivo es la mejor opción respecto a Israel al ser este uno de los nuestros, un miembro de la “familia occidental”. Tal reticencia ha contribuido a una cultura de impunidad que ha vuelto a Israel totalmente sordo a los llamamientos de la comunidad internacional. Esta complacencia europea ha empañado la imagen de la UE como potencia normativa y ciertamente no ha sido de ayuda para el propio proceso de paz.

La relación de la UE con la Autoridad Palestina también es problemática. Al financiar a la Autoridad Palestina, la UE la ha mantenido a flote. Pero, al mismo tiempo, ha contribuido a crear en

Palestina una cultura de dependencia poco propicia a la transparencia y a la probidad.

Ya es hora de que la UE cambie de rumbo, de estilo, de actitud, de método y de instrumentos. Encarrilar el proceso de paz no significa en absoluto reiniciar las negociaciones, sino comprometerse con la búsqueda de la paz y no simplemente con el mantenimiento del statu quo. La UE debería comprender la centralidad geopolítica, psicológica y simbólica de la cuestión palestina para el mundo árabe, los países musulmanes y, en general, para el sur global. Dado el desbordamiento de la cuestión palestina hacia la región y más allá, su instrumentalización por parte de regímenes autoritarios y movimientos religiosos radicales y su efecto corrosivo en las relaciones entre Europa y el mundo árabe, y más ampliamente, entre Occidente y el mundo musulmán, una paz justa y duradera en Palestina no es solo un interés palestino, israelí o árabe, sino, ante todo, un interés mundial. Por eso, la cuestión de una paz justa no debe dejarse en manos de los belicistas.

La iniciativa europea de 2013 para ejercer presión sobre Israel (etiquetado de productos de los asentamientos) iba en la buena dirección, pero la UE debe ser más firme con Israel, adoptando un enfoque basado en los derechos humanos para obligarle a actuar conforme al derecho internacional. Necesitamos con urgencia una tercera intifada, pero una intifada totalmente distinta de las dos anteriores; una que, en palabras del periodista Thomas Friedman, "esté dirigida por la Unión Europea […] y otros opositores a la ocupación israelí de Cisjordania en todo el mundo"[134], que golpee los bolsillos de cada israelí. La UE dispone de un instrumento de presión: la economía israelí depende en gran medida de sus exportaciones a Europa y de las inversiones europeas en sus industrias de alta tecnología. Según el exministro israelí de Finanzas, Yair Lapid, "incluso un boicot limitado que redujera las exportaciones israelíes a Europa en un 20% le costaría a Israel más de 5.000 millones de dólares al año y miles de empleos".

Ya hay fondos y grandes empresas que han retirado sus inversiones de los principales bancos y compañías israelíes. Los sindicatos y muchas universidades participan en la campaña de boicot no para deslegitimar al Estado de Israel como tal, sino para hacerlo

moralmente vulnerable. La UE debe dejar claro a los israelíes que la impunidad se ha acabado, que no están por encima del derecho internacional y que seguir construyendo asentamientos y humillando constantemente a los palestinos empaña su imagen, frustra a sus amigos y crea una situación explosiva.

Ahora más que nunca, la cuestión palestina sigue siendo una prueba decisiva de la credibilidad y coherencia de la UE, define a Europa e interpela sus valores y principios. Si la UE no responde, no solo se desacreditará, sino que la solución de dos Estados, que la UE defiende con firmeza, podría convertirse simplemente en una ficción.

El efecto dominó de una tragedia permanente

Desde 1948 hasta 2025, la cuestión de Palestina ha sido un eje central de la política regional y mundial. El conflicto generado por la creación del Estado de Israel sobre tierras palestinas en 1948 y su posterior expansión territorial ha estado en el origen de casi todos los conflictos interestatales e intraestatales en la región y ha sido un factor decisivo de inestabilidad regional. Su efecto dominó se ha sentido durante los últimos 77 años. Varias monarquías fueron derrocadas o desmanteladas (en Egipto, Irak y Libia). Israel participó, junto a Francia y Reino Unido, en lo que se denominó la agresión tripartita contra Egipto en 1956. El sufrimiento de los refugiados palestinos dio origen al Movimiento de Resistencia Palestina desde los años cincuenta y, posteriormente, a la creación de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en 1964.

Desde 1967 hasta hoy, las guerras interestatales y los trastornos regionales han moldeado la dinámica de Oriente Próximo. La guerra de Octubre (1973) fue consecuencia directa del conflicto de 1967. El acuerdo de paz de Camp David entre Israel y Egipto (1979) fue posible gracias a dicha guerra, pero esta paz solitaria provocó la suspensión de Egipto, actor central de la Liga Árabe, y la fragmentación del sistema regional árabe. El asesinato de Sadat (1981) se ha explicado a menudo como una respuesta a lo que muchos consideraron una traición egipcia a la causa palestina.

La guerra civil libanesa (1975-1990) está íntimamente relacionada con la presencia civil y militar palestina en Líbano. La invasión israelí de Líbano en 1982 fue justificada, según el relato ocupante, por la amenaza que representaban los combatientes palestinos y sus aliados libaneses. La invasión expulsó a un actor no estatal influyente (la OLP), pero propició la creación de Hezbolá en 1982, percibido como un brazo iraní.

En 1980, las tropas de Sadam Hussein invadieron Irán, desencadenando una guerra larga y sangrienta que devastó ambos

países. Su campaña militar pretendía debilitar a la nueva República Islámica, que había derrocado al shah en 1979, y posicionar a Irak como líder de facto del mundo árabe en lugar de Egipto. Aunque no fue un conflicto directamente vinculado a la cuestión palestina, está claro que Sadam no era indiferente a ella, y Jerusalén ha ocupado y sigue ocupando un lugar central en el discurso iraní. Al instrumentalizar la cuestión palestina, Irán intentaba desacreditar a los países árabes acusados de haber traicionado dicha causa.

A pesar de la fragilidad de la economía iraquí, Sadam Hussein envió sus tropas a invadir Kuwait en agosto de 1990, alegando que este se negaba a condonar la deuda iraquí y afirmando que, históricamente, era territorio iraquí. Se formó de inmediato una coalición liderada por Estados Unidos y varios países árabes. La operación Tormenta del Desierto restauró la soberanía de Kuwait (1991). De nuevo, Sadam no invadió Kuwait para liberar Palestina, pero sí estableció un vínculo entre Israel y Kuwait al declarar, el 12 de agosto de 1990, que Irak se retiraría de Kuwait si Israel abandonaba los territorios árabes ocupados. Así, buscaba atraer el respaldo popular árabe. No obstante, la invasión tuvo consecuencias desastrosas para la OLP —acusada de no haber condenado de forma clara y firme la agresión— y para los palestinos residentes en Kuwait, que fueron expulsados del país.

Si bien gran parte de las poblaciones árabes celebraron la liberación de Kuwait, Occidente fue acusado de aplicar un doble rasero, ya que la ocupación israelí de los territorios palestinos y sirios quedaba sin respuesta. La Conferencia de Paz de Madrid (1991) intentó responder a estas críticas y relanzar un proceso de paz, sin embargo, las negociaciones resultaron infructuosas. El Acuerdo de Oslo (1993), ideado como remedio al fracaso pos-Madrid, pronto descarriló y acabó siendo una farsa engañosa. La frustración palestina por las negociaciones interminables alimentó la segunda intifada (2000-2004), que dejó miles de palestinos muertos y una economía devastada.

No creo que los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001 fueran directamente motivados por la cuestión palestina, pero sí estuvieron influenciados por una animadversión profunda entre los islamistas radicales hacia Estados Unidos, derivada de su política

errática en el mundo árabe y en Palestina. Como represalia por los atentados, EE UU invadió Afganistán (2001), derrocó al régimen talibán y declaró la guerra a al-Qaeda, acusada de orquestar los ataques. Esta invasión se consideró legítima por resoluciones de la ONU y contó con el respaldo de varios países árabes. No ocurrió lo mismo con la invasión de Irak.

La invasión estadounidense de Irak en 2003 fue concebida por los neoconservadores como una destrucción creativa que pretendía derrocar a un régimen supuestamente vinculado a al-Qaeda y poseedor de armas de destrucción masiva, además de liberar al pueblo iraquí del despotismo. A posteriori, se ha demostrado que no había pruebas de ninguna de estas acusaciones. En cuanto a la promoción de la democracia, el caos posterior en Irak contradice radicalmente los argumentos de Washington. La invasión destruyó el aparato estatal, disolvió el ejército y desmanteló la burocracia en un intento de reconstruir el Estado desde cero. El resultado fue un Estado fragmentado, sometido a injerencias extranjeras, que avivó el auge del yihadismo —con al-Qaeda primero y luego con el autoproclamado Estado Islámico— y sumió a la región en una espiral de violencia sin precedentes.

El discurso oficial estadounidense llevó a muchos a creer que se trataba de promover la democracia. En realidad, ese noble objetivo fue instrumentalizado. El verdadero propósito era reafirmar la hegemonía estadounidense como primera potencia global. No faltaron analistas que apuntaron a otro objetivo no declarado: "La percepción de que Irak era una amenaza regional para su aliado Israel"[135]. Algunos fueron incluso más lejos, sugiriendo que Israel, los lobbies sionistas en EE UU y los neoconservadores estuvieron detrás de la decisión de ir a la guerra.

El conflicto de 2006 entre Hezbolá e Israel está notoriamente vinculado a la cuestión palestina. Israel considera a Hezbolá como un apéndice iraní y una amenaza directa a su seguridad. Por su parte, Hezbolá percibe a Israel como una amenaza regional no solo para los palestinos, sino también para la estabilidad de Líbano, Siria e Irán. Una vez más, el conflicto árabe-israelí se proyecta sobre toda la región: un conflicto engendra otro.

No creo que la explosión de las protestas de la Primavera Árabe esté

directamente relacionada con la cuestión palestina. Sin embargo, confirma la teoría del dominó, ya que las manifestaciones iniciadas en Túnez se propagaron por toda la región árabe, siguiendo un mismo método y entonando casi los mismos eslóganes en una misma lengua árabe. A través de sus protestas pacíficas, la juventud árabe mostró al mundo su hartazgo ante un sistema estatal arraigado en el neopatrimonialismo, las prácticas autoritarias, la corrupción y la depredación, incapaz de afrontar los desafíos internos y de restaurar la 'dignidad árabe' (al-karamah), en referencia también a la ocupación israelí.

Este ensayo confirma no solo la validez del efecto dominó, sino también ilustra la idea de una asimetría estructural. El conflicto israelo-palestino está marcado por un desequilibrio estructural de poder. Mientras este no sea corregido, no habrá posibilidad real de paz. Actualmente, más de 750.000 colonos israelíes viven en los territorios palestinos ocupados, incluyendo Jerusalén Este. Como resumió The Economist, el territorio palestino se ha convertido en "un archipiélago rodeado por un mar en expansión de colonias israelíes". Gaza está devastada, la Autoridad Palestina carece de autoridad real y es percibida por muchos palestinos como un agente de la ocupación israelí y las divisiones internas siguen minando y paralizando su sistema político.

La ocupación ha permitido a Israel expropiar tierras y recursos hídricos. Dado su vínculo irrompible con Estados Unidos, ningún actor tiene la capacidad de obligarlo a negociar. La diplomacia de la UE es declarativa pero ineficaz. Los países árabes se centran en sus intereses inmediatos, enfrentan revueltas, guerras civiles, rivalidades regionales o crisis económicas severas. Algunos, como los del Golfo o el Magreb, han normalizado relaciones con Israel antes de que termine la ocupación.

En cuanto a Israel, sigue saboteando sistemáticamente cualquier intento de negociación. Como potencia militar sin igual en la región, la única batalla que Israel no ha logrado ganar es la de la paz. 57 años después de la guerra de los Seis Días, la idea de una ocupación temporal suena cada vez más vacía. Sin embargo, "no es insignificante que ningún Estado haya apoyado oficialmente la ocupación israelí de los territorios palestinos", como solía recordar

Edward Said. Más aún, mientras Israel refuerza su control sobre Palestina, el movimiento mundial de solidaridad con este pueblo se ha intensificado a pesar de las presiones israelíes sobre los gobiernos estadounidenses y europeos para criminalizar las organizaciones de apoyo y el movimiento BDS (boicot, desinversión y sanciones). El genocidio en curso ha reducido su círculo de aliados a gobiernos populistas, evangelistas estadounidenses y partidos de extrema derecha, que han sustituido su antisemitismo por una islamofobia combativa. Numerosas organizaciones judías en todo el mundo se distancian de la política israelí y consideran que la política colonial del Estado hebreo constituye hoy una amenaza tanto para la paz regional como para la seguridad de Israel a largo plazo. Incluso dentro de Israel, la fractura entre laicos y religiosos, entre judíos israelíes y ciudadanos árabes, así como entre quienes promueven la colonización y quienes anhelan la paz —entre colonos y pacifistas— no deja de profundizarse.

Resulta sorprendente que Israel, concebido como un refugio seguro para los judíos, se esté convirtiendo en uno de los lugares más inseguros para ellos. La emigración israelí va en aumento y muchos de estos emigrantes acusan a su país de traicionar los valores del judaísmo, de caer en un etnocentrismo peligroso, de socavar sus principios democráticos, de perpetuar la ocupación y de imponer un régimen desigual en los territorios ocupados, que organizaciones como Amnistía Internacional, Human Rights Watch y la israelí B'Tselem han calificado de régimen de apartheid.

Este régimen desigual también se manifiesta dentro del propio Estado de Israel. En efecto, la Declaración de Independencia de Israel estipulaba: "El Estado de Israel garantizará una completa igualdad a todos sus ciudadanos, independientemente de su religión, raza o sexo". Sin embargo, la adopción de la Ley del Estado-nación (19 de julio de 2018) contradice dicha declaración al proclamar que "Israel es el Estado nación del pueblo judío", consagrando así la supremacía judía sobre sus ciudadanos palestinos (que representan el 22% de la población de Israel), ignorando sus derechos y el principio proclamado de igualdad.

Así, tanto en Israel como en los territorios palestinos ocupados, existen dos poblaciones con derechos desiguales. El dilema para

Israel es el siguiente: o bien continúa con sus políticas actuales en los territorios palestinos ocupados, imponiendo un régimen de apartheid (lo cual es inaceptable para los palestinos), o bien absorbe a la población palestina, reconoce sus derechos iguales y deja de ser un Estado judío (lo cual es inaceptable para los sionistas convencidos). No puede seguir siendo a la vez judío y democrático. Por ello, el discurso internacional sobre la solución de dos Estados se ha vuelto crucial. En vísperas del 7 de octubre, se hizo evidente que el statu quo ya no era sostenible, pues la ocupación interminable de Cisjordania y el asedio de Gaza asfixiaban a la población palestina.

El norte global —principalmente Estados Unidos y la Unión Europea — hizo oídos sordos a las repetidas advertencias de que la situación se había convertido en una bomba de relojería. Al renunciar a actuar de manera eficaz y al abandonar al pueblo palestino, contribuyeron a perpetuar la ocupación israelí. Ha llegado el momento de imponer una solución duradera a la cuestión palestina, porque se trata de una causa justa y de una lucha moral por la dignidad, la igualdad y la humanidad.

El horror del ataque del 7 de octubre y la ofensiva que le siguió contra Gaza son pruebas elocuentes de que Gaza se ha convertido en una "olla a presión" y de que todos los territorios palestinos ocupados se han transformado en un polvorín cuya explosión podría incendiar toda la región. La devastadora guerra entre Israel y Hezbolá, las perturbaciones del tráfico marítimo por parte de los huzíes, los bombardeos israelíes en Irán, Siria y Yemen, y el lanzamiento de drones y misiles iraníes sobre Israel, son testimonio del efecto dominó de la cuestión palestina.

El fin de la ocupación israelí no resolverá todos los problemas de Oriente Medio. Pero no cabe duda de que contribuiría poderosamente a calmar las tensiones regionales, a crear un clima favorable a la acción diplomática, a reforzar la integración regional y, muy probablemente, a sacar a Israel de su aislamiento e incluso a integrarlo en una región pacificada, tal como lo proponía el Plan Árabe de Paz. Solo así se podrá evitar otro 7 de octubre y otra tragedia palestina.

A modo de conclusión: no dejemos

que los muertos tomen como rehén el futuro

La historia de Palestina, desde hace un siglo, ha sido un largo y turbulento cauce de lágrimas, sangre y exilio como resultado de la duplicidad británica (desde la Declaración Balfour de 1917), del traslado de la culpa por parte de Occidente (desde 1945), de las traiciones de ciertos dirigentes árabes (antes y después de las independencias) y, sobre todo, de una ideología sionista abiertamente colonial, desde el nacimiento del sionismo político (Primer Congreso Sionista en Basilea, 1897) hasta nuestros días. Que siempre hayan existido judíos liberales, valientes y disidentes que han denunciado los excesos militaristas y segregacionistas del sionismo no cambia el fondo del asunto: la observación de los hechos históricos a lo largo de un siglo y las modificaciones aplicadas al mapa geográfico de Israel desde su creación atestiguan la constante vitalidad de un sionismo en expansión.

Y, sin embargo, esta es quizás una de las sorpresas de la historia: los palestinos, desgarrados, arrojados a los caminos del exilio y hoy perseguidos y martirizados en Gaza y Cisjordania —y que Israel habría querido borrar para siempre de su campo visual, anulando su memoria (historia y geografía física) o diluyéndolos en el océano árabe— están revelando al mundo entero su apego a su tierra natal y una valentía y resiliencia que suscitan asombro e incluso admiración.

En el caso de Israel y Palestina, estamos ante dos pueblos singulares en muchos aspectos: por los nombres que portan, por la memoria larga que invocan, por el territorio que disputan (cuna de religiones), por las pasiones transnacionales que despiertan y por las interferencias externas que sufren. Esto explica la atención que el conflicto israelo-palestino concentra en la opinión mundial y su centralidad simbólica.

En este conflicto, que se ha enconado durante un siglo, no cabe duda de que el pueblo palestino ha sido el vencido de la geopolítica. Ha perdido el 78% de su territorio y el 22% restante está siendo codiciado, fragmentado y devastado. Entre 1947 y 1949, dos tercios de la población palestina (hoy unos 4,7 millones) fueron desarraigados y convertidos en refugiados. Hasta el día de hoy, ese pueblo sigue padeciendo los embates de un Israel siempre en expansión que, sin embargo, se considera a sí mismo amenazado, encerrándose en sus propios temores al punto de volverse "autista" frente al otro: el palestino.

Que las direcciones palestinas —pasadas y presentes— no han estado a la altura de los desafíos y han acumulado errores y desatinos es algo indiscutible. Es descorazonador ver una de las causas más nobles mal defendida por representantes poco persuasivos, incapaces de convencer a su propio pueblo y a la opinión internacional, de dialogar con sus adversarios y de transformar una causa justa en una evidencia. Cabe reconocer, sin embargo, que no han contado con los apoyos sólidos ni los resortes activos de los que siempre ha gozado el Estado de Israel.

Esta es, resumidamente, la causa principal del bloqueo: la expansión continua de Israel y la incapacidad de los palestinos para frenarla. ¿Cómo salir de este callejón sin salida donde, cada día que pasa, los palestinos tienen menos tierra y los israelíes menos paz? Mediante un trabajo sobre la memoria.

En efecto, estamos frente a dos pueblos con un pasado que no pasa: un pasado siempre presente. Las identidades palestina y judía se basan en una acumulación de experiencias profundamente enraizadas en la historia, en traumas antiguos y recientes, en heridas aún abiertas; y nos encontramos ante dos comunidades encerradas en sus respectivos sufrimientos. El testimonio memorial —la Shoá para los israelíes, la Nakba para los palestinos— es tan fuerte que ambas comunidades parecen aferradas a su pasado al punto de hipotecar su futuro. El porvenir está tomado como rehén por el pasado, porque las memorias, en ambos casos, actúan como guardianas del vínculo representacional entre el presente y el pasado, por parafrasear al filósofo Paul Ricoeur[136].

Ciertamente, la memoria se alimenta de la necesidad existencial de

toda comunidad para la cual la evocación del pasado es un elemento esencial de su construcción identitaria colectiva. Pero siempre existe el riesgo —como se ha visto en la relación del sionismo e Israel con los palestinos— de que la necesidad de forjar una identidad conduzca a una reescritura del pasado que distorsione u oculte los aportes del conocimiento histórico riguroso. El papel de los historiadores consiste precisamente en detectar estos fraudes. Eso es lo que hacen algunos de los nuevos historiadores israelíes al tratar de corregir, incluso desmentir, una memoria colectiva israelí encerrada en sus propias representaciones y sufrimientos, volviéndose sorda y ciega al sufrimiento de la otra comunidad: la palestina. Por ello, la pregunta planteada por Paul Ricoeur resulta esencial: "¿Qué sería de una memoria feliz que no fuera también una memoria justa?".

En el caso de Israel en particular, una memoria justa es esencial para facilitar la reconciliación y preparar el futuro. Nos encontramos, por un lado, con una memoria fuerte, legítima y comprensible de la Shoá, dotada de una hipertrofia de instrumentos conmemorativos —museos, monumentos, bibliotecas, libros, películas, archivos, etc.— y, por otro lado, con una submemoria de la Nakba, es decir, una minimización y ocultación del sufrimiento palestino. En otras palabras, da la impresión de que el relato histórico sobre la Shoá se construyó desde la memoria, mientras que la historia israelí del sionismo real en Palestina se construyó contra la memoria palestina. Como si la identidad israelí, para constituirse, necesitara de una no identidad ajena.

Es aquí donde la noción de fidelidad a la memoria entra en colisión con la verdad histórica. Personalmente, me irritan las distorsiones del deber de memoria, tan fácilmente invocado para eludir el trabajo historiográfico. A este respecto, me parece muy acertada esta reflexión de Pierre Nora: "La contaminación conmemorativa ha llegado hasta el punto de hacer florecer una historia híper conmemorativa y de hacer proliferar una raza de historiadores improvisados que se ponen heroicamente al servicio de una memoria puramente militante"[137]. Basta con leer las memorias de Begin, Shamir, Peres, Rabin, Sharon y los libros de Netanyahu —por citar solo algunos— para advertir la distancia entre el hecho histórico comprobado, el acontecimiento realmente recordado y el

uso instrumental de la memoria.

Ha sido necesaria una considerable distancia temporal entre el historiador israelí y su objeto de estudio para que pudiera surgir una nueva historia. ¿Nos hemos preguntado por qué hubo que esperar hasta los años ochenta para ver emerger a los nuevos historiadores israelíes? ¿Era necesario que Israel se sintiera seguro de su fuerza y libre de amenazas existenciales?, ¿o que se abrieran sus archivos?, ¿o que disminuyera el peso de la matriz memorial?, ¿o que algunos historiadores se sintieran incómodos ante una historia que no era más que un simple disfraz de la memoria?

Esta evolución, positiva pero limitada, de la investigación histórica demuestra claramente lo que podría llamarse la pluralidad de memorias en Israel y Palestina. La memoria israelí sobre los acontecimientos que precedieron y siguieron a la creación del Estado de Israel ha entrado en colisión con la memoria palestina. Existe, por tanto, una complicidad intrínseca de las memorias que solo podría disiparse mediante el trabajo de la historia y el esfuerzo mutuo por liberarse de la obsesión del pasado para hacerle espacio al porvenir. Pero ¿cómo podrían los palestinos —víctimas de la geopolítica, cuyo sufrimiento se prolonga en los campos del exilio y en sus territorios ocupados y devastados de Cisjordania y Gaza— olvidar un pasado que sigue presente en acontecimientos cuyo impacto traumático no se remonta al recuerdo, sino al día a día vivido? Por medio del restablecimiento de la verdad histórica, del reconocimiento de los sufrimientos infligidos y de una voluntad real, por parte de los “vencedores”, de reparar los agravios cometidos.

Eso requiere la creación de una Comisión de la Verdad y la Reconciliación. Hoy en día, tal comisión es difícilmente concebible en el contexto israelo-palestino actual: el conflicto está en curso, más virulento que nunca. Las mentes no están serenas para aceptar el veredicto de los verdaderos historiadores y los corazones no están en paz para comprometerse con la vía de la reconciliación. El modelo sudafricano resulta plenamente pertinente para el día después en un contexto de posconflicto. Palestinos e israelíes se sentarán, tarde o temprano, en la mesa de negociaciones. La comunidad internacional exige una solución, porque mantener este

foco de tensión en una zona tan sísmica ya no tiene justificación y se vuelve cada vez más peligroso para la estabilidad regional y mundial. Tal vez se alcance un acuerdo que refleje la correlación de fuerzas reales o percibidas entre los principales protagonistas. Podrían estamparse firmas en documentos oficiales rubricados por responsables israelíes y palestinos y refrendados por padrinos y testigos internacionales.

Todo ello entra dentro del ámbito de lo posible, pero una cosa es segura: para lidiar con el duelo del pasado y cimentar la reconciliación sobre bases sólidas —como en Sudáfrica— se necesita una comisión de verdad y reconciliación que contribuya tanto al trabajo de la memoria como a su superación mediante el perdón. La reconciliación debería pasar por la imperiosa necesidad de hacer oír la verdad sobre el proyecto colonial sionista para sanar los efectos de los traumas que ha causado y, sobre todo, para cerrar una página oscura de la historia e inventar una nueva forma de convivencia.

La lección que israelíes y palestinos pueden extraer de la experiencia magistral de reconciliación en Sudáfrica es que será en vano intentar cerrar el pasado sin antes haberlo abierto a todos, porque la batalla por el futuro se libra en el terreno del pasado. Ese es el sentido de la reflexión del arzobispo Desmond Tutu en el prólogo del informe de la Comisión de la Verdad y la Reconciliación: “Es en interés del futuro enfrentar, como corresponde, el pasado”.

El fallo de las negociaciones israelo-palestinas radica en que estas se basan esencialmente en una relación de fuerza, ignorando el periodo determinante que va desde los inicios del sionismo hasta la guerra de 1967, pasando por la creación del Estado de Israel en 1948. El hecho de que las negociaciones se centren en las consecuencias de la guerra de 1967 (ocupación y colonización) permite a los israelíes hacer que los palestinos convaliden una decisión de reparto injusta en 1947, la expansión territorial ilegal de Israel entre 1948 y 1967, y hacer creer que el pasado está superado y, por tanto, no debe contaminar las negociaciones.

Más allá de las cuestiones espinosas y sensibles, como el reparto de soberanía sobre Jerusalén o la ilegalidad de las colonias judías en

los territorios palestinos, es la negativa israelí a reconocer su responsabilidad en la desposesión de los palestinos (entre 1922 y 1948) y su expulsión entre 1947 y 1949 lo que ha hecho naufragar todas las negociaciones.

Para los palestinos, ese reconocimiento es primordial no solo por su valor terapéutico (efecto de sanación), sino también por su valor restaurador (reparación del daño sufrido), y liberador (liberación de la historia de las cárceles de la memoria selectiva e instrumental).

Es tras ese reconocimiento, y no antes, que un dirigente palestino podrá declarar que está cerrado el conflicto y dirigirse a los israelíes en estos términos: "Lo que mi pueblo ha sufrido por el sionismo y la creación de Israel sobre nuestra tierra, no lo olvidaremos jamás, pero los perdonamos, y les invito a construir con nosotros un futuro solidario". Reconocimiento del daño causado, reconciliación, reparación y perdón. Esa es, pues, la nueva utopía, la única capaz de sacarnos del más terrible de los atolladeros: el de la injusticia.

El conflicto árabe-israelí estructura la relación problemática entre los árabes y Occidente, al menos por esa especie de sacralización del Estado de Israel en Occidente y el trato singular reservado al Estado judío. No es casual que, en el imaginario colectivo árabe, la creación de Israel sobre tierra palestina —calificada por el discurso oficial israelí como guerra de independencia— haya sido percibida por palestinos y árabes como una nueva cruzada.

La persistencia del conflicto ha llevado a los protagonistas a construir una legitimidad negando radicalmente la del adversario. La propuesta central que hago aquí es que los pueblos palestino e israelí, hoy atrapados en el círculo infernal de la violencia, deben inventar otro camino emancipador para salir del atolladero. Eso solo será posible subvirtiendo la lógica que ha estructurado durante demasiado tiempo sus relaciones: la lógica del poder. Israel, en tanto vencedor geopolítico, debe tener el coraje de salir de esa historia oficial de representaciones idealizadas e integrar la historia del otro: la de los palestinos. Si no lo hace, la paz por venir se parecerá a un espejismo de paz.

En cuanto a los palestinos, abrumados por la historia y, sin duda, también por la geografía, ya no pueden seguir luchando con clichés

ni cantar victoria sobre las ruinas de Gaza y Cisjordania. Los mitos movilizan, pero también pueden inmovilizar el pensamiento y bloquear un discurso innovador y pertinente. Me parece que ha llegado la hora de un trabajo de concienciación crítica, más informado sobre los verdaderos retos y las verdaderas decisiones. Ese despertar pasa por un trabajo sobre sí mismo para domesticar el pasado e inventar el futuro; los muertos deben dejar paso a los vivos. Todo ello requiere otro enfoque moral, otra relación con la memoria, otra mirada hacia el adversario y, sin duda, de dirigentes capaces de convertir una causa justa en una evidencia.

El conflicto israelo-palestino enfrenta a dos pueblos de larga memoria, que reivindican, cada uno a su modo, una especie de monopolio victimista. Hay que romper con esas actitudes estériles. Si los israelíes deben necesariamente reconocer la tragedia palestina que representa la Nakba, es igualmente evidente que los palestinos deben reconocer que la Shoá fue una tragedia singular. Como afirma con notable lucidez mi compatriota Edward Said: "[…] no cabe la menor duda de que la memoria colectiva de la tragedia y del peso del miedo que ella impone hoy a todos los judíos no debe ser minimizada", y añade: "Si ha de establecerse un vínculo entre lo que ocurrió a los judíos durante la Segunda Guerra Mundial y la catástrofe (Nakba) vivida por el pueblo palestino… ni uno (el Holocausto) ni la otra (la Nakba) son equivalentes; pero tampoco ninguna de las dos, excusas la violencia actual; y ninguna debe ser minimizada…"[138].

En un artículo que escribí tras mi visita a los campos de Auschwitz y Birkenau, titulado "Un palestino en Auschwitz", reitero esta idea. Recordando el origen del conflicto entre Israel y los palestinos, mi compatriota Elias Sanbar confirma: "No se puede rehacer la historia, pero es importante decir que este conflicto comenzó con una terrible injusticia cometida en Palestina para reparar otra, nacida en el horror de los campos nazis".

Reconocer el sufrimiento del otro y los miedos que lo atenazan es una condición esencial para un verdadero encuentro, el único que puede cuestionar el uso instrumental de la historia, convocada con demasiada facilidad no tanto para leer el pasado como para reforzar el presente. El conflicto israelo-palestino ha durado demasiado.

Generaciones de palestinos han sido sacrificadas. La situación se pudre lentamente a base de venganzas en forma de represalias, erosiona la confianza, radicaliza los ánimos y endurece los corazones. El 7 de octubre y la masacre en Gaza lo demuestran. Es hora, pues, de que israelíes y palestinos salgan de esa ecología del sufrimiento y del odio que obstruye los caminos del futuro. Es cierto que es cómodo adoptar la postura de víctima, legitimando, por las pruebas sufridas en el pasado, un derecho prioritario a la compasión o la designación de un enemigo hereditario, constantemente estigmatizado. Esa actitud no lleva a ninguna parte porque se basa en memorias victimistas incompatibles que, al sacralizar los conflictos, bloquean toda solución.

Es cierto que los muertos no pertenecen exclusivamente al pasado porque los vivos no cesan de evocarlos, invocarlos, incluso de convocarlos y casi de exhumarlos, insuflándoles una segunda vida y confiriendo sentido a su existencia y a su muerte. Esto es cierto para los palestinos, que sacralizan el martirio por la patria, pero sobre todo es cierto para Israel que, a través de la Shoá, como escribe pertinentemente Idith Zertal, "se dota de una sacralidad, la de la víctima última, y se muestra impermeable a la crítica y al diálogo racional con la Comunidad de Naciones"[139].

Nos encontramos, pues, ante dos pueblos que no cesan de abrir antiguas tumbas y de desenterrar los muertos del pasado, transfigurados en fábulas ejemplares puestas al servicio del discurso patriótico. Pero si se continúa por ese camino, los muertos seguirán tomando como rehenes a los vivos.

El trabajo de memoria que aquí propongo no supone negar el pasado, que para los palestinos ha supuesto la desposesión nacional, la fragmentación social y un sufrimiento infinito prolongado hasta el presente. Significa su neutralización y su superación con el fin de negociar una salida razonable a un conflicto que no puede resolverse con la fórmula explosiva de "ellos o nosotros", tan querida para Netanyahu. Volver la mirada hacia el futuro no debe implicar ignorar el sufrimiento del otro o el propio, sino más bien dejar de recurrir al martirologio como instrumento de mercadeo político. El sufrimiento no otorga un derecho, al menos no el de infligírselo a otro, y eso vale tanto para los israelíes como para los

palestinos. En cambio, la injusticia sí otorga un derecho: el de ser reparada. Por eso, la Nakba de 1948, es decir, la expulsión de dos tercios de los palestinos de su tierra natal, seguirá siendo la piedra con la que tropezará toda negociación que la ignore. Pero un derecho no es una obligación. Una vez reconocida la plena (y no parcial) responsabilidad de Israel en la expulsión de los palestinos, corresponderá a los representantes legítimos del pueblo palestino, y a quienes sean mandatados por los refugiados para hablar en su nombre, el negociar las modalidades concretas del ejercicio del derecho al retorno. Ese es, sin duda, el verdadero núcleo de la negociación política, que debe culminar no solo en el fin de la ocupación y el establecimiento de un Estado palestino, sino también en el fin del exilio.

NOTAS

1 . Stephen Calleya, Security Challenges in the Euro-Med area in the 21st century, Londres, Routledge, 2013, p. 67.

2 . John Collins, Global Palestine, Londres, Hurst and Company, 2011.

3 . Henry Laurens, La Question de Palestine, 5 vols., París, Fayard.

4 . Bichara Khader, Histoire de la Palestine, 3 vols., Túnez, Maison Tunisienne d'Edition, 1977.

5 . Bichara Khader, Europa y Palestina desde las Cruzadas hasta el siglo XXI, Barcelona, Bellaterra, 1999.

6 . Philippe Lazzarini, "The Gaza Strip: 100 days of death, destruction and displacement", UNRWA, 13/01/2024, https://n9.cl/y0166.

7 . Bichara Khader, Europa y Palestina desde las Cruzadas hasta el siglo XXI, op. cit.

8 . Edward Said, La cuestión palestina, Barcelona, Debate, 2013.

9 . Citado por Walter Laqueur, Historia del sionismo, Instituto Cultural Mexicano Israelí, México, 1982.

10 . Bernard Rosenblatt, The American Bridge to the Israeli Commonwealth, Nueva York, Ferrar, Strauss and Cudahy, 1959, p. 123.

11 . Edward Said, La cuestión palestina, Barcelona, op. cit., p. 9.

12 . Citado por Edward Said, La cuestión palestina, op. cit., p. 13.

13 . Ian Pappé, La limpieza étnica de Palestina, Barcelona, Booket, 2013.

14 . Ian Gilmour, “Prefacio”, The Palestinian exodus 1948-1949, Garner Publishing limited, 1999, p. XI.

15 . Citado por Jeff Halper, Decolonizing Israel, Liberating Palestine, Londres, Pluto Press, 2021, p. 60.

16 . Citado por Jeff Halper, op. cit., p. 62.

17 . Citado por Ilan Halevi, Palestina bajo Israel, Tolosa, Erein Argitaletxea, 1979.

18 . Ian Gilmour, The Palestinian exodus 1948-1949, op. cit., p. XII.

19 . Patrick Wolfe, “Settler colonialism and the elimination of the native”, Journal of Genocide Research, 8, 2006, p. 388.

20 . Theodor Herzl, Judenstaat, París, 1896.

21 . Jeff Halper, Decolonizing Israel, Liberating Palestine, op. cit.

22 . Ibid., p. 66.

23 . Jacques Pous, Palestine,1917-1949, Figures d’un colonialisme de remplacement, París, l’Harmattan, 2023, p. 130.

24 . Shlomo Sand, La invención del pueblo judío, Madrid, Akal, 2011.

25 . Shlomo Sand, The invention of the land of Israel, Madrid, Akal, 2013.

26 . Nahum Goldmann, La paradoja judía, Buenos Aires, Losada, 1979.

27 . Bichara Khader, Europa y Palestina desde las Cruzadas hasta el siglo XXI, op. cit.

28 . Rashid Khalidi, Palestina: Cien años de colonialismo y resistencia, Madrid, Capitán Swing, 2023.

29 . Idem.

30 . Tom Segev, One Palestine, Complete: Jews and Arabs under the British Mandate, Londres, Little, Brown and Company, 2000, p. 9.

31 . Rashid Khalidi, Palestina: Cien años de colonialismo y resistencia, op. cit.

32 . Citado por Joseph Dov, The faithful city: siege of Jerusalem, Nueva York, Simon and Schuster, 1951, p. 162.

33 . Benny Morris, The Birth of the Palestinian Refugee Problem Revisited, Nueva York, Cambridge University Press, 2003, p. 463.

34 . John Collins, Global Palestine, op. cit., p. 39.

35 . Rashid Khalidi, Palestina: Cien años de colonialismo y resistencia, op. cit.

36 . Edward Said, La cuestión palestina, op. cit., p. XVI.

37 . John Collins, Global Palestine, op. cit., p. 32.

38 . Viviane Forrester, El crimen occidental, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económico, 2004.

39 . He analizado detalladamente las reacciones europeas a la creación de Israel en mi libro Europa y Palestina desde las cruzadas hasta el siglo XXI, op.cit.

40 . Shahram Cerbin (ed.), Germany and the Middle East: patterns and prospects, London, Westview Press, 1987.

41 . Samy Cohen, De Gaulle, Les Gaullistes et Israël, París, Alain Moreau, 1974.

42 . Citado por Nur Masalha, “The 1967 Palestinian exodus”, en Ghada Karmi y Eugene Cotran, The Palestinian exodus 1948-1949, op. cit., p. 78.

43 . Ahmad S. al-Dajani, Euro-Arab Dialogue (en árabe), El Cairo, Anglo-American Library, 1976, p. 260.

44 . Bichara Khader, “The Euro-Arab dialogue”, Arab Affairs, 13(1), 1993, pp. 4-44.

45 . Jimmy Carter, Palestine: Peace, not apartheid, Nueva York, Simon and Schuster, 2006, p. 264.

46 . Ibid., p. 48.

47 . Ibid., p. 52.

48 . Ze'ev Shiff, Haaretz, 20/09/1982.

49 . Ziva Flamhaft, Israel on the road of peace: accepting the unacceptable, Londres, Westview Press, 1996, p. 24.

50 . Edward Said, The Politics of Dispossession: the Struggle for Palestinian Self-Determination 1969-1994, Londres, Chatto and Windus, 1994, p. XXVII.

51 . Ziva Flamhaft, Israel on the road of peace, op. cit., p. 89.

52 . Jimmy Carter, Palestine: Peace, not apartheid, op. cit., p. 134.

53 . Amos Oz, entrevista en la BBC, 14/09/1993.

54 . Yosef Kuperwasser y Shalom Liner, "The problem is Palestinian

rejectionism: why the Palestinian Authority must recognize a Jewish State", Foreign Affairs, 11-12/2011, p. 6.

55 . Giorgio Gallo y Arturo Marzano, "The dynamics of Asymmetric conflicts: the Israeli-Palestinian case", Journal of Conflict Studies, 2009, p. 10.

56 . Tony Judt, "Prefacio", en From Oslo to Iraq and the Road map, Londres, Bloomsbury, 2004, p. 13.

57 . Anna Saif, "Israel's day after plan for Gaza is a brutal occupation", The New Arab, 27/02/2024.

58 . John Collins, Global Palestine, op. cit., p. 32.

59 . Idem.

60 . Herman Mellville, citado por John Collins, Global Palestine, op. cit., p. 33.

61 . Ines Abdel Razek, "Thirty Years On: the Ruse of the Middle East Peace Process", Policy brief, Al-Shabaka, 31/10/2021, https://n9.cl/mnnq7.

62 . Fayez Sayegh, "Camp David Agreement and the Palestine problem", Journal of Palestine Studies, 8(2), p. 40.

63 . Edward Said, La cuestión palestina, op. cit.

64 . Dimitri Bouris y Nathan Brown, “Can the EU revive the cause of the Middle East Peace?”, Carnegie Endowment for International Peace, 29/05/2014, https://n9.cl/j04g6.

65 . René Brackmann, Jérusalem: le rapport occulté; rapports de 2005 à 2008 des diplomates de l’UE en poste à Jérusalem, París, Salvator, 2010.

66 . Bichara Khader, “EU 1957-2017: el futuro no es lo que era”, Política Exterior, Madrid, 2017.

67 . Norman Finkelstein, Gaza: an inquest into its martyrdom, California, University of California Press, 2018, p. 4.

68 . Benny Morris, Israel’s border wars 1949-1956, Oxford, Oxford University Press, 1999, pp. 407-409.

69 . Norman Finkelstein, Gaza: an inquest in its martyrdom, op. cit., p. 5.

70 . Ann Mosely Lesch, Gaza, History and Politics, citado por Norman Finkelstein, Gaza: an inquest in its martyrdom, op. cit., p. 6.

71 . Norman Finkelstein, Gaza: an inquest in its martyrdom, op. cit., p. 23.

72 . International Crisis Group, “Gaza Unfinished Business”, 2009, p. 19.

73 . Norman Finkelstein, Gaza: an inquest in its martyrdom, op. cit., p. 234.

74 . Hugh Lovatt, “El fin de Oslo: una nueva estrategia europea para Israel y Palestina”, Policy Brief, European Council on Foreign Relations, 09/02/2021, https://n9.cl/8hsoh.

75 . Bram Wispelwey y Yasser Abu Jamei, “The Great March of Return: Lessons from Gaza on Mass Resistance and Mental Health”, Health and Human Rights Journal, 06/2020, pp. 179-185, https://n9.cl/woa6o.

76 . Citado por Khalil Jahshan, “The Gaza March of Return: regional and international reactions”, Arab Center Washington DC, 06/04/2018, https://n9.cl/vllup3.

77 . Naciones Unidas, “Two years on: people injured and traumatized during the ‘Great March of Return’ are still struggling”, Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios, 06/04/2020, https://n9.cl/18sn0.

78 . Tova Norlen y Tamir Sinai, “The Abraham Accords - Paradigm

Shift or Realpolitik?", George C. Marshall European Center for Security Studies, 64, 10/2020. https://n9.cl/uxm6k.

79 . Michael Singh, "Axis of Abraham and Israeli normalization could remake the Middle East", Foreign Affairs, 03-04/2022, pp. 40-50.

80 . The Atlantic, 20/09/2020.

81 . Thomas Friedman, "The Israel we knew is gone", The New York Times, 04/11/2022.

82 . Nir Evron, "Israel's Rightward Turn", Dissent Magazine, 2022, https://n9.cl/5rtow.

83 . David Rothkopf, "Israel is becoming an illiberal thugocracy and I'm running out of ways to defend it", Foreign Affairs, 08/01/2018.

84 . Citado por Myriam Anissimov, Daniel Barenboïm: de la musique avant tout, París, Tallandier, 2019, pp. 348-349.

85 . Citado por Steven Hill, "How did Israel's government become so right-wing?", DemocracySOS, 15/11/2023, https://n9.cl/d2b72f.

86 . Ross Barkan, "Israel's Illiberal Rightward Turn Is a Warning", New York Magazine, 31/12/2022, https://n9.cl/q3dz5.

87 . Ian Gilmour, “Prólogo”, The Palestinian exodus 1948-1949, op. cit., p. XV.

88 . Jean-Pierre Filiu, Comment la Palestine fut perdue et pourquoi Israël n’a pas gagné, París, Seuil, 2024, p. 368.

89 . Joshua Leifer, “The Netanyahu doctrine: how Israel’s longest-serving leader reshaped the country in his image”, The Guardian, 21/112023, https://n9.cl/a5wmf.

90 . M. T. Samuel, “The Israel-Hamás war: historical context and international law”, Middle East Policy, 2023, https://n9.cl/vtxler.

91 . Haaretz, 09/10/2023.

92 . Nota de los editores: A 18 de septiembre de 2025, más de 65.000 gazatíes habían sido asesinados y más de 165.000 heridos, según el balance de la Oficina de Coordinación de Asuntos Humanitarios de la ONU, https://n9.cl/n1aey.

93 . Charles Dunne, “Egypt, the Gaza War, and Fears of Another Nakba”, Policy Analysis, Arab Center Washington DC, 07/02/2024, https://n9.cl/7vrly.

94 . Abdel Monem Said Aly, Shai Feldman y Khalil Shikaki, Arabs & Israelis: From October 7 to Peacemaking, Crown Center for Middle

East Studies, Brandeis University, 2024, p. 10, https://n9.cl/r51hev.

95 . Fabian Scheidler, “Gaza, the German Far-Right and the Hypocrisy of the Ruling Class”, Other News, 06/02/2024, https://n9.cl/o2236.

96 . Idem.

97 . H. A. Hellyer, “Why Gaza Forces Europe to Act”, Diwan, Carnegie Endowment for International Peace, 19/02/2024, https://n9.cl/6lgrf.

98 . Leon Wystrychowski, “Germany leads the charge in persecuting Palestine solidarity movement”, Peoples dispatch, 04/03/2025, https://n9.cl/07x2n.

99 . Daniel Marwecki, Germany and Israel: Whitewashing and Statebuilding, Londres, Hurst, 08/2025.

100 . Daniel Marwecki, “Israel and the German Raison d’Etat”, Rosa Luxemburg Stiftung, 19/03/2024, https://n9.cl/b21u70.

101 . Citado por Owen Jones, “The brutality and inhumanity of Israel’s assault on Gaza is no surprise. It’s just what was promised”, The Guardian, 13/01/2024, https://n9.cl/fqrxj.

102 . Leonard Rubenstein y J. Stephen Morrison, “Gaza’s Human

Crisis Demands a Rethink", Commentary, Center for Strategic and International Studies (CSIS), 12/01/2024, https://n9.cl/d507a.

103 . Asma Khalid, "President Biden unveils and endorses details of a new Israeli cease-fire proposal", NPR, 31/05/2024, https://n9.cl/q3vb2.

104 . Maggie Haberman, "Why Trump Wanted a Mideast Cease-Fire Deal Before Taking Office", The New York Times, 15/01/2025, https://n9.cl/6civq.

105 . Citado por Michelle Goldberg, "America Must Face Up to Israel's Extremism", The New York Times, 05/01/2024, https://n9.cl/o8c5aa.

106 . Gershon Baskin, "Moving Forward", Google Groups, 26/02/2025, https://n9.cl/g53mf.

107 . En el primer año del conflicto, desde octubre 2023 hasta noviembre 2024, Estados Unidos envió 50.000 toneladas de municiones.

108 . Sobre el impacto de la política israelí en Cisjordania y Gaza sobre las comunidades judías en Europa y Estados Unidos, véanse el libro de Sylvain Cypel, L'Etat d'Israêl contre les juifs, París, La Découverte, 2020, p. 327, o el artículo de Thomas Friedman, "This Israeli Government Is a Danger to Jews Everywhere", The New York Times, 10/06/2025, https://n9.cl/i78977.

109 . Martin Kettle, “Trump’s Gaza plan has staggered the world. Did he mean it? For now, that doesn’t matter”, The Guardian, 05/02/2025, https://n9.cl/ghhrx.

110 . Steven Cook, “The Sheer Lunacy of Trump’s Gaza Takeover Plan”, Foreign Policy, 05/02/2025, https://n9.cl/albmfd.

111 . Citado por Marjorie Cohn, “Trump Plan for Gaza ‘Worse Than Ethnic Cleansing’, Says UN Human Rights Expert”, Truth Out, 09/02/2025, https://n9.cl/0ygwz.

112 . Daniel Levy, “Population Transfers Approved by America? It’s on the Table”, The New York Times, 04/02/2025, https://n9.cl/8l4ux.

113 . Citado por Peter Baker, “With Gaza Plan, an Unbound Trump Pushes an Improbable Idea”, The New York Times, 05/02/2025, https://n9.cl/dxq81.

114 . Arwa Mahdawi, “Trump’s Gaza remarks are no surprise: ethnic cleansing was always the plan”, The Guardian, 06/02/2025, https://n9.cl/0j1el.

115 . Ahmad Aboudouh, “Negotiating tactic or not, Trump’s Gaza plan has already done irreparable damage”, Chatham House, 07/02/2025, https://n9.cl/5u8bv.

116 . Rania Patrice y Libby Lenkiski, “‘No Other Land’ Won an

Oscar. Many People Hope You Don't See It", The New York Times, 16/03/2025, https://n9.cl/006l0.

117 . William Christou y Lorenzo Tondo, "Israel strikes Beirut for first time since Hezbollah ceasefire", The Guardian, 28/03/2025, https://n9.cl/pmckj.

118 . Samantha Waldenberg, Lucas Lilieholm y Mostafa Salem, "US rejects alternative Gaza reconstruction plan proposed by Arab leaders", CNN, 05/03/2025, https://n9.cl/ivgz1.

119 . Citado por Pattrick Winter, "Why US double standards on Israel and Russia play into a dangerous game", The Guardian, 26/12/2023, https://n9.cl/bosph.

120 . Michael Barnett, Nathan Brown, Marc Lynch y Shibley Telhami, "Israel's One-State Reality: It's Time to Give Up on the Two-State Solution", Foreign Affairs, 05-06/2023, pp. 120-134, https://n9.cl/fl8tz.

121 . Jeff Halper, Decolonizing Israel, Liberating Palestine, op. cit.

122 . El cineasta israelí Eyal Sivan y el editor francés Éric Hazan publicaron juntos este libro (editado en francés: Un État Commun entre le Jourdain et la mer, La Fabrique Editions, 2012, 67 pp.), que acompañaba a una película documental de Sivan. El film État commun – Conversation potentielle incluye 25 conversaciones sobre la solución de un único Estado. Políticos, intelectuales, artistas, juristas, activistas, jóvenes y mayores, judíos y palestinos contestaban a una serie de preguntas sobre la posibilidad de

convivir en un solo Estado.

123 . Jewish Voices for Peace, “Defunding UNRWA is another heinous act of genocide”, 31/01/2024, https://shre.ink/oO9E.

124 . Citado por Agnès Levallois, Le livre noir de Gaza, París, Seuil, 2024, p. 32.

125 . Josep Borrell, “Defunding UNRWA would be both disproportionate and dangerous”, Servicio Europeo de Acción Exterior (EEAS), 04/02/2024, https://shre.ink/oO95.

126 . Prem Thakker, “U.S. Doubles Down on Defunding UNRWA Despite Flimsy Allegations”, The Intercept, 22/03/2024, https://shre.ink/oO9x.

127 . John Whitbeck, “UN Membership for Palestine Now”, Counterpunch, 15/11/2024, https://n9.cl/bn20z.

128 . Jeffrey Sachs y Sybil Fares, “Achieving the Two-State Solution in the Wake of Gaza War”, Other News, 07/03/2024, https://n9.cl/ju50e.

129 . David Harden y Larry Garber, “The U.S. Must Embrace Palestinian Statehood Now”, The New York Times, 15/12/2023, https://shre.ink/oOH7.

130 . Citado por Patrick Wintour, “Israel in breach of international law if it denies Gaza food and water, says UK foreign secretary”, The Guardian, 13/02/2024, https://shre.ink/oOHo.

131 . David Harden y Larry Garber, “The U.S. Must Embrace Palestinian Statehood Now”, op. cit.

132 . Zak Witus, “I met the Israeli settlers Biden placed sanctions on. They’re bad – but part of a rotten system”, The Guardian, 04/03/2024, https://shre.ink/oOlK.

133 . Naciones Unidas, “Moratinos’ “Non-Paper” on Taba negotiations – Non-UN document”, 01/2001, https://n9.cl/bmgqy.

134 . Citado por Thomas Friedman, “The Third Intifada”, The New York Times, 04/02/ 2014, https://n9.cl/xma19.

135 . Ipek Danju, Yasar Maasoglu y Nahide Maasoglu, “The Reasons Behind U.S. Invasion of Iraq”, Procedia - Social and Behavioral Sciences, 81, 06/2013, https://n9.cl/nqdli.

136 . Paul Ricoeur, La mémoire, l’histoire, l’oubli, París, Seuil, 2000.

137 . Pierre Nora, “Pour une histoire au second degré”, Le Débat, 122, 11-12/2002, p. 30.

138 . Edward Said, “La Shoah, les juifs et les arabes”, Jeune Afrique, 1928, 16/12/1997.

139 . Edith Zertal, La nation et la mort, la Shoah dans le discours et la politique d’Israël, París, La Découverte, 2008, p. 10.